



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

S. Jan 5999.65

**Harvard College
Library**



**FROM THE BEQUEST OF
FRANCIS BROWN HAYES**

Class of 1839

OF LEXINGTON, MASSACHUSETTS

MARIANO NUÑEZ SAMPER, EDITOR

SUCESOR DE JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ

DICCIONARIO DE IDEAS AFINES

Y

ELEMENTOS DE TECNOLOGÍA

COMPUESTO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS

bajo la dirección de

D. EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Cuaderno **14-2** reales

(Contiene los pliegos 41 á 43)

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE DON MARTÍN, 13

Teléfono número 3.007

—
MADRID

CRÓNICAS CATALANAS.

CAIN Y ABEL.

CRÓNICA PROVENZAL DEL SIGLO X,

POR

G. S. y F. J. O.



BARCELONA:

LIBRERIA NACIONAL Y ESTRANGERA DE SALVADOR MANERO,

Rambla de Sta. Mónica, n. 2, frente á Correos.

1858.

Spaw 5999.65
✓

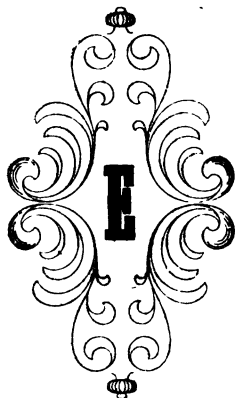
Harvard College Library
Aug. 2, 1920
Mayes Fund

« Fadrins, esteu ab cuidado,
Oireu lo que os diré;
parlaré per tots vosaltres,
per las doncellas també. »
Cancion vulgar.

PROLOGO.

• Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los estrangeros, escuela de caballería, ejemplo de lealtad, y satisfaccion de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad, puede pedir un discreto y curioso deseo. •

CERVANTES.



En la parte oriental de las costas españolas, á la vuelta de los cabos de Rosas y san Sebastian, mirando frontera á Córcega, y mas en lontananza á Roma, de soslayo á las Islas Baleares, y en contrapuesta mano á los golfos que promedia Marsella, alza su orgullosa y hermosísima frente la ciudad de Barcelona. Sentada á la orilla del mar en el alquicel morisco de sus vegas; coronada, cual la diosa Cibeles, de un cerrado círculo de montañas torreadas, y rodeada como la ciudad Santa de monasterios; aunque los castillos han caido á pedazos y son pavorosas cuevas de alimañas, aunque los templos están desolados y el vértigo

febril de la industria, del vapor y el culto del becerro de oro han profanado á las antiguas memorias, todavía la ciudad condal es de las ciudades españolas que mejor armonizan lo útil y lo bello, fuera y dentro de sus murallas.

Aquel recinto tres veces ampliado, y que hoy pugna por romper sus ligaduras de roca y despojarse de su armadura guerrera, para vestir mejor las cortesanas y pacíficas galas de la industria; aquellos treinta y ocho barrios, aquellas calles tortuosas y sombrías unas, alegres y magníficas otras; ¡cuántos recuerdos nos inspiran! Pero son mas grandiosas aun las memorias que el mar despierta. De aquel puerto salieron las flotas catalanas, dominadoras del Mediterráneo, y rivales de Venecia, esposa del Adriático. Aquellas flotas conquistaron á Mallorca, Tortosa, y Almería, y pusieron celos en Génova, Pisa y Florencia. Los aragoneses, fenicios de la edad media, llevaron sus relaciones al Oriente; allí les dieron barrio y jurisdiccion consular; allí trataron de igual á igual con los reyes del Mogol, debeladores de la Tierra Santa. El pabellon aragonés era respetado en todas partes, sus leyes de mar servian de modelo y padron en Levante, y su organizacion municipal era envidiada. De Barcelona salieron tambien los sitiadores de Constantinopla: aquella raza de héroes, que emulando á los antiguos griegos, fundaron el ducado de Atenas y conquistaron la Sicilia.

Ni las fábricas con sus altivas chimeneas, prosáicas pirámides de la actual civilizacion, ni las calles á cordel con sus simétricas casas atroneradas, ni los paseos con sus jardines á cuarteles con setos recortados, llamaban mi atencion en la ciudad condal, en la heroica y poética Barcelona. Aquella llanura salpicada de alquerías, blancas como bandadas de palomas, aquellos lugarejos de la costa, entre la muelle verdura de las huertas y las olas esmeraldadas del mar, pegados en una roca, ya cortejando el campanario, cuya flecha se pierde en el cielo; ya el castillejo redondo y coronado, medio morisco y medio sajón, que en tiempos menos pacíficos les sirvió de égida y de atalaya contra piratas; Monjuich, que solitario y sombrío, agazapado en lo alto del monte, descubriendo solo la coraza y las bocas de sus rayos, mirando con recelo al mar, al valle y á la inquieta ciu-

dad, tutor que defiende y avasalla, tirano á quien solo se bendice en las grandes calamidades de la guerra extranjera ; el nevado Monseny, la entrada del Vallés, que parece las puertas de un paraíso, esto era lo que mas deleitaba mi alma. Y en el recinto poblado, yo huía de la ciudad moderna, y preferia colocarme en lo mas alto de la colina donde tuvo principio la Barcino cartaginesa y romana, la corte ostentosa de Ataulfo, que, émulo de Roma, quiso allí asentar la Bizancio bárbara. Aquellos edificios bañados con el color monumental que dan los siglos, aquellas calles torcidas eran para mí mas agradables que todo el oropel churrigueresco y prosaico de la parte moderna.

Una tarde que me habia entregado á estas escursiones, entréme sin saber como por la calle de la Basea, que si bien poblada de almacenes de algodón, aun tenia para mí atractivos por su aire melancólico y su soledad. — ¿Sabes el nombre de este callejon ? pregunté á mi compañero, que era de la tierra y hacia las veces de cicerone.

— En castellano, quiere decir : calle de la Ballesta.

— Nombre histórico parece, y mas cayendo hácia aquí la muralla, por el tiempo de los Condes, repliqué con interés.

— Preguntemos á este tendero, que tiene trazas de anticuario.

Y no iba descaminado mi acompañante, pues el personaje á quien se referia y que no podia llamarse tendero, era uno de esos tipos que van desapareciendo como los murciélagos, al impulso del gas, del papel pintado y de las anaquelorias lujosas.

Su tienda, mejor diré cobacha, estaba oscura como boca de lobo, y eran tan variadas sus mercaderías y tan extravagantes, que pueda asegurarse que el que allí entraba salia sin comprar nada, habiendo de todo. Baratillo y prendería, mercado de abacería y de quincalla, de telas y de drogas, aquel arca de Noé escitó mi admiracion por lo monumental. El tendero corria parejas con el almacén : servíale de redecilla y cubierta un gorro puntiagudo de lana azul, y calgaban sobre sus coloradas narices unas antiparras, que dos cintas algo grasientas sujetaban á sus descomunales orejas : estos remates daban gravedad á su amojamada fisonomía.

— Sabeis, le dije, por qué esta calle se llama de la Ballesta ?

Asombrado quedó el buen tendero de nuestra pregunta, no por lo estraña, sino porque revelaba la presencia de un ser humano en su establecimiento; y dejando con torpe presteza el *Flos Sanctorum* que leía, me contestó maquinalmente como el ventero á don Quijote:

—De las pajaritas del aire, de los peces del mar y de todo cuanto nace y crece en la redondez de la tierra hallará en esta tienda su merced.

Repetíle la pregunta, y por su respuesta noté que habíamos dado con lo que buscaba.

—Llámase así, vino á decirme en resúmen, porque con ballesta y por este sitio arrojaron los moros á fines del siglo x la cabeza de don Borrell II, conde de Barcelona, á la plaza de San Justo y Pastor, como un sarcasmo á sus vasallos cercados, que esperaban socorro.

—Es una falsa tradicion popular ese hecho, repuse, aunque cronistas tan autorizados como Carbonell, el P. Diago, Pujadas y otros lo refieren; pues en contra de ellos y de la tradicion están los documentos publicados por don Próspero Bofarull.

—Puede ser muy bien que tengan razon el archivero de la Corona de Aragon, y los cronistas, y la tradicion.

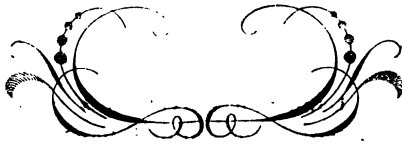
—Imposible: los historiadores árabes vienen en apoyo de Bofarull, y no pudo ser degollado y arrojada la cabeza del inclito conde Borrell II, cuando consta que murió en su cama.

—Para la voluntad de Dios no hay nada imposible, y cosas ocultas andan en historias perdidas, que todo lo esplican. Compradme este manuscrito, leedle y vereis como no habla á humo de paja.

Por unas cuantas pesetas el trato se hizo. Con aquel mugriento cuaderno de pergamino me retiré orgulloso á mi vivienda, y aquí te le doy, caro lector, adobado á lo moderno. Si te pareciere mal urdida y peor escrita la crónica, échale la culpa al estantigua del tendero, y compadéceme por haber sido engañado torpemente; si por el contrario te interesa el relato, y creés discreta la leyenda, supón que todo es inventiva del ingenio mio.

Debo advertirte por conclusion, leyente amigo, que todos los he-

chos históricos que aquí se mencionan están sacados de crónicas autorizadas; las tradiciones son de las que se refieren todavía por el pueblo de la Montaña, y en las costumbres que se describen hay cierta exactitud, que sabe á buena erudición; lo cual demuestra que el autor del tal librejo con que me embaucó el especiero, era un tanto leído y escritor de no mal porte.—*Vale.*

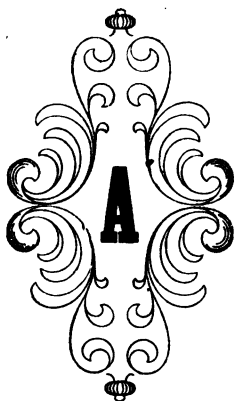




CAPITULO I.

EL AGUILA DE LA MONTAÑA.

« Des lo temps Roltan
ni de laí denan
non fou hom tan pros
ni tan guerreian...



Al norte de Barcelona y como tres horas distante de la ciudad hay un amenísimo valle, que guardan dos escarpadas sierras de difícil acceso. De cara al sol saliente y en lo mas enriscado de una de ellas, cuyas altas cimas se cubren de nieve en invierno ó aparecen veladas de espesa capa de nubes durante el otoño, se miraba por los años de novecientos ochenta y cuatro de la era de Cristo, (época en que da principio nuestra historia), una fortaleza roquera, mitad goda, mitad romana, con todos los severos aparatos del grosero arte militar de aquellos tiempos. Atalaya del valle y guardadora de las alturas; avanzada del puerto, que daba entrada á un río y abria camino á la llanura, estaba encaramado el castillo en una meseta de rocas basálticas, como un ave de rapiña presta á lanzarse sobre su presa: por esto sin duda se le

conocia con el nombre pintoresco de *El Aguila de la Montaña*. Su foso era por entrambos lados una sima horrible; por detrás, un talon de pirámides agrupadas en un desórden pintoresco, le unia con las cumbres inaccesibles, coronadas de parduscas nieblas, que envia el aquilon de los Pirineos; y por delante de la plaza de armas, un sendero abierto en la roca, que á veces era escalinata, cortado á trozos y practicable por puentes de ramage, le ponía en comunicacion con unas cuantas casas de los pastores de la marca señorial, de colonos y de siervos de la tierra. Pero estas casas dispuestas en anfiteatro y rodeadas de murallas, servian tambien de reductos, y por sí solas ofrecian una posición difícil de ganar: de léjos, apegadas como estaban á las rocas, parecian accidentes de la montaña.

Una mañana de abril se dirigian á este burgo, por una muy pendiente calzada, dos hombres que nos importa conocer.

El que marchaba delantero tenia una talla gigantesca; pero su rostro mofetudo, sus cabellos lacios y la benevolencia que resplandecia en sus negros y rasgados ojos disipaban el terror que inspiraba el conjunto de sus proporciones hercúleas. Su andar resuelto y erguido, sus maneras y su porte eran de soldado; mas como el sayo pardo que vestia estaba guarnecido, y su casco de cuero rayado se hallaba limpio y bien cuidado, igualmente que el resto de su atavío, el menos avisado hubiera conocido que servia particularmente á algun caballero, y que no vivia del botin como las bandas militares que poblaban la Montaña.

El otro, por el contrario, un tanto avanzado en años, aunque curtido y entero, revelaba en su fisonomía y en su traza el abatimiento y la pobreza de un labriego no muy favorecido de buenas cosechas.

Era el primero, en efecto, servidor privilegiado y escudero de uno de los hijos del señor feudal del castillo denominado el *Aguila de la Montaña*, que acabamos de describir: llamábase el gigantesco soldado Paulo, y por sus brios en la guerra y sus puños en los juegos era respetado en toda la comarca; muy corto de razones y no sobrado de entendimiento, solo parecia locuaz cuando se trataba de ponderar á sus amos.

El campesino le conocia desde niño, y habia acudido á él para que,

por su mediacion, el señor del castillo, dueño de cuantas tierras se divisaban á la redonda, le diese algunas á *la gleba*, para establecerse bajo su jurisdiccion con su familia ; porque los años malos y las continuas invasiones de los moros le hacian emigrar de la parte occidental del condado, donde hasta entonces habia estado establecido. De esto, pues, venian hablando reposadamente ; mas como el sendero era muy áspero y el diálogo se estendió á otras muchas cosas, segun es costumbre entre amigos antiguos, pongamos atencion en lo que dicen, por si interesarnos puede.

— En la cimbra hay un buen quemadero para romperlo, y creo que se ven juncas : por allí ha de andar alguna fuentequilla, que bien recojida valdria un tesoro. Así hablaba el labriego reconociendo la tierra.

— Aquel es un cazadero, contestó Paulo ; no te canses en buscar hazas : ya sé yo las que has de pedir, y te las darán con la casa mejor de las vacías. Ni tierras de pan llevar, ni ruedos donde cries hortaliza y frutales, ni bosques, ni pastos te han de faltar. Cuanto se descubre á la redonda es de mi señor, y lo que le falta es gente, aunque todos los años nos vienen labrantines al olor de su bondad. Seguro que, si trabajas bien, te adelanta una yonta y grano para que te hagas un hombre.

— ¿ Conque es tan bueno ?

— ¿ El conde Guadimiro ? Un santo : el padre de los pobres y el mas justiciero de cuantos barones levantan pendon en la comarca. Valiente, no hay que decir ; hasta en Roma, cuando estuvimos con el conde Borrell II, sabia el Santo Padre sus hazañas. Lástima que ande tan cargado de años !

— ¿ Tiene hijos ?

— Dos, y mas valiera que fuese uno solo.

— ¿ Por qué ?

— Bien se conoce que eres forastero en esta comarca, y no sabes las historias que se cuentan.

— Entérame de ellas, puesto que aun queda tierra por andar para que lleguemos al castillo.

— No soy muy largo de lengua, como sabes ; pero como pueda, te diré el caso : bueno es que lo sepas, para que entres á servir al amo

con conocimiento de causa. ¿Tú no has oído ni la historia de la espada de mi amo?

— Ya te he dicho, que siempre estuve por otro lado.

Recogiendo el ánimo y haciendo una pausa solemne, como quien va á referir un notable suceso, empezó el escudero Paulo de esta manera su relato :

— Allá cuando los moros andaban por la costa, estaba brabío el valle, y donde ahora se levanta el castillo de mi señor, no habia ni sombra de burgo, y solo se descubrian entre malezas unos torreones medio derribados, que fabricaron en tiempo de atrás los paganos.

« El no haber entrado por aquí cristianos, hacia que estas tierras estuviesen maldecidas y que los diablos... (Jesus Maria y José! dijeron como buenos devotos los dos caminantes, para conjurar el mal efecto de aquel nombre) hubiesen tomado por habitación los torreones. Si tronaba, aquí caian los rayos ; si llovía, de aquí salian los turbiones que mas engrosaban al rio. Cuando corrian huracanes, baladros, ahullidos y lamentos venian de esta parte entre los remolinos de viento. De noche se veian luces en las saeteras aportilladas, y nadie pasaba por la cerradura, ni se atrevia á mirar de lejos las ruinas.

« Algunos valentones de la Marca y de Francia, cuando tornaban de peregrinar á Monserrate, quisieron subir al castillo, y unos se volvieron espantados antes de empezar á trepar el camino por donde vamos, y los mas restados que se acercaron á los torreones no se supo de ellos. Segun dice el ermitaño que nos predica la cuaresma, una serpiente horrible de siete cabezas y con alas los habia matado con la vista, y después los habia devorado. Pues señor, un caballero que, peleando con los moros, hizo promesa á la Virgen de emprender una grande hazaña, si lo sacaba con bien de la batalla, viéndose sano y salvo y vencedor, supo la historia de estas ruinas, y se preparó devotamente á penetrar en los breñales de entonces y aun á apoderarse de los torreones. El conde que gobernaba la Marca, cuando llegó á su noticia la empresa que el caballero intentaba, le concedió el feudo de cuantas tierras pudiera divisar desde

la altura del castillo pagano, facultad para fundar en él su baronía y blasones proporcionados á su victoria.

«Salió, pues, con algunos alentados compañeros y con dos de sus hijos. Preparóse con religiosas y devotas oraciones, pasó el puerto y empezó á trepar por la montaña.

«La noche se vino encima como por ensalmo, y vagando por el bosque, se perdieron los de la comitiva, quedando solo el caballero Vilardell, (pues así se nombraba), con sus dos hijos. Era el uno devoto, y encomendándose á Dios, alentaba á su padre á pesar de sus pocos años: el otro, pervertido por un judío que le había sanado un mal grande, murmuraba á cada paso y desconfiaba de la empresa, llorando y deteniéndose so pretexto de que le herian las jaras. Hartos de andar sin fruto y agoviados de fatiga, se recogieron en una cueva que casi á tienta descubrieron, y cayeron los tres postrados por el sueño.

«Vilardell soñó que un ángel rodeado de vivísimos resplandores le animaba á la empresa, y le ofrecía para llevarla á cabo una espada brillante como los rayos del sol y el puño adornado de estrellas de rica argentería. Fué á coger el montante y desapareció la vision.

«Despertó entonces, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse con que había desaparecido su espada, y que en su lugar tenía un arma idéntica á la que había visto en la mano del ángel de sus ensueños.

«La luz del alba iluminaba las copas de los pinos, y soliviantó Vilardell á sus hijos para que dejasen el sueño. El mayor había tenido una soñacion igual, y reconoció la espada que su padre llevaba por encanto al lado: el menor, convulso y pálido, aseguraba que su padre sería muerto por un dragon feroz, que él había visto en sueños, y cuya imagen no olvidaría nunca.

«El caballero vaciló; pero desembainando la espada, dió un tajo sobre el mas cercano y corpulento pino, y cayó el árbol cercenado, como si fuese una caña: descargó un mandoble en una roca, y esta saltó en mil pedazos, quedando ileso el filo cortante de la hoja bendita. Animó á su hijo pequeñuelo, y se pusieron en marcha. El día, que rompió sereno, se había tornado en tempestuoso y amenazador, el cielo se oscurecía, conforme avanzaban los aventureros hácia los

torreones, cuyas desgarradas paredes se confundían con los picos de las rocas. En vano llamaron con sus cuernos á la comitiva: la soledad era horrible, ni aun pájaros volaban por los alrededores. Truenos lejanos que hacían fragoroso ruido en las rocas, relámpagos que se perdían, aumentaban el pavor de aquella empresa. El viento sacudía las copas de los pinos, y al choque de sus ramos y tallos resinosos, parecía que el mar rugía sobre sus cabezas. Anchas gotas empezaban á caer.

—« Padre mio, no pasemos de aquí: tengo los piés destrozados, estoy helado de frio y nunca tendré valor para llegar á las ruinas: decía el hijo menor.

—« Ellas nos ofrecerán abrigo: repuso con resolucion el primogénito.

« En esto salieron á un claro del pinar, y se encontraron frente casi de los torreones: en pasando una maleza que encubría mal una caverna, y subiendo una pendiente, estaba terminada la aventura.

—« Ves hijo mio, ya llegamos, contestó el padre con amor.

« En esto, á los bramidos del viento vino á unirse el estridente silbido de un monstruo, que dejó helados de espanto á los mancebos, é infundió pavoroso temor en el ánimo esforzado de Vilardell. Un vapor fétido casi embargó sus sentidos, y siguiendo la direccion del silbo, vieron el padre y sus hijos, al través de la maleza, que un horrible dragon alado abría sus enormes fauces en la puerta de la caverna y clavaba en ellos sus ojos de carbunclo. Vilardell se santiguó, segun costumbre de todo buen caballero, y desembainó su espada.

—« A él, padre mio, antes que nos gane la accion, exclamó el mayor, levantando en alto su puñal de caza.

—« Ese es el dragon que nos ha de devorar, gritó con acento desgarrador el mas pequeño de los hijos; ese es el que he visto en sueños: y abrazándose de la cintura de su padre, no le permitia adelantarse.

—« Déjame, hijo, que la Virgen me protegerá.

—« Huyamos, hermano mio, para que nuestra madre tenga al menos algun apoyo.

—« Nunca! contestó el mayor.

— «Madre mia!... ya no te veré mas...! dijo entre sollozos el pequeño, y cayó convulso al suelo.

«El padre vaciló, viendo á su hijo tembloroso y llorando, casi próximo á derrumbarse por la ladera.

«El dragon, entre tanto, rompió por la maleza y se dirigió á Vilardell. Este, aunque magnetizado por la mirada del monstruo, aunque envuelto en el azufrado vapor que despedía, de un salto compartió el camino. El endriago levantó una de sus garras terribles, y entonces el caballero, de una fiera cuchillada se la cortó á cercen. Ya casi estaban pecho con pecho, y para herir mejor á la serpiente, Vilardell asióla del arranque de la otra garra; pero el monstruo, batiendo sus alas, se elevó en el aire, llevándose consigo al caballero.

«Cayó de rodillas el hijo mayor, rogando por la vida de su padre.

«Este, en tanto, sostenia una lucha horrible en los aires: al fin, de un revés logró cortar la cabeza al dragon, al tiempo que su hijo pronunciaba el nombre de la Virgen de Monserrate.

«Cayó Vilardell en la plataforma de los torreones, y pronto se le reunió su hijo primogénito: del menor, que repuesto habia huido cobardemente, no volvió mas á saberse.

«Ganó el feudo el caballero, puso en cultivo las tierras; con los dones de esclavos, y de bueyes y otros ganados que le dió el conde, construyó este castillo, y la fama de su valor cundió por todas partes; pero desde entonces no volvió á recobrar la alegría, y murió á poco, legando á su hijo la espada milagrosa y el feudo. De aquel tronco viene mi señor el conde Guadamiro, y desde entonces existe *El Aguila de la Montaña*.

—Si me hubieras contado de noche esa historia, no hubiera podido oirla de seguido: tan grande es el miedo que me ha inspirado la aventura. Pero, ¿qué tiene eso que ver con la desgracia del conde en tener dos hijos?

—Que desde entonces, segun dicen las gentes, siempre que los condes de este castillo han tenido dos hijos, el menor ha sido causa de grandes turbaciones para la familia.

—Y ahora temes?...

—Ya la profecía viene cumpliéndose: el mayor, Rogerio, á quien sirvo, es un ángel; y el menor, Armengol, un demonio. Na-

da tienes que temer, sino de los males que él te pueda ocasionar.— Pero ya llegamos al puente levadizo : mira como me han conocido y lo descuelgan.

En efecto, Paulo no se engañaba : el ballestero que guardaba la puerta desde un balconcillo de piedra, dejó caer el puente, y los caminantes penetraron en la fortaleza.

Mas parecía el castillo casa de labor, en aquellos momentos, que plaza de armas. Con gran solicitud, varios hombres envasaban trigo, despues de cribarle, para llevarle á vender á la costa; porque el dia siguiente era de mercado.

Los señores de aquellos tiempos no habian adoptado aun el lujo y las ceremonias, que se importaron á Europa despues de las Cruzadas; labradores y soldados, cultivaban sus campos por medio de esclavos, de colonos á beneficio, ó de trabajadores de la gleba, especie de siervos de la tierra, que habian introducido los romanos y que ya no existen sino en Rusia. Sobre todos estos labriegos, ejercian una especie de patriarcado, que reasumía la jurisdiccion civil y militar, y que á veces se convertia en un horrible despotismo. Estos mismos vasallos, que cultivaban los campos, ya con una pequeña participacion en sus productos, ya por cuenta del señor, eran sus hombres de armas para rechazar á los bandidos, para apoyarle en sus disensiones intestinas de familia, de odio personal, y aun en su rebelion contra el conde de Barcelona, gefe supremo hasta cierto punto de estos condes inferiores.

Cataluña es, tal vez, el único distrito de España donde hubo verdadero feudalismo; pues sabido es que estuvo apenas ochenta y ocho años en poder de los musulmanes, y que fué reconquistada en gran parte por un ejército de francos, vascones, godos, y aquitanos, á las órdenes de un conde mas ó menos dependiente de Luis el Bondadoso, promovedor de la expedicion. Estos conquistadores se repartieron la tierra y trasplantaron toda la organizacion de su país. Cuando Wifredo el Velloso se declaró independiente de los reyes francos, lo hicieron tambien los condes inferiores: por consiguiente, quedaron en pié sus fueros, sin mas que rendir en el conde de Barcelona la pequeña supremacia depositada en manos del poder central.

Dada esta constitucion política y social, que apenas podemos des-

lindar en los tiempos actuales, fácilmente se comprenderá que, si el señor feudal era bueno, los vasallos vivían como en la edad de oro; y si era un tirano, su despotismo se hacía insoportable. Mas prosigamos nuestro relato.

En el fondo del gran patio, donde hemos introducido al lector, en seguimiento de Paulo y del labriego su protegido, bajo un dosel de piedra, sobre una gradería cubierta con pieles de ciervo, administraba justicia el conde Guadimiro á sus vasallos, sin grande aparato; pero con imponente gravedad.

Llegóse Paulo, espuso la pretension del labriego, y le fueron concedidas cuantas tierras pudieran labrar él y su familia, con mas casa en la aldea.

Mientras que el veedor le designa terreno, y un mongé que hacia de escribano llena las pocas formalidades del vasallaje y de la concesion, mientras que el labrador jura, demos algunas noticias del señor feudal.

El conde Guadimiro de Vilardell, baron del castillo *El Aguila de la Montaña*, de la aldea que se guarecia á los piés de la fortaleza y de todas las tierras y aledaños que desde las almenas se descubrian, segun la concesion hecha á su antepasado por la aventura de la espada milagrosa, era un insigne capitán de aquellos tiempos. Espejo de lealtad para con el conde Borrell II, (que regia en paz los estados de Barcelona), habia merecido el baron grandes atenciones en la corte; valeroso en las campañas contra los moros, era acatado por propios y estraños: su gallarda figura y la circunstancia de saber latin, cosa rarísima entonces en los de su clase, le habian valido privilegios del Papa, cuando acompañó al soberano de Barcelona en su peregrinacion á Italia. Ahora, el capitán Guadimiro era un venerable anciano de noble aspecto, y que en su apostura y semblante tenia mucha semejanza con el conde Borrell II.

Despues de haber pasado la flor de sus años en pelear en pro de la religion y de la patria, colmado de beneficios, con gran riqueza ganada por su esfuerzo, se habia retirado á su castillo señorial *El Aguila de la Montaña*, para saborear los goces de la familia al lado de su esposa, la virtuosísima señora doña Ermengarda, de la que, como ya saben nuestros lectores, tuvo dos hijos: Rogerio, y Armen-

gol, tan contrapuestos en caracteres, como lo eran en la figura.

Rogerio, el primogénito, podria citarse como el tipo de la robusta y hermosa raza goda, de elevada estatura, con largos y blondos cabellos, blanca y sonrosada la color, ojos azules y serenos, frente despejada, retratando la nobleza de su alma y la bondad de su corazón. El dia que nació Rogerio, su padre obtuvo una victoria, y conforme fué aquel creciendo y desarrollándose, con él creció la admiracion que escitaba á los monges por su despejo, á las damas y aldeanas por su apostura y discrecion, y á la gente de guerra, por su destreza, valor y prodigiosas fuerzas.

Armengol causó, al nacer, la muerte de su madre, jóven aun, y un rayo hizo el mismo dia grandes estragos en el castillo. Era flaco, trigüeño, de mirada ardiente y sesga, pelo negro y encrespado, frente estrecha y tardo andar. Desde niño, sus placeres consistian en hacer mal: apaleaba á los perros atraillados, despuntaba las picas, mellaba las espadas abollando las cotas; apedreaba á los mercaderes judíos, con quien se asemejaba en la figura, despertaba á los peregrinos, interrumpia los cánticos sagrados, maltrataba á los siervos, y envidioso del primogénito, queria en todo la preferencia, llenándole de sarcasmos á cada paso. Con estas opuestas condiciones de ambos hermanos, la fatal tradicion del castillo habia tomado mayor verosimilitud.

Su padre trató de corregir á Armengol con los duros trabajos de la guerra; pero este preferia la sociedad de los bandidos desalmados, que mas que á pelear concurrían al saqueo y á la matanza, y no pudo inspirarle la generosa hidalguía que en Rogerio era característica; antes bien, en las campañas, tomó mayores y mas procaces premáticas el hijo menor.

Con la paz, retirados al castillo, pasaba su vida Armengol en cazar por lo mas agreste del monte, exacerbándose así sus malas inclinaciones.

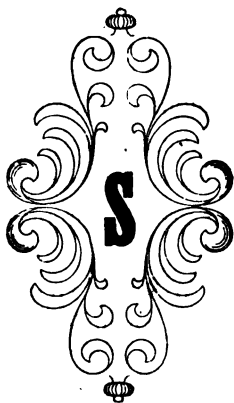
Hubo un dia, sin embargo, en que cambió manifestamente: rayaba en los veinte y tres años.

La esplicacion de esta mudanza la verá el que leyere el capítulo que sigue, donde empieza lo entretenido de esta historia.

CAPITULO II.

EL RAMO DÈ FLORES SILVESTRES.

• Quars plors
Peiors
No foren vistz;
Dolors
Maiors,
Ni cors pus tristz. •
J. Estere.



I rio arriba salimos del valle que guarda y domina *El Aguila de la Montaña*, encontraremos que de áspera se torna la campiña en deliciosa y agradable. A la derecha mano, sobre un alcor, mirándose en las aguas de un arroyuelo, se levantaba un castillejo morisco, muy poco fuerte y rodeado de pintorescas casas de labor. Vestigios de la guerra se notaban aun en las paredes de hormigon de la fortaleza, pues el musgo y la yedra no habian vestido todavía algunos de sus flancos ennegrecidos por el incendio, desportillados por las máquinas de batir y surcados por las ballestas; pero en la época á que el cronista se refiere, mas parecia casa labriega alodial, ó parada de ricos cazadores, que apostadero de guerra; pues los agimeces no estaban cerrados por escu-

chas, ni los andamios guarnecidos, ni defendido el puente; antes el foso se asemejaba á un jardín, y la esplanada á lozanísimo prado.

En el montecillo inmediato se veía un edificio de elegantes proporciones, en tiempo de romanos construido, cuyas cúpulas despedían por sus estrelladas aberturas espirales de vapor blanco. Del castillejo al baño termal, pues no era otra cosa el edificio romano, conducía una senda de media hora de andadura que dividía un naranjal todo florido.

Atravesando una tarde esta senda Armengol, vió que en la esplanada del castillejo morisco desmontaba una lucida cabalgata, resplandeciendo á la cabeza una jóven y hermosísima señora.

El hijo menor del conde Guadimiro, plantando su caballo y recatándose con las entretejidas ramas de los naranjos, estuvo contemplando estático á tan peregrina belleza, á quien todos los acompañantes rendían tributo de humildísimo respeto, y á quien recibieron en la fortaleza con grande alegría.

Largo tiempo hacia que la dama y la cabalgata habían desaparecido, penetrando en el castillejo, y Armengol permanecía aun inmóvil, sobrecogido, ensimismado, como si hubiese tenido una vision sobrenatural.

Partió al fin; pero con la imagen de la dama clavada en el corazón.

Arrebatado en sus sentimientos, desde entonces su pecho se convirtió en un volcan, y toda su vida se concentró en aquel amor primero y sin rival.

Antes que rayara el alba, salía presurosamente de la fortaleza, y saltando como un loco los bardales de las huertas de los colonos, se apoderaba de las mas hermosas flores, formaba con ellas un perfumado y rico ramillete, atravesaba á galope tendido el valle, y ocultando su caballo en las barrancadas del arroyo, bajo un pabellon de zarzas, con diestra puntería arrojaba al balconcillo del ajimez, cual si fuera una caña de torneo, el ramo de flores que habia recogido, talando las macetas de sus pobres vasallos.

Otras veces, adivinando por el movimiento que en la esplanada y el lugarejo se advertía, que los señores iban de batida, seguía por

el monte á los cazadores, entre los cuales solia ir la castellana, manejando con destreza una ligerísima jaca alazana.

Pero como su amor era tan grande, tenia mucho de tímido, y se complacia Armengol en guardarle dentro del fondo de su alma, envolviéndole en los poéticos pliegues del misterio. Así es que nunca se acercaba á formar parte de la montería; contentándose con verla de lejos desde una cúspide ó algún sitio peligroso, pareciendo allí estatua fantástica ó genio fatídico de las rocas. Llegaba únicamente su atrevimiento á colocarse cerca de la esplanada, en las altas horas de la noche, para contemplar á la dama, que á la luz de la luna se paseaba solitaria.

Una vez, volviendo de este inocente entretenimiento, sumergido en el éxtasis de los enamorados, tropezó con un su antiguo camarada, mitad cazador, mitad bandido, que debia su vida á la intercesion de Armengol; pues mas de una vez el caballero Guadamiro habia intentado colgarle de la encina mas alta del canton.

—Portillo seguro para cabras monteses, señor, sino se encerrasen con la luna, dijo el *Lobo*, pues con este apodo era conocido el bandolero.

—Buena pró: replicó Armengol espoleando su caballo, para dejar atrás al importuno, y no queriendo comprender la alusion.

—Me parece que otro está en la rastra, mientras que vos andais á la espera.

Armengol, al oír esto, dió un tornillazo con el cual estuvo á punto de perniquebrar al caballo; y levantando el venablo, se lanzó furioso sobre el *Lobo*.

—Cómo! villano! Por qué profieres tales blasfemias? Te juro por la sangre de mis venas, que si no hablas pronto y claro, te dejo clavado contra ese roble para que te despedazen los lobos, y haré un bien á la Marca.

Depuso su apostura amenazadora el hijo de Guadamiro, paró el caballo, y con la ardiente curiosidad de los celos, se preparó á escuchar al *Lobo*.

—Como veia sobrada la caza, creí que estábais ausente: tropecé una mañana con vuestro potro oculto en el rio, y dije para mi sayo: —andaré tras de alguna payesa: —seguí la pista por si era mi Led-

garda, que de esas teneis y no pocas, y os ví rondar el castillo morisco y arrojar un ramo á la castellana recién venida....

— Y cómo te atreviste?....

— Dejadme, señor, que las palabras son como el rastro, han de ir seguidas para dar en el cazadero : decia, que os ví tirar el ramo; y cuando hubisteis desaparecido, cruzó entre la arboleda otro ramillete que vino al mismo ajimez.

— Y quién lo tiraba?....

— Tanto no ví; pero mas diestra que yo debe ser la castellana; pues sabó, le recogió, le colocó en su limosnero y apartó vuestras flores con el pié : y eso que eran mas hermosas....

La concentrada ira de Armengol estalló; y asiendo de los cabellos al Lobo, asestó contra su garganta el venablo, diciéndole :

— Mientes, villano, ladron... ! ¿tú viste á ese hombre?

— Lo que ví fué el ramo y lo que acabo de deciros : mañana os espero para que os desengañéis por vuestros ojos, y os convenzais de que soy agradecido y todo vuestro, como que os debo el pescuezo : dejadme, que no sé mas ; y á quien dá lo que tiene, el diablo lo hace libre.

— Pues hasta mañana, y ya sabes que te encontraré y te haré cuartos si me faltas.

Armengol, que no queria prolongar aquella entrevista por el instintivo horror, que le inspiraba hacer partícipe de su amor á aquel hombre, se alejó á la carrera, llevando un infierno en su pecho.

Y aquí el cronista, por una inconsecuencia de que hallaremos repetidos ejemplos en el curso de esta verídica historia, deja á Armengol y nada nos dice del estado de su turbado pecho, ni de las agonías que en aquella noche sufriera, destrozado por los celos que tantas malas pasiones sublevar en almas menos malas que la suya; y nos traslada, el tal historiador, á la habitacion de Rogerio, cuando principiaba á clarear el dia siguiente y á la hora en que habia de verificarse la cita entre el bandido y Armengol.

Rogerio se vestia de gala con presteza, ayudándole su escudero Paulo, á quien ya conocemos.

— Los acicates, Paulo y asegúralos bien. — Ese vá del revés; ya has roto la correa; trae los de acero. — Estos son los de batalla:

—¿está el caballo?

—Y brincando por saltar el parapeto, señor; buena bestia! Un poco antojadiza... el otro día se me plantó, y estuve tentado por desjarretarle de un estrechon; pero como es vuestro predilecto...

—Llévale donde sabes: á la entrada del valle, que yo me voy, como siempre, por la poterna secreta.

—Y tampoco tomáis un bocado?... dijo con cierto respetuoso cariño Paulo.

—Vah! contestó con desdén Rogerio: y salió de la estancia.

—Que me ahorquen, si lo entiendo, murmuró el escudero tomando la direccion opuesta: no almorzar, coger flores en los romeales, pasar las noches de claro en claro y cantar á la luna como un ruiseñor... Y se va poniendo flaco y descolorido... Quia! Es el mas hermoso caballero del mundo, como que lo dijo el Santo Padre, cuando estuvimos allá con el conde Borrell: y eso, que entonces tenia diez años... y ya derribaba luchando á aquellos hombrezuelos, que tanto charlan... Buenos están los romanos para que yo crea al limosnero, que cuenta de ellos tantas valentías!

Aquí llegaba de su monólogo Paulo, cuando le alcanzó su señor en la entrada del valle; pues nada menos que un cuarto de legua habia andado.

Montó Rogerio y desapareció como un relámpago. Menos práctico en senderos peligrosos y desconocidos que su hermano, vino á dar al lado opuesto de donde este se situaba: mas versado en el trato de las damas, acudia algo mas tarde, por si lograba ver á la castellana y trabar con ella amorosa plática.

Pero, aunque hacia tres dias que Rogerio arrojaba las flores al ajimez, la dama las dejó el primero, hizo á una esclava que las recogiese el segundo, y solo al tercero salió ella un momento, como aparicion angélica, y las guardó en su limosnero, sin dignarse mirar, al menos de frente, al caballero que las habia enviado.

La entrevista que vamos á describir era decisiva, y por eso el caballero se habia vestido de corte. No eran sus esperanzas vanas: cuando trepó al altozano, la dama estaba en el ajimez, mas bella que el alborada, cuyos rayos coloraban su frente.

Vestía de azul, resaltaba mas así la blancura nacarada de su ros-

tro, y con un ramo de flores en la mano, registraba el valle por el lado opuesto á el alcor donde estaba Rogerio. Este se quedó admirado, al ver en poder de la bella un ramo de flores silvestres igual al que tenia costumbre de arrojarle, y no pudo reprimir un grito de sorpresa. La castellana volvió su gracioso rostro, y viendo que tenia el caballero otro ramillete dejó caer, como entrecortada, el que ya habia recogido; y por un movimiento instintivo, estendió los brazos creyendo que Rogerio le arrojaba el suyo: luego vaciló confusa y dejó el ajimez.

Dudó el caballero; mas al fin venció el deseo: y cual si todo lo hubiese adivinado, tiró su ramillete, que recogió á hurtadillas la dama y le colocó sobre su pecho. Adelantó su caballo Rogerio para hablarla; pero antes que llegase á tiro de ballesta, se precipitó sobre él un ginete á todo escape con la espada en alto, gritando:

—Defiéndete, traidor!

A tiempo se cubrió Rogerio, pues el golpe le alcanzó parte del casco. Al revolverse contra su enemigo, reconoció á Armengol; y bajando su espada, dijo sorprendido; pero sin ira:

—¿Hermano mio, no me conoces! ¿Qué es esto!

—Siempre lo mismo! exclamó Armengol, con furia: te conozco y por esto voy á matarte: defiéndete!

—Pues bien: si quieres mi muerte, hiere. — Y arrojando la espada, le presentó el pecho desnudo, entreabriéndose la túnica.

Al mismo tiempo, la dama dió un grito de terror; y Armengol, rompiendo su espada contra el borren de la silla, echó una mirada llena de angustia y de ternura al ajimez, y clavando los acicates á su caballo, huyó como un criminal.

No corria, volaba; pasó el valle, tomó la pendiente de la montaña, atravesó los espesos jarales de su falda, se perdió en el bosque, llegó á las rocas, y por ellas hacia saltar el fogoso potro, queriendo devorar el espacio: al cabo de cuatro horas, se rindió el generoso bruto é hizo alto, sin obedecer las ayudas de los acicates que le desgarraban los hijares. Armengol lo desgarró con su puñal, despues se sentó sobre una peña que dominaba un abismo, y dejó caer su cabeza entre las manos. La lucha terrible que en aquel pecho se

agitaba no es para descrita: baste decir que dos lágrimas, ardientes como la lava, rodaron por sus mejillas.

Luego, levantándose con furor, imprecó á los cielos, á su hermano, á sí mismo, y juró vengarse ó perecer en la demanda.

—Pobre caballo! No merecía tan mala paga, dijo el *Lobo* apareciéndose.

—Tú me ayudarás: me debes la vida, exclamó el caballero dirigiéndose repentinamente al bandido.

—Con mil amores; pero, ¿de qué se trata? Supongo que la caza es peligrosa?...

—De mi venganza: ¿puedes reunir cuatro hombres determinados?—*El Javaí*, Willem, *El Almogávar*, Túlga, ¿dónde están?... Cuanto pidan les daré....

—¿Pero vais á vengaros de vuestro hermano?...

—Rogerio no es mi hermano, es mi rival:

—Puedo buscar á esos cuatro, que harán, como yo, cuanto mandeis: de todos modos, nuestro pescuezo vale poca cosa.

—Pues bien, mañana tendreis cinco caballos pertrechados en esa cañada, al apuntar el sol.

—Es que mañana cazan en ella los de la comitiva de la castellana, y esta dirige la montería.

—Ah! El infierno me ayuda!... Mejor: entonces los tendreis antes. No hacedme esperar: toma.—Y le arrojó un bolsillo.

—¿Nada mas quereis de mí?

—Que me dejes y no faltes.

El bandido se retiró silencioso: cuando hubo desaparecido, exclamó Armengol, dirigiéndose al castillejo con entrambos puños crispados:

—Robaré á esa orgullosa señora, sin ablandarme con sus lamentos, aunque haya de pasar por cima de los cadáveres de toda mi raza.

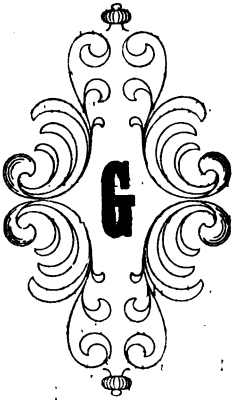
Y se precipitó por el estrecho sendero de la sierra hacia *El Aguila de la Montaña*.

CAPITULO III.

LA MONTERÍA.

• y van tots los colps per l'ayre
bronyint yls trozos de yances,
caent, fan tempesta... »

BALTASAR PORTÉLL.



RAN movimiento cunde por el castillo morisco y el lugarejo su vecino. No amanece, y ya los ojeadores reunidos en la esplanada charlan sobre lances de caza, con esa facundia y bravura propia del oficio; disputan con acaloramiento, y tocan de cuando en cuando agradables y sencillas sonatas con sus cuernos de montería.

Los palafreneros sacan los caballos, que se encabritan con la bozanía del descanso; los esclavos atraillan los perros, que ahullan, ladran y saltan, contentos de verse fuera de la perrera y al aire libre. Los halconeros preparan las caperuzas; y todo es andar, cruzar, volver, gritar, confusion y animada alegría.

Salen los monteros y toman sus cabalgaduras; se oye un clarín en lo alto del andamio, la puerta del castillo se abre y la castella-

na, acompañada de un gallardo mancebo, pasa por la plataforma, refrenando su graciosa jaca alazana y saludando afable á sus vasallos, que la victorean con entusiasmo, coreando una marcha de caza.

Algo de régio habia en aquella comitiva, por mas que fuese modesta en extremo.

Los colonos y los siervos tenian mas lucido aspecto que los de un señor vulgar, y eran muy pequeños el castillo morisco y el lugarejo para encerrar cuotidianamente tan galana y rica cabalgada y tan numerosa comitiva.

En efecto, la castellana era Riquilda, hija de Borrell II, conde independiente que entonces reinaba en Barcelona. Habíase criado la doncella en Auvernia, al lado de sus abuelos maternos Ramon Pons y Garsinda, condes de aquella region. Participaba algo del carácter ligero y novelesco de los franceses, y cuando su padre la trajo cerca de sí y la sumergió en el convento de las Puellas, para que perfeccionase su educacion, quebrantóse su salud, que no pudieron restablecer las fiestas y alardes de la corte, preparados para su salida. Un astrólogo griego, oráculo científico de Barcelona, dijo que convenian á la dama los baños termales y los aires salutíferos del valle descrito.

El Obispo, dueño del castillo morisco, lo cedió para tan escelso hospedaje. Ramon Borrell, hijo mayor del conde, acompañaba á la bella dama, su hermano, y el anciano Borrell II venia con frecuencia á visitarla.

Alejados de la corte los hijos de Guadimiro, nada de esto sabian, que de otra manera no hubieran puesto tan altos sus pensamientos, al menos el mesurado Rogerio.

¿Mas cómo esplicar el que tan elevada princesa, (pues así la llamábamos en nuestros tiempos), hubiese dado alientos al primogénito de Guadimiro? Niña incauta y criada con la sencillez y libertad del palacio de sus abuelos, tenia tambien por confidenta á una esclava mora, que le contaba maravillosas historias de amores, que explicaba los emblemas de las flores, que cautivada por la figura de Rogerio y no muy descontenta de la de su hercúleo escudero, habia inducido á su señora á que recogiese los ramilletes, haciendo mil favorables agüeros de aquel misterioso amante.

Riquilda, lejos de la corte condal, en el campo, y en la edad en que dominan la imaginación y la sensibilidad, ligera se dejó llevar en aquel juego; y solo cuando vió el peligro de Rogerio, atacado por Armengol, conoció que imprudentemente había ido mas lejos de lo que convenia; pero sin sabérselo explicar, como que sintió pena de haberse apercebido de ello.

Para disipar estas nubecillas del sereno cielo de su alma, habíase dispuesto la montería; pues su hermano atribuyó á las dolencias físicas la palidez del semblante de su hermana y su tristeza.

Cuando el sol doraba las crestas de los montes, toda la gente de la batida formaba un pintoresco cordon por el tortuoso camino del cazadero: primero los peones, luego los ojeadores y en seguida cazadores y perros, halconeros y picadores: cerraban la marcha Ramon Borrell y Riquilda. Llevaba esta un brial de lana azul con peto de pasamanería, que realzaba su talle; anchas y flotantes mangas guarnecian sus brazos torneados, una toca de lino y una especie de turbante, semejante al *caramiello* que aun usan las maragatas, hacian resaltar el óvalo perfecto de su rostro. Montaba á la gineta y manejaba con garbo el alazan. Su rostro pálido con la madrugada parecia una fresca rosa blanca, brillando así mas sus ojos negros, claros, serenos como noche de primavera. Algunas sedosas ondas de cabellos castaños, que pugnaban por escaparse de entre los pliegues de la toca, guarnecian su frente purísima. Su boca era un tanto desdeñosa, cuando no estaba animada por una sonrisa infantil; y en el conjunto de su rostro se notaba cierta mezcla de madgestad y de inocencia que cautivaba.

Ramon Borrell, que despues llegó á ser conde, era así mismo de gallarda apostura.

Ambos hermanos iban departiendo sobre la hermosura del valle, que ya descubrian á vista de pájaro, cuando los perros empezaron á latir y á inquietarse. Los ojeadores se apartaron por una trocha, y á poco, abiertos en ancha curva, precedidos de las traillas, ya cercaban el monte levantando la caza con sus gritos y el discordante sonido de los cuernos y caracoles.

Un montero práctico colocó las parejas, dando, se supone, el portillo preferente á Riquilda y á su hermano, y con ellos vino á que-

darse despues de la distribucion el gefe, para prevenir todo peligro.

Estaban los dos jóvenes y el cazador ocultos entre un grupo de encinas, que guarnecía la parte mas alta de un talon, al sol saliente, que unia dos montañas, formando una especie de puerto; desde allí dominaban los quemaderos de la falda de entrambos montes, por donde habian de subir las reses, y podian recibir las que se precipitasen de las cumbres, buscando ancho campo en el valle, ó refugio en la umbría tramontana. Aquel portillo era de gran querencia, y por esto y por su situacion habia merecido la preferencia del montero. Verdad es que hácia la derecha se abria una cañada ó mas bien sima, cubierta de espesísimas jaras, carrascas y chaparros, que podia ofrecer seguro asilo á las fugitivas reses; pero ya irian de pasada, y siempre es preciso contar con la destreza de los cazadores.

En esta cañada se hallaban ocultos Armengol y los bandidos, que habian sido fieles á la cita: aunque calcularon que por allí vendria la batida y contaron con esquivarla, nunca pudieron suponer que el diablo fuese á ponerles la masa tan entre las manos, pues poco menos que á tiro de ballesta estaban de su presa.... Mas no adelantemos los sucesos.

Como una hora seria pasada, cuando oyeron de cerca los *halalí!*, los ladridos y el estruendo de la batida: el montero y Ramon Borrell dieron á un tiempo la señal de alarma, porque avanzaba á tomar el puerto un hermosísimo ciervo, si bien solo un ojo ejercitado podria distinguirle aun. Este momento de espera es el sublime de la caza: latíale á Riquilda el corazon con violencia, y empuñaba fuertemente su aguzado venablo: su hermano sentia tener que ceder el primer golpe, y contenia su caballo; y el montero, con esa serenidad, prenda segura del acierto en el cazador, preparaba su ballesta, por si el venado lograba escapar de los venablos de sus amos.

Ya se vé el venado! Acosado de cerca por los perros, salta con gallardía por cima de los chaparros, ligero como una pluma, la cabeza en alto, entreabierta la boca jadeante, tendida la enramada cornamenta sobre el lomo y toda enredada del florido boscage que

ha talado en su carrera. Ya se oye su berrido : los podencos casi le alcanzan.

Nuestros cazadores contienen casi hasta la respiracion.

Llegó! Al plantarse en la altura, Riquilda le lanzó su venablo y le atravesó el cuello por la parte inferior ; su hermano lo hirió en los hijares, y el venado cayó sujeto por los perros.

Con mil gritos de alegría se arrojaron prestamente los hermanos de sus caballos, el uno para rematar la res, y Riquilda para saborear su triunfo mas de cerca.

Al tiempo mismo, cinco hombres salieron del bosque de la cañada con las bridas de los caballos en la sangría del brazo y armados hasta los dientes. El que parecia su gefe se precipitó sobre la dama, y cogiéndola por la cintura, se la entregó á Armengol, que montado acababa de presentarse. Antes de que se volviese el bandido para tomar su caballo, cayó atravesado de un ballestazo que le disparó el montero : Ramon Borrell se lanzó al robador de su hermana ; pero Armengol, espoleando su caballo, acostumbrado á trepar por las rocas, le dejó burlado con su desesperada cólera, y sujetando el robador á Riquilda se perdió muy pronto en la umbría por el lado opuesto de donde venia la batida : los otros bandidos, sin hacer caso de Ramon, cuyas armas ofensivas no eran en verdad muy temibles, pues se reducian á un cuchillo de caza , pusieron entre los cuatro mal herido al montero, en holocausto de la muerte de su compañero, y se dispersaron en distintas direcciones.

Ramon Borrell, tocó su corneta de caza pidiendo auxilio ; pero era demasiado valiente para esperar á su comitiva ; arrancó los venablos al venado, saltó sobre su caballo, y echando una mirada compasiva á su buen servidor, que se agitaba con las convulsiones de la agonía, se lanzó por el sendero que habia tomado Armengol con Riquilda entre los brazos.

Pero su caballo no estaba habituado á las asperezas, y se espantaba y botaba, obedeciendo mal al diestro jinete y perdiendo terreno : despues de una desesperada carrera al borde de precipicios y de arrojarle por una pendiente, que hubiera espantado al mas temerario picador, logró al fin Ramon Borrell salir al descampado y divisar á gran distancia, como un punto movible allá en la hondura

ra, á Armengol, que á pesar de su destreza y de su ligerísimo y adiestrado potro, no podia adelantar lo que en su impaciencia deseaba, por la lucha que tenia que sostener con Riquilda, la cual pugnaba infatigable por desasirse y arrojarle al suelo. Los cuatro bandidos, que ya se le habian reunido, lo escoltaban ; pero el esforzado caballero Borrell, en vez de desalentarse por esto, mas y mas hostigaba su caballo con la voz, con los acicates y el venablo, para llegar hasta el raptor.

Si alientos hubiera necesitado, una circunstancia imprevista vino á dárselos.

Al cruzar la cabalgata de Armengol por ante un bosque, que ya pertenecia á los dominios de Guadimiro, una ballesta disparada por mano invisible vino á dar en el casco del bandido mas delantero, desguarneciéndole la visera, y haciéndole vacilar como si estuviese herido de muerte. Luego, seguido de su gigantesco escudero, apareció Rogerio con la espada en alto y en accion de acometer al robador de la dama ; pero cuando hubo reconocido á su hermano, bajó el arma, y cortándole el camino, le gritó con autoridad :

—Cómo, hermano mio, te atreves á tamaña villanía ! Así manchas nuestros blasones !...

Armengol enfurecido no le dejó acabar.

—El infierno te trae para que mueras á mis manos y mi venganza sea completa.

Y diciendo esto, le arrojó la lanza, que traspasó el pecho de Rogerio, cayendo bañado en su sangre el gallardo y generoso caballero.

El fraticida espoleó su caballo, y hubiera pasado por cima del cuerpo de su hermano, si Paulo el escudero no se hubiera interpuesto decidido á disputarle el trance.

—¿ Villano, contra tu señor haces armas !

El escudero, mas fuerte en obras que en palabras, arrojó su azagaya, especie de lanza corta, á Armengol, y desembainando su espada, trabó desaforado combate con los bandidos.

Por fortuna del fraticida, su caballo se encabritó al tirarle la lanzada Paulo, recibiendo el bruto el golpe en los pechos. La azagaya llevaba tal violencia, que el potro quedó herido de muerte en el ac-

to, cayendo con estrépito y arrastrando consigo al ginete y á Riquilda, que se habia desmayado.

Rugiendo como un leon, pugnaba el raptor por acudir á la dama y desasirse del caballo, que le habia cogido una pierna en la caída. En tanto se acercaba Ramon Borrell, y por otro lado los cazadores de la batida, que corrian á rienda suelta con la angustia y el furor pintados en su semblante.

El escudero habia puesto fuera de combate á uno de los bandidos de la primera cuchillada y cercenado la lanza de otro por el embudillo, como si fuese el asta de blanda cera, y no de roble tachonado de hierro, y seguia descargando sobre los tres tan cerrada tempestad de golpes y tan tremendos, que no sabian los valentones como avenírselas con aquel Hércules.

Al fin logró Armengol levantarse, y cogiendo en sus brazos á Riquilda, se dirigió á tomar el caballo del bandido; pero antes que empuñase la brida, sintió silbar el venablo de Ramon Borrell, que pasó por cerca de su rostro, y las voces de los monteros que ya llegaban. El escudero acababa de partir en dos al mas restado de los bandidos, y huyeron los otros al venir Paulo sobre el fraticida: este, viéndose perdido, abandonó su presa y se entró en el bosque, impenetrable á los ginetes por aquel lado. Ya era tiempo, pues casi simultáneamente dieron sobre él Ramon Borrell y los cazadores. El escudero hubiera podido alcanzarle; pero libre de enemigos, y oyendo quejarse á Rogerio, abandonólo todo para restañar las heridas del caballero.

— Socorred, señor, á la princesa, dijo un montero á Ramon, que yo os traeré muerto ó vivo á ese traidor. — Y echando pié á tierra, seguido de los ojeadores y de los prácticos, y guiado por los perros, se lanzó por el bosque adelante en persecucion de Armengol. Otros de los cazadores se pusieron en seguimiento de los bandidos fugitivos.

En medio aquel amenísimo valle vestido con las galas de la primavera, bajo aquel cielo azul y purísimo, y con el resplandeciente sol de medio dia, contrastaba la terrible escena que en el lindero del bosque tenia lugar. Ramon Borrell, al frente de una parte de los cazadores, con las lágrimas en los ojos, arrodillado, sostenia la

cabeza hermosísima de Riquilda, y le dirigia tiernas palabras, queriendo así volverla á la vida. A su lado, entre blasfemias, exhalaba su último aliento uno de los bandidos: aun se oía el estertor del caballo moribundo, y el círculo que los criados y la comitiva habian formado se ensanchó, para no pisar los restos de otro cadáver. Lanzas rotas, pedazos de armadura, sangre se veia por todas partes. Y mas allá Paulo, con la solicitud de un hermano, con el respeto de un esclavo, habia desabrochado la túnica de su señor, y torpemente se empeñaba el buen escudero en restañar la sangre, que brotaba á torrentes por la ancha herida que en el pecho tenia Rogerio.

Un caballero trajo agua en un casco, y habiendo rociado con ella el rostro de Riquilda, volvió esta en sí. Su primer impulso fué rechazar á su hermano y querer huir; pero luego que lo hubo reconocido,

— ¿Dónde estoy?, exclamó, pasándose la mano por la frente.

— Libre, hermana mia, en mis brazos. — ¿Estás herida?

— Ah!... No lo sé.... Ha muerto? dijo con espanto y con un acento de dolor inesplicable, señalando á uno de los bandidos.

— ¿Quién?

— Mi libertador.... añadió entre sollozos la dama: y al tiempo mismo, siguiendo la direccion de su vista, todos pararon la atencion en Rogerio herido y en Paulo.

— Démosle pronto socorro, hermano mio: le han herido de muerte en mi defensa. — Y como galvanizada, se levantó solícita, y sin componer sus ensangrentados y rotos vestidos, acudió á donde estaba Rogerio.

Sabido es que en aquella edad de hierro formaba parte de la educacion de las damas el saber algo del arte de curar las heridas, y sobre todo el ser buenas ministrantes y prácticas en lo material de la cirugía. Inmediatamente, deshaciendo su turbante formado con bandadas de lino, lavó la herida de Rogerio, la vendó y dispuso que formasen una camilla de ramage, para que lo condujesen al castillo, á pesar de la oposicion que hacia el escudero, el cual esplicaba bien claro cual era la morada de su señor, y que allí lo cuidarian mejor.

Despues de esto, Riquilda se sentó desolada sobre el césped, y empezó á llorar como una niña.

Luego que se hubo desahogado un tanto y asegurado á su hermano que no tenia daño alguno, contó á los cazadores admirados la historia del imprevisto rapto, al cual no pudo dar explicacion alguna, y el oportuno socorro del caballero. No mencionó el heróico combate de Paulo, porque ya hemos referido que se desmayó al ver traspasado á Rogerio por la fraticida lanza de Armengol.

Los batidores, entonces, que algunos eran del lugarejo, informaron á Ramon Borrell, de como ambos hermanos eran hijos de Guadimiro, señor del castillo que desde allí se descubria en lontananza, y la contrapuesta fama que ambos tenian ; el uno de noble y generoso, y el otro de violento y malvado ; asegurándole tambien, que si Armengol habia ganado la Montaña, seria inútil toda persecucion, pues conocia las mas ocultas guaridas y los mas dificiles pasos, mejor que los prácticos, por su aficion á andar con los bandidos y por su cuotidiana ocupacion de cazador.

La comitiva se puso en marcha ; mas, ¿ cuál no seria su sorpresa é indignacion, al ver en lo alto de un precipicio inaccesible á Armengol, que reconocieron por el elevado penacho de su casco, bañado por el sol, y contemplando al aparecer á la cabalgata y como desafiándola ?

— Cien sueldos de plata al que me presente su cabeza, gritó el primogénito del Conde, torciéndose las manos de rabia.

Y algunos monteros, meneando la cabeza, como quien reconocia la imposibilidad de la empresa, salieron á todo escape en aquella direccion, mas por no desairar á su señor, que intentando ganar el premio.

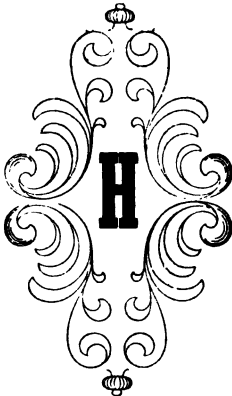


CAPITULO IV.

EL TALISMAN.

« S'estaba linda senyora
a la ombreta d'un pi:
las ombretas eran altas,
qu'el sol li tocaba al pit.
Ya'n passaba un caballer,
no'n la osa á despertí:
li tira un ram de violas,
al pit las hi va tiri:
las violas n'eran frescas,
la senyora 's despertí. »

Romance antiguo.



AN pasado veinte dias, y si algun curioso hubiera asomado por el castillo morisco, donde se hospedaba la ilustre familia de los condes de Barcelona y donde habia sido trasladado Rogerio, hubiera podido observar, que en una cámara tapizada y llena de flores, con vistas al campo, hablaban con misterio é interés Riquilda y su esclava mora; mientras que, en la parte opuesta de la mal pertrechada fortaleza, Rogerio, en mas modesto salon, departia con voz desfallecida y entrecortada con su escu-

dero Paulo.

Poco galante el cronista, cuenta primero la conversacion del ca-

ballero y su servidor, ofreciendo para despues la del ama y la esclava.

Estaba el hijo primogénito de Guadimiro postrado en la cama, pálido como la gualda, mustia la radiante mirada de sus azulados ojos, abatidas las fuerzas y desmejorado todo, como el que habia perdido tanta sangre y habia pisado el umbral de las puertas de la muerte : hasta ahora le tenian prohibido el que hablase, ni se moviese ; pero hoy se sentia mejor, y el rayo de sol poniente, que penetraba en la estancia, le reanimaba y como que le volvió á la vida.

Su escudero que, con la fidelidad del perro, no se habia separado un instante de su cabecera, le contemplaba con gozo, cruzado de brazos.

—Cuánto agradezco, Paulo, tus cuidados ! Quiero que mis primeras palabras sean para tí, así como mis primeras oraciones han sido para la Virgen de Monserrate.

Esponjóse el rostro del escudero, y dió una especie de mugido para espresar su alegría : en seguida se santiguó devotamente.

—De esta salimos, y no ha sido mala, repuso el servidor.

—Siéntate, y pues la calentura me deja, cuéntamelo todo ; que nada recuerdo sino muy confusamente.

—Prometedme no hacer muchas preguntas, que yo iré soltando las palabras como ellas vengán.

Sonrióse Rogerio, y se acomodó bien para escucharle.

El trance era terrible ; muy capaz se sentia á todas horas el escudero para derribar de un hachazo la puerta mas sólida, de desjarretar un toro, de abollar una armadura con sus manos, ó de reñir con los tres mozos mas talludos de la Montaña ; pero tratándose de hilvanar un discurso delante de su señor, sudaba, trasudaba y acababa por decir lo contrario de lo que queria ó pensaba en su margin. Haciendo un desesperado esfuerzo, empezó de esta manera :

—El señor vuestro padre, bueno desde que sabe que podreis volver á ser todo un hombre. Lo que es antes, lloraba como un niño. Se las ha jurado á vuestro hermano, y mas cuando le he contado las trabacuentas que tenia siempre con vos. ¡Demonio de caballo ! Qué espantadizo ! La querencia del vuestro lo levantó de manos ; si no estaria ya enterrado Armengol ; porque la azagaya iba bien, y

eso que le asesté al costado. Nunca me hubiera atrevido, aunque me ha dado de palos muchas veces ; pero tiraros aquella lanzada !... Si no llevais el porta-espada de las planchas de acero.... La Virgen lo hizo, pues así la herida fué de soslayo, larga como un rio y poco profunda. Bien me lo decíais aquellà mañana :— « Mi hermano está ensimismado y maquina algo contra la castellana : vámonos al lindero del bosque para vigilar la montaña. »—Y cuando menos lo esperábamos, cádate encima á los tunos con su presa : yo lo conocí luego ; pero vos no lo queríais creer. Pobre niña ! Y que si no es por ella, os quedais seco en un Ave-María....

—Pues qué hizo ? Nada me ocultes.... Volvióse al decir estas palabras Rogerio y no pudo menos de dar un quejido.

—Dejadme proseguir. No se me olvidará lo que hizo y lo que ha hecho : y que es nada menos que hija de nuestro señor el conde de Barcelona, Borrell II...

—Ah ! exclamó el caballero con doliente y melancólico acento, pues esta nueva le quitaba toda esperanza á su loco pensamiento.

—Os habeis puesto peor?... preguntó Paulo con ansiedad.

—No, continúa : tu relacion calma mis dolores.

El interés le hacia mentir á Rogerio, que ya tenia una pena honda y angustiosa á mas de las punzadas de la herida.

—Sin cuidarse de una contusion que recibió al caer del caballo, apenas volvió de su parasismo la princesa, lavó vuestras heridas, ensangrentándose sus manecitas blancas como la nieve, y vendó el boqueron con las bandas de su toca, lo que yo no habia podido hacer por mas vueltas que le dí á vuestro cuerpo !... Ella misma mandó que arreglasen la camilla donde os trajeron á este lecho, y luego lloraba como si fuera vuestra madre...

—¡ No mientes, Paulo ?

—Señor, hablo como si estuviera delante de Dios. A mí me ha regalado un caballo y un pedazo de tierra por beneficio, que dicen vale un tesoro ; y no quiere su hermano y mi señor, que hínque la rodilla para hablarle... Y no lo he dicho todo : los bebedizos que tomais, y las hilas que os ponen las hace la dama, segun asegura su esclava, que parece una rosa:—¡ lástima que sea mora !—y la princesa dirige la cura, si bien la pagana ejecuta lo que manda... Hasta que

os vea bueno y sano, ha hecho promesa y el conde Ramon, que no dejarán este castillo.

— Nunca habrá venido? : preguntó con timidez el caballero.

— Un dia tan solo, con el conde su hermano y mi amo vuestro padre... No entendí bien lo que dijeron de vuestro valor y de vuestra gallardía, pero tuve que salirme por no llorar como una comadre... Vos estábais delirando... Pero qué teneis!... Se desmayó! sobre que soy un bárbaro en contarle cosas que no le interesan...

En efecto, fatigado Rogerio, por tener fija su atencion por tanto rato, habiendo hecho algunos esfuerzos para incorporarse, como queriendo recoger mas pronto las palabras de su escudero, combatida además su alma por los encontrados sentimientos que aquella relacion le despertaba, cayó en un parasismo de esós tan frecuentes en las personas valetudinarias.

Gracias á un cordial volvió en sí y aunque quiso que anudase su relacion Paulo, este se negó á ello.

La noche ha tendido su manto por el valle : el cielo está cubierto con una neblina que apenas deja pasar los centelleantes y plateados rayos de luz que envian desde su altísimo trono las estrellas : la luna en creciente asoma su nacarado rostro por los picos de la montaña, y corre una brisa suave y perfumada que embriaga.

Todo es silencio en el castillo. Solo velan los centinelas de la puerta y de las escuchas altas, puestos desde el atentado de Ar-mengol.

Sin embargo, hácia el agimez morizco se siente dulce murmullo ; es la habitacion de Riquilda. No hay luz y la princesa sentada en un almohadon frente á la ventana está mano á mano con su esclava Kerima. — Hablan en voz baja y con animacion. — ¡ Ah ! He aquí la conversacion que teníamos prometida. — Oigamos pues.

— Dices, que está mejor?

— Por la sangre de mis venas y la salud de mi madre os lo juro, contestó Kerima ; hace poco que hablaba con su escudero ; mas si mis presagios no mienten, quedará muy mal parado : las heridas en el pecho son la gangrena de la vida.

—Y nada sabes que las cure? Me interesa ese caballero tan galán, tan esforzado!

—¿No es verdad que quisiérais que fuese conde de Urgel ó rey de Leon?

—A veces lo he soñado, pero ya ves cuán ligera obré, cuando le creí un príncipe.

—Y os libertó como si lo fuera.

—Sí: es preciso que busques remedio á su herida.

—Lo sé.

—Hagámoslo pronto. ¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Recelo del que lo ha de aplicar y del que lo posee.

—Yo le venceré con dones.

—Sois vos misma.

—Ah!... Y la dama se puso encendida como la grana.

—Ya os alarmais?...

—No: sospecho de tu parcialidad, y.... mejor seria que.... no lo dijese.

—Bien, me callaré: quereis que os refiera un cuento al uso de mi país?

—Muy pronto has cedido!

—Es que el remedio para ese buen caballero, es la moraleja de la historia.

—Cuéntalo, ya que te empeñas.

Kerima se acercó á su señora, y empezó de esta manera.

—Habia en el Oriente un rey hermoso, discreto, valiente, justiciero, y amante del bien. Todos sus vasallos le querian como á un padre; pero en secreto se lamentaban de que fuese desamorado y no hubiese elegido esposa, porque á su muerte temian que el reino se viese despedazado por las guerras. Pues señor, los allegados al palacio, conociendo esto mismo, provocaban todos los años magníficas fiestas, á las que concurrían las mujeres mas perfectas del mundo, haciendo alarde de su hermosura, y de su destreza en el canto, en el baile y en el decir. Ninguna lograba prender al rey, y todas se volvian tristes y desairadas á su tierra. El mismo soberano llegó á fastidiarse de su palacio desierto de amores, y de la soledad de su corazón; y dejando á sus cortesanos,

cuya compañía le molestaba, montado en un brioso caballo, vagaba por las campiñas, sin dirección fija, volviendo á deshora á su corte. Aunque en guerra con uno de sus vecinos, no recelaba llegar hasta sus fronteras; y de rodillas le habian pedido sus súbditos que no espusiese así su vida. Pero él, aunque les agradecía sus atenciones, seguía en sus extravagantes y melancólicos paseos. Una mañana, muy de madrugada, salió pues, y fogoso el caballo se lanzó á la carrera, entrándose en un bosque casi impenetrable. Cerrada era la espesura y muy juntas las encinas; pero el rey y su caballo pasaban, sin que les tocase ni una rama, antes bien parecia que les abrian calle y formaban anchurosa y elevada bóveda para que no le hiriesen los rayos del sol.

« Un día y una noche siguió corriendo el caballo, sin que diese muestras de fatigarse y sin que el rey le pudiese hacer cambiar de dirección: al fin, al amanecer, se paró de pronto el animal en un delicioso prado, en cuyo centro brotaba una fuente cristalina. El rey se bajó para descansar y apagar la ardiente sed que le devoraba; mas cuál no seria su sorpresa, al ver desaparecer al caballo. Como era esforzado, no se turbó su ánimo; sentóse á la margen de la fuente y bebió de su corriente, recreándose despues en la contemplación del prado, que lleno de claveles, de rosales floridos y de alelías, parecia un paraíso.

« Pues como iba diciendo, contempló el prado y luego la fuente, y entre las ondas creyó divisar un rostro angelical de bellísima doncella, alzó los ojos para buscar el origen de aquella engañosa imagen y se encontró frente á frente de la niña mas hermosa que vieron los humanos. Estaba vestida de flotante seda, tenia un collar de perlas y el cabello entretegado con sargas de brillantes: apenas rayaba en los quince abriles; pero ya su sonrisa era amorosa y mas provocativa que inocente la mirada de sus ojos, negros como el azabache. El rey se quedó absorto: la doncella entonces le dijo con voz dulcísima: — « Soy la jardinera de este prado, la maga de esta fuente, y es preciso que me pagues el hospedaje y el agua que sin mi licencia has bebido. » — El monarca echó una mirada sobre su persona, y nada encontró digno de la niña: sus alhajas eran muy inferiores á las que llevaba la maga, y aunque hubiera tenido el rey las es-

meraldas de Salomon, le hubieran parecido don pequeño para tan escelsa hermosura. Cogió una rosa de Jericó que esparcia en rededor su grato perfume, y se la dió con rendimiento. La maga la puso abrochada en su seno, y el rey loco de gratitud con aquella distincion, saltó la fuente...

«Todo desapareció en aquel instante: se turbaron los ojos del rey y cayó en un estupor profundo. Cuando despertó, se halló en su palacio, tendido en su lecho y rodeado de sus cadíes, que esperaban sus órdenes, como de costumbre, para administrar justicia. Preguntóles por el bosque, por la maga, y no supieron darle razon alguna, antes se lamentaban entre sí, creyendo que su señor estaba desmemoriado y enfermo de la cabeza. Ay! Desde aquel dia, el pobre rey no volvió á tener alegría: perdió la color de sus megillas y en vano buscaba el bosque, el prado y la maga. Al caer el sol, la calentura le devoraba, y débil como un niño, apenas podia andar sin fatigarse en extremo. Todo era luto en el reino, se buscaron los médicos mas famosos, se ofrecieron grandes premios al que curase al rey; pero la dolencia hacia progresos cada dia, y el mancebo ya no podia dejar su lecho.

«Los vasallos lloraban ya su muerte: seguros los sabios habian señalado la hora fatal. Con espanto para el reino, llegó la noche que habia de cubrirles de luto: el enfermo quiso quedarse solo: los gallos anunciaron la media noche: era la hora. El rey como que empezó á sentir los atentados pasos de la muerte: morir en la flor de sus años!...

«El corazon se le oprimió, y un hondo suspiro se escapó de su pecho, pues se acordaba de la maga. En el pavoroso silencio de aquellos vastos salones, los pasos se oian mas cercanos, lentos, acompañados, como el ruido de la serpiente que se desliza entre las hojas secas del bosque: describióse la cortina del lecho: venciendo el horror, miró hácia aquel lado el rey, y vió radiante deluz á la maga, que inclinándose con la rosa de Jericó en la mano, llegó hasta él y se la puso sobre el corazon. Curó el rey con aquella medicina, sus vasallos tuvieron reina, y yo aunque asistí á la boda, no pude recoger ni una dobla de las que se arrojaron en las fiestas.

— Y crees tú, Kerima, que se curaria ese caballero con una rosa

de Jericó? Dijo Riquilda, aplicando la conseja despues de un largo rato de silencio.

— El cuento parece que lo indica.

— ¿Y dónde iríamos por esa flor!...

— El lirio tiene las mismas virtudes.

— Ni agostados los hallaríamos ahora.

— Yo creía haber visto en vuestro reclinatorio un ramo, seco, es verdad; pero cuidadosamente guardado.

— Es el último que encontramos en el agimez.

— Sí, que encontrásteis vos, y creo que por lo mismo había de tener mas virtud.

— Cuántas locuras!...

Y se siguió otro intervalo de silencio, despues del cual dijo Riquilda:

— Y ese cuento me preocupa: siempre consigues entristecerme con ellos.

— Señora, por eso pedí permiso para relatarle: deseábais con tanto interés que Rogerio se curase!

— Pues bien, te daré los lirios para que se los apliques en la herida al caballero, y no hablemos mas de ello.

— Haré lo que me mandais, señora, mas nada habremos adelantado.

— ¿Por qué?

— No soy la maga! dijo con maliciosa sonrisa la mora.

— Ya lo había yo pensado: déjame sola.

La esclava se retiró, y Riquilda, levantándose con lentitud, se reclinó sobre el antepecho del agimez.

La luna caminaba por el espacio coronada de una aureola con los colores del iris, dando un poético y melancólico tinte al paisaje. El ruiseñor cantaba en la espesa alameda vecina, y un monótono cuclillo se oía á lo lejos entre las rocas. Divisábase el valle con formas indefinidas, partido por la serpiente plateada del rio, cuyo murmullo venia confundido con el susurro de las calladas brisas del estío, y allá en lontananza se veía el yermo donde fué herido Rogerio. Blanqueaba la esplanada gredosa como un campo de maldición; en último término, el puesto donde fué asaltada Riquilda por

los bandidos. La contemplacion de aquellos lugares, la serena melancolia de la noche no eran, en verdad, á propósito para desterrar los pensamientos que bullian en el alma de la princesa.

Ya hemos dicho que Riquilda era casi una niña, y su corazon sentia ese vago sentimiento, precursor de las grandes pasiones. La distancia que de Rogerio le separaba hacia que no pensase en él como en su elegido, y sin embargo, se sentia atraida hácia él por una fuerza superior.

Creia que solo la gratitud era el móvil de su interés, y se engañaba á sí misma y amaba sin saberlo. Preciso es confesar tambien, que su esclava Kerima se asemejaba mucho al demonio de la tentacion. Riquilda no se daba por vencida, y crecía así mas su encurbierta pasion, pues no se cuidaba de oponerle obstáculos.

Reclinada en el agimez, se decia que era un deber de agradecimiento contribuir á la curacion de Rogerio, y que nada tenia de extraño que las flores en ello influyesen. Comprendia la intencion del cuento, y hacia por encontrar un presentimiento donde solo habia un pretesto. El corazon triunfaba de la razon: el paisaje, la noche, la luna, el ruiñeñor, los recuerdos la acabaron de decidir á dar un paso, que era demasiado ligero para su elevada gerarquía. Llamó á su esclava; y al verla, ya no supo decirle lo que habia resuelto: afortunadamente, Kerima era bastante diestra para adivinarlo, y ella entabló la conversacion.

— ¿Pensabais en el rey del cuento?

— Sí....

— Y no...

— Es una felicidad ser maga, para poder entrar por todas partes sin ser vista.

— En este castillo y á estas horas, bien puede pasarse sin esta dote; porque todos duermen menos los centinelas exteriores. Vengo del salon donde está el caballero herido, y tan solo he encontrado á su escudero, que le oye soñar santiguándose, como si hablára el demonio.

— Reposa?

— Postrado por la calentura, que le recarga siempre á estas horas. A nadie conoce, aunque salga de su letargo. Voy á levantarle

esta noche el vendaje y estoy segura de que me tomará por su padre ó por el gigante de Paulo.

— Le cruzas las vendas como te dije ?

— ¡Ay, señora ! que eso iba á manifestaros : las manos se me atan y nunca quedan las hilas seguras ; si quisiérais darme una leccion práctica... Haceis una obra de misericordia, la cual es muy agradable á vuestro Dios, como me esplicábais el otro dia.

— Tienes razon : Riquilda vacilaba.

— Y llevaremos el ramo de lirios ?...

— ¡ Para seguir el cuento ?

La princesa se dejó arrastrar, y recogiendo el último ramo que le habia arrojado el caballero herido, el cual guardaba en su reclinatorio, salió con Kerima.

Andando de puntillas atravesaron los salones y galerías solitarios, sin luz, asustándose del eco de sus pisadas, y riyéndose de sus propios terrores ; bajaron unas escaleras de caracol, y al fin penetraron en la estancia del enfermo.

El salon era espacioso y estaba alumbrado por una lámpara de hierro, pendiente del techo. Las armas del caballero y del escudero componian su adorno. Rogerio reposaba en efecto, y á su lado, sentado en un gran sillón de madera, se pellizcaba y repelaba Paulo por no dormirse, pues sabia que faltaba la cura, y á mas del interés que le inspiraba su señor, no dejaba de contemplar mientras la operacion á la esclava Kerima con cierto embobamiento, que hacia reir como una loca á la traviesa mora.

El escudero se quedó estático al ver á Riquilda, viniéndole como de molde el que la esclava le hiciese seña de que no se moviese. Se acercaron al lecho, y la dama no pudo menos de contemplar por un breve instante á Rogerio, que apesar de la enfermedad habia perdido poco de su belleza varonil, que hacia mas interesante la dolencia. El caballero dormia con el azaroso sueño de la fiebre, y pronunciaba palabras entrecortadas, entre las cuales se oian distintamente algunas frases de amor. Kerima con cautela empezó á deshacerle el vendaje ; pero á los primeros movimientos despertó Rogerio, y al ver á Riquilda, creyó que un ángel venia á curarle : luego que hubo reconocido á la princesa, quiso hablar ; pero la voz se le

anudó en la garganta : la esclava le impuso silencio, sin que se apercibiese su señora.

Lavada la herida, sobre ella colocó la mora unas yerbas aromáticas, y entregó á Riquilda las vendas só pretesto de que no sabia ligarlas bien : la hija de Borrell II, trémula de emocion y mas encantadora que nunca con el rosicler que sus megillas bañaba, se inclinó sobre el enfermo y le vendó. Rogerio no podia creer tanta felicidad : al ver cerca de sí aquel rostro tan hermoso, al sentir el aliento de la castellana, se creia trasladado á una mansion encantada, y en sus adentros bendecia su herida. Riquilda no se atrevió á poner el ramo de lirios entre las vendas, y lo dejó sobre el lecho como olvidado. El caballero reconoció al momento aquella prenda de sus ideales amores, y haciendo un esfuerzo, la cogió y besó con entusiasmo las marchitas flores del campo.

La princesa entonces echó una mirada de reconvencion á Kerima, y cortada y confusa salió precipitadamente de la estancia.

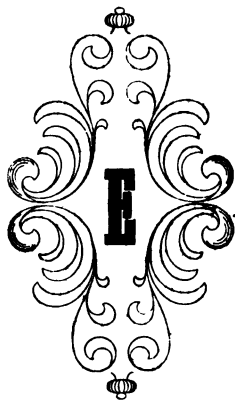


CAPITULO V.

LO PRESENTE Y LO PASADO.

« Ya partí lo rey de Fransa
un dilluns al dematí,
ya, partí per pendr' Espanya
y'ls espanyols bel'han pris. »

Romance antiguo.



El palacio de los condes de Barcelona que, como todos los de aquella época, mas parecia castillo, se hallaba ocupado por una inmensa multitud, asi como la plaza á donde daba su principal frontispicio. Eran las once de la mañana y susurrábase por la ciudad condal que, aquel dia, un embajador francés seria publicamente recibido. Su misteriosa mision no la habian traslucido los noticieros; pero cosa era que atañía á la guerra contra los infieles, que amenazadora rugía ya en las fronteras, y tambien á la independencia de Cataluña, asuntos ambos los mas importantes y delicados que tratarse pudieran. Por esto aquellos industriosos habitantes habian abandonado sus talleres, sus mercados y sus barcos y llenaban todas las avenidas.

Los mas tenaces ó los revestidos de alguna autoridad habian penetrado hasta la sala de armas, que era el zaguán del gran salón del trono, y allí en corrillos ó grupos, que la multitud deshacía ó apiñaba con sus oleadas, hablaban de la guerra y del embajador. Entremos pues allí, que nos conviene para el curso de esta historia, oír sus diálogos entrecortados y estar cerca de la sesión pública.

Dominaba en aquel concurso un pintoresco desorden; ni aun la gente armada que era mucha, vestía el enojoso uniforme, como en nuestros días. Este llevaba un casco con la cimera griega, aquel flotantes plumas y sobrepuestos dorados como los francos: ya cabezas de jabalí ó de otras alimañas, ya bruñidos capacetes de plata en forma de tiara oriental, ya sencillos cascos de cuero con barras travesadas de alambre ó cubiertos de malla tupida. Los unos tenían al hombro mazas ó hachas, los otros azagallas: aquel una ballesta, esotro una honda, y pocos lanzas de desmesurada longitud. Entre esta tropa andaban monges de la orden de San Benito con lengua y blanca barba, marineros, muzarábes, griegos, constantinopolitanos de afeminada traza, judíos con sus tocas amarillas y sus ropas talaras, labradores, carpinteros, espaderos, pelaires, tapineros, curtidores, plateros, cuchilleros, candeleros, canteros, y de otros oficios, cuyos gremios eran mirados con mucha honra en Barcelona; clérigos, peregrinos, y no pocos estrangeros, que siempre abundan en las ciudades comerciales é industriales. Normandos, terror de los mares, rubios como el lino y de gigantesca estatura; vascos, leoneses, castellanos, francos, bretones, venecianos, genoveses y levantinos.

—Desde que el conde Suniario I, hermano de Wifredo II, renunció en 15 de octubre del año de gracia de 954, la corona en poder de sus hijos Miron I y Borrell II, que gloriosamente reina, no he visto mas concurrencia reunida, dijo un viejo capitán codeando por acercarse á un grupo de donde los empujones acababan de separarle.

—En mi convento fué, contestó un venerable monge, y allí se encerró para no salir sino con dirección á la gloria eterna de que goce: *salus in domino*.

—Verdad es que, desde entonces, apenas hemos tenido cosa que

de contar sea, añadió un obeso comerciante de los mas autorizados de la ciudad.

—El conde se ha casado dos veces, una con doña Leogarda, que en paz descansa, y otra con doña Aimerudis, y larga sucesion tuvo de la primera : ha habido fundaciones de conventos y alardes de guerra ; pero nada formal, como decís. Creo que ahora se van á juntar todas, repuso otro con traje de soldado.

—En mala edad le pilló al conde; y mas que, desde que murió su hermano Miron en 31 de octubre de 966, acabando el coreinado, anda triste y dado al gobierno del estado mas que á la guerra.

—Pues aunque cuenta sesenta y cuatro años, no me pondria yo delante de su lanza, ni recibiria un golpe de su hacha : blancos tiene los cabellos, pero de fuego el alma. Ya vereis qué respuesta dá al francés, que se nos viene reclamando feudos, dijo otro que parecia de la marina.

—Pero, sabeis á lo qué ha venido ? preguntó el monge.

—A cambiar socorros por sumision al badulaque del rey de los francos, que no es mas que un espantajo de Hugo Capeto.

—Apretados estamos con ese Almanzor de Córdoba ; pero antes perecer en la demanda, que sufrir el yugo de los francos.

—Si lo consintiera el conde Borrell II, dejaria de ser niëto de Wifredo el Velloso. Esclavitud por esclavitud, mas vale la de los árabes que son enemigos declarados, y con la ayuda de Dios los echaríamos de nuestras tierras por la vez segunda ; pero dejar de ser catalanes, nunca. No parece sino que se compró con oro esta ciudad y este condado ; pero no qué fué levantada sobre el pavés de sus hijos y mantenida con la sangre de ellos.

—Bien, Padre, hablais como quien sois ; pero si el auxilio es sincero, no hay por qué rechazarlo. El ejército del caudillo Cordovés no es una algarada como la de todos los dias. Le llaman el Hagib, allí en su tierra *el Vencedor* : él ha tomado á Leon y ha puesto á Bermudo, *el Gotoso*, en duro aprieto : veinte y dos expediciones ha hecho contra cristianos, y nunca ha vuelto sin botin.

—Es porque nunca se ha dirigido á Levante : en Castilla y Leon, todo se vuelven disensiones, que abren las puertas de la victoria.

—Y en fin, si nos falta la tierra, todavía tenemos barcos para ir á conquistar otra.

—Y tenemos á Dios y á la Virgen de Monserrate y á San Jorge, que no nos abandonarán. *Spera in Deo*.

Un murmullo de entusiasmo siguió á estas palabras del monje, y con ellas en el ánimo de todos se robustecieron los santos sentimientos de la patria. En aquella época, el clero era el mantenedor celoso de la penosa lucha por que pasaron nuestros padres, y aquel benedictino era su verdadero representante.

Abriéronse en esto las puertas y el conde de Barcelona, Borrell II, rodeado de sus hijos y de su corte, apareció sentado en su trono.

Como era natural, la atencion de todos se fijó en el acto solemne que iba á empezar, y un profundo silencio sucedió al bullicio y animacion anteriores.

El salon de corte se distinguia por su sencillez. La arquitectura que impropriamente se llamó gótica no habia empezado aun á desplegar sus delicados adornos y sus elegantes pabellones de piedra: las fábricas eran pesadas, recuerdo del último gusto romano, con algo de las ojivas bizantinas. El trono mas se asemejaba al patriarcal asiento de un padre, que al ostentoso dosel de un monarca; pero en cambio, la comitiva que rodeaba al venerable conde era muy lucida. A un lado, los condes y primados de palacio, los marqueses guardadores de las fronteras, los castellanos que defendian las fortalezas, los prepósitos, los villicos y los vicarios que administraban justicia y regian las aldeas; á otro, los magnates, los próceres, los caballeros, los valvasores ó señores de vasallos y por último los consellers de la ciudad, que representaban al pueblo; el obispo, los monges, los presbíteros y los levitas, que representaban al clero.

La condesa Aimerudis, estaba al lado de su esposo, que no se escluian entonces las mujeres del consejo; y en las primeras gradas, como su base y firmeza, Ramon Borrell el primogénito, el valiente Armengol, doña Ermengarda, doña Riquilda, tan hermosa como la última noche que la describimos y doña Theodora, príncipes de la sangre condal y que aseguraban la sucesion.

—Señores y vasallos, dijo el venerable conde levantándose: el

enemigo se acerca á nuestras fronteras y trae el infame propósito de conquistar nuestras tierras. Nunca el peligro ha sido tan grave; pero confio en Jesu-Cristo, señor nuestro, que si no nos concede la victoria, nos dará al menos que derramemos nuestra sangre en defensa de su santa religion y de nuestra patria. ¿Queréis la guerra?

— Si : la guerra. San Jorge y á ellos! Esclamaron todas las voces, levantando los asistentes sus manos, y chocando las armas; y produciendo un estruendo comparable solo con el huracan ó con las embravecidas olas del mar tempestuoso.

— Hoy mismo saldremos á encontrar el enemigo, despues de hacer las preces de costumbre, para que Dios y su madre nos guien. Ahora, que entre el embajador de nuestro hermano el rey de los francos.

Salieron dos heraldos, y toda la gente del pueblo dirigió su vista hácia la puerta con indecible curiosidad.

No se hizo esperar el francés. Lujosamente armado, con ancha banda roja por el pecho, y precedido de dos reyes de armas de su nacion, entró con altanería, y sin arrodillarse, despreciando el murmullo de los catalanes, puso un rollo de pergamino en manos de Borrell II.

Este lo entregó á su Canciller, el cual leyó en voz alta la siguiente carta, traduciéndola del latin en que estaba escrita.

« Valiéndome del favor de Dios, que me concede entera tranquilidad en este reino de Francia, he resuelto ayudaros en vuestra inquietud, con el consejo y valor de mis fieles vasallos. Si quereis, pues, mantenerme la fidelidad, que tantas veces habeis ofrecido por embajada, así á mí, como á mis antecesores, notificádmelo para que no quede yo burlado cuando viniere á daros socorro; en cuya suposicion, luego que entre mi ejército en Aquitania, vendreis á mi presencia con pocos de los vuestros, para renovarme la promesa de vuestra fidelidad y enseñar á mis tropas el camino que han de tomar. Si á mí quereis obedecer, antes bien que á los infieles, enviadme por Pascua vuestros embajadores, que en viniendo con la alegre noticia de vuestra fidelidad, se volverán con la de mi sañida para ayudaros. — LUIS. »

— Aunque muchas veces me requirió como señor, vuestro

amo, siempre le respondí de igual á igual, respondió Borrell : ignoro, pues, las promesas á que se refiere. Terrible es la invasion que nos amenaza; pero con nuestro pueblo podremos resistirla, sin ayuda de Luis. Esta es mi respuesta. — Y luego dirigiéndose á la multitud continuó : — Señores y vasallos, así piensa el conde : Barcelona no será feudataria : ¿ aprobais ?

— Sí : contestaron, dirigiéndose con gesto amenazador al franco.

— Decid al rey Luis lo que habeis oido.

— Permitid, escelso señor, que añada algunas palabras : exclamó el embajador con dignidad.

— Podeis hablar.

— ¿ Habeis reflexionado bien esa carta ? Habeis medido las fuerzas de los enemigos ? Valientes sois, á no dudarlo ; vuestras hazañas resuenan hasta en nuestras tierras ; pero valientes eran los de Zamora, los de Salamanca, los de Astorga y de Leon. Esforzado era su rey, y perecieron en la demanda, cubriéndose de ruinas las ciudades y de desolacion los campos. Mi señor os envia socorro, y no debeis vacilar en aceptarlo : la ayuda del amigo envanece y no deshonra.

— Si los francos quieren pelear á nuestro lado, mandados por sus gefes, á nuestra costa mantenidos, serán recibidos como hermanos ; pero dar feudo y pleito-homenage por el socorro, es dar mas de lo que vale, contestó el Conde.

— No guardais las puertas del Pirineo ? No sois la vanguardia de los francos ? Pues entonces, ¿ cómo extrañais que os refuercen tropas del centro ? La sumision es una ceremonia : quedareis con vuestras leyes, con vuestro poder soberano.

— Pero dejaremos nuestra bandera, se abatirán nuestras armas y habremos de doblar la rodilla ante un rey extraño.

— La Marca y Francia son hermanas, de un tronco vienen. Vos mismo descendéis de Carlo Magno.

— Tambien descende el emperador de Alemania y ostenta independiente su corona. Hemos ganado estas tierras, y á nadie deben nada.

— Francia os ayudó en la empresa.

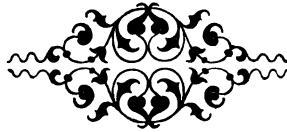
— Y Francia nos dejó en el peligro : juntos la ganamos : voso—

tros solos la perdísteis, nosotros solos la reconquistamos. ¿De quién es el derecho?

El embajador Franco hubiera replicado, que habladores fueron siempre los de su nacion; pero el murmullo de descontento que en la sala se notaba, mal contenido por el respeto, le hizo callar: mas no se crea que se turbó su ánimo: mirando á todos con aire altivo, mas bien amenazando que con temor, salió de la corte para dirigirse á Paris inmediatamente.

Se acordaron los subsidios para la guerra, y la sesion se cerró.

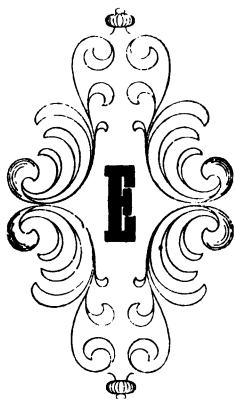
Aquella misma tarde se puso en marcha el ejército que habia de oponerse á Almanzor: pocos eran; pero esforzados: Dios los guie.



CAPITULO VI.

CAIN EL RENEGADO.

« Lo meu deport es podervos mirar,
É vos fugiu, nom se perqueus ho feu :
Sius he fallit, ni provar mo podeu ;
Mataume tost, é nom' fassau penar. »
Mossen Sors.



El cronista nos lleva á Córdoba : digamos algo de esta ciudad.

No era entonces, como al presente, una reina despojada de sus galas ; corte en aquellos tiempos de la brillante dinastía de los Omeyas, merecia por su importancia y hermosura ser la capital de la España árabe. Si hemos de creer á los historiadores árabes , mentirosos de suyo, doscientas mil casas encerraba en su recinto, setecientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y novecientos baños para el recreo y limpieza de sus habitantes. Sus campiñas estaban cultivadas con esmero y pobladas de alquerías en número de doce mil. Por los años de 935 de nuestra era, Abderahman Anasir, Califa de los creyentes, prendado de la amenidad y frescu-

ra de un valle á cinco millas de la corte , donde tenia el soberano una casa de campo, empezó á levantar un alcázar, que al cabo de un año fué el núcleo de la bellísima *Medina Azahara* (ciudad de la flor), así llamada del nombre de una esclava preferida por el rey.

Este alcázar real escedía en magnificencia á cuanto soñarse puede : habia en él cuatro mil y trescientas columnas de mármoles preciosos, labrados á maravilla. Todos los pavimentos eran alicatados valencianos de estremada rareza : las paredes, así mismo cubiertas de mármol de colores con labores entalladas, como si fuese en blanda cera : los techos de alerce, de cedro y naranjo con embutidos de plata, ébano y nácar, formaban artesonados de admirable estructura y de prolijo ensamblamiento. En los tarbéos y salones de verano que daban á los jardines habia bullidoras fuentes de agua cristalina, que caian en anchas pilas, figurando cascadas, ó tomando varias formas con sus encontrados saltadores. En la sala que llamaban del Califa, la fuente era de jaspe nacarada y en medio tenia un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y del techo pendia la perla que el emperador griego le habia regalado á Anasir.

El alcázar todo estaba rodeado de jardines con diversidad de árboles frutales, bosquecillos de laureles, setos de mirto y arrayán, figurando caprichosos laberintos ; y por do quiera transparentes lagos de variadas dimensiones, que reflejaban en sus aguas los árboles, las flores, el cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, sobre un alcór, estaba el pabellon del rey, dispuesto para el descanso : sostenian su dorada cúpula columnas de mármol blanco con capiteles dorados, y en medio habia una gran concha de pórvido llena de azogue, que por medio de un ingenioso mecanismo fluía y refluía, como si fuese un maniantal perenne, y daba con los vivisimos rayos del sol, ó con el pálido fulgor de la luna, un resplandor que deslumbraba. Esparcidos en la espesura, habia tambien misteriosos baños, encubiertos con alcatifas y cortinas tegidas de oro y seda, figurando en sus dibujos pájaros y flores, que parecian las mismas del huerto.

Si Córdoba era la reina, Medina Azahara era sin duda la esclava preferida por su belleza y sus encantos.

Los califas, que al Anasir siguieron, no dejaron de engrandecer

aquel paraíso; y el que al presente ocupa el trono, que es Hixem, el Muyad Bilá, (el protegido de Dios), no sale un punto de tan deliciosa mansion, embebecido en placeres. Su madre la sultana Sobeiha (aurora) multiplicaba y variaba cada día las distracciones de su hijo, pues así le separaba de los negocios del estado, que desde muchos años atrás venia ella manejando con su secretario y favorito el hagib Muhamad ben Abi Amer.

Mas no se crea por esto que en nada decaía el imperio muzlime; Muhamad ben Abi Amer era no solo capaz de gobernar un reino, sino de conquistarlo por sí. Apenas fué nombrado primer ministro por la sultana, rompió las treguas mantenidas por el pacífico Alhakem, que se proponia trocar las espadas y las lanzas en rejas de arado y en azadas, y juró perpetua guerra á los cristianos, prometiendo no dejarles un palmo de terreno en la Península. En tres algaradas que hizo por tierras de Galicia, volvió vencedor y cargado de cautivos y otros despojos. Tres años despues, (seria en 981), tomó á Zamora por asalto y destruyó cien lugares de la comarca: luego, en el otoño, debió á su insigne valor el salvarse de una derrota, que pagaron bien cara los cristianos; porque repuesto con el descanso y allegando nuevas tropas, arrasó á Astorga y á Salamanca, penetró en la fortísima ciudad de Leon, á pesar de la heroica defensa de su conde, y pasó á cuchillo sus habitantes, y demolió sus muros y torreones. ¡Ay! Parecia llegada otra vez la pérdida del nombre cristiano en nuestras tierras! Sus soldados le dieron el nombre de Almanzor, (el vencedor).

Y no solo se distinguia en las armas: su casa era una academia de sabios, durante el reposo de las campañas, y con ellos se mostraba muy generoso, cosa en extremo agradable á los poetas de aquel tiempo: visitaba las aljamas ó colegios y las madrisas ó escuelas, y se sentaba entre los discípulos. Administraba justicia con singular discernimiento é imparcialidad, y diestro político, enzizañaba á los príncipes cristianos, para hacer imposible su union y atacarlos mas á mansalva en su debilidad.

A su lado tenian acogida todos los descontentos, todos los proscritos, así de Africa, como de las regiones de España, cuando de algo podian servirle para sus planes de conquista y dominacion,

siendo mas honrados los cristianos , si abjuraban de su religion.

La fama llevaba estos hechos por todas partes, y de ella atraído, Armengol el fraticida, que habia tenido que abandonar el condado de Cataluña, perseguido por Ramon Borrell, con encarnizamiento y constancia, como es sabido ; se presentó en Córdoba, seguro de poder desde allí labrar una venganza mas cierta y segura. Gracias á su destreza en los egercicios militares y en la montería, y á las noticias que de su linage dieron unos marineros, fué á pesar de su rudeza, que mas se notaba en aquella corte tan culta, distinguido por el gran Hagib, y se abrió el camino de los favores y de las riquezas abjurando su patria y renegando de su religion, cosa en aquellos tiempos mas comun de lo que se cree.

Por esto sin duda nos ha traído el cronista á Córdoba y á Medina Azahra, pues en una magnífica estancia de este espléndido alcázar se halla el fraticida, mano á mano con una hermosísima esclava de las favoritas de Almanzor.

— Qué aspecto tienes hoy tan sombrío ! Es dia aciago ! Ni una palabra para mí, que te amo tanto ! Vosotros los guerreros del Afrank, los que nacisteis en esos castillos horribles que parecen nidos de águila....

Armengol se estremeció al oír esta frase, luego volvió á su ceñudo ensimismamiento.

La esclava prosiguió sin apercibirse :

— No sabeis lo que es amor ! Estoy melancólica y triste, porque el amor está reñido con las alegrías ; pero es tan dulce, tan inefable mi tristeza, que diera mi vida por comunicártela, para que endulzase la hiel y el veneno que encierra tu corazon. No sabeis cuanto placer se siente oyendo la voz del amado, mirándose en sus ojos, bebiendo su aliento perfumado....

— Algunos no lo saben ! contestó Armengol á su esclava con amarga sonrisa ; pero saben vengarse ! Ah ! sí, la venganza es tambien una pasión hermosa. Siempre nos acompaña su pensamiento, y se goza con la esperanza de realizarla ; tiene como el amor sus ilusiones, sus desengaños, sus celos, y como el amor tambien se cifra en la posesion del objeto... aborrecido. El amor hasta cuando se satisface ; así lo dicen : la venganza se saborea, y verla satis-

fecha es tener tranquilidad, recuerdos alegres para toda la vida....

Al enunciar estas horribles palabras Armengol, se habia animado extraordinariamente : sus ojos brillaban como carbunclos y se agitaban en sus cóncavas órbitas ; su boca se entreabría cual la del tigre sediento de sangre, y estendia el brazo derecho en ademan de herir.

— Sí, replicó la esclava animada tambien: comprendo la venganza, porque comprendo los celos. Pero el amor es la sed, y la venganza es el hambre.

— Las mujeres de tu secta no tienen celos; pero pueden comprender la venganza. Si me quieres, ayúdame con todas tus fuerzas y tu ingenio, para que yo me vengue ; libre entonces mi corazon, te amaré... tanto, como aborrezco á mis enemigos!...

— Y qué he de hacer ? No soy tu esclava?...

— No quiero tu obediencia : quiero que seas mi hermana, una conmigo.

— Habla ; tus palabras me enloquecen, son para mí lo que el ardiente sol de estío para las flores: se abrasan, y le miran.

— Quiero vengarme de un conde y soy impotente : necesito de tu influencia con Almanzor. Es preciso que le hagas torcer el camino de la expedicion que prepara : que se dirija hácia levante. Yo le guiaré por pasos seguros y sin defensa de cristianos, le pondré en las manos el condado mas rico de las tierras de Afrank.

— El vencedor delante de Dios no cede en sus propósitos como las palmeras al impulso del viento de la tarde, dijo la mora Aixa, meneando su graciosa cabeza con desconfianza.

— Tus halagos le vencerán.

— Su corazon abierto para la generosidad y el valor, está ya cerrado para el amor. ¿Gozaríamos de otro modo de tanta libertad?

— Por tu ingenio para la poesía, por tu ligereza y donosura en el baile, por el dulce encanto de tu voz, te prefiere á todas y te concede cuanto le pides.

— Renunciarás á tu venganza ?

— Jamás.

— Pues él tampoco renuncia á su gloria.

— Yo se la ofrezco mayor : le haré dueño del Mediterráneo, para

que pueda dar la mano á sus guerreros de las Baleares y de Italia: flanqueará á los cristianos de Asturias y estará á las puertas de Francia, donde podrá arrojarse, como un águila, aprovechando el primer disturbio de sus condes. Allí hay riquezas, mujeres blancas como el nácar y de ojos azules y serenos, mas que el mar en calma; tierras estendidas y fértiles como estas campiñas, y un cielo siempre azul. La gente es brava é indómita; pero puede llevar veinte contra uno y no les valdrán sus montañas, ni su guerra en somatén, porque les opondré la misma traza.

—Si yo fuera Almanzor, tendrías mi ejército: el entusiasmo brilla en tus ojos, y alcanzarías la victoria: mas ¡ay! que el Hagib nunca recibe consejos, y los planes de guerra en mis labios serán como en los tuyos la descripción de un velo bordado!—Déjame pensar otro medio: á las montañas escarpadas no se sube por caminos derechos.

La mora apoyó su graciosa barba en la mano, y despues de meditar un rato, dijo á Armengol:

—Ven conmigo á los jardines, donde te participaré mi plan, que inmediatamente voy á poner en ejecucion.

La esclava Aixa tomó su guzla, instrumento semejante á nuestras guitarras y de donde tal vez han venido estas, y seguida del renegado caballero, fueron á situarse en un bosquecillo cercano al baño, donde hacía sus abluciones el Hagib, pues la hora de esta ceremonia se acercaba.

Venia el sol cayendo en el horizonte, y los esclavos preparaban con solicitud el baño del guerrero. Antes que acabase de perderse la ardiente luz del astro del dia, Almanzor, precedido de una música de añafles, entró en el baño, y las alcatifas se cerraron.

Poco despues, cuando el crepúsculo de la tarde espiraba, Aixa templó su laud y empezó á cantar por un aire melancólico y sencillo el siguiente romance, del cual no ha querido dispensarnos el cronista.

De Oriente viene la luz,
de Oriente vienen las perlas,
y las esclavas de allí
son mas preciadas y bellas.

Afortunado caudillo,
hacia el Oriente nos lleva,
que allí tambien los cristianos
ocupan toda la tierra.

Solo hay ruinas en el Norte,
que entre los yelos humean,
y que son de tus campañas
las victoriosas banderas.

Pelear con los vencidos
no es gloria muy verdadera,
cuando enemigos valientes
nos ofrecen rica presa.

Orgullosa Barcelona,
de la mar en la ribera,
á tu poder desafia,
atesorando riquezas.

Del altivo Pirineo
guarda celosa las puertas,

y aunque Almanzor es caudillo,
no le ha visto en sus fronteras.

De viejo se muere el conde;
porque, si bien lo desea,
los creyentes no han querido
que muera el conde en la guerra.

Desde la orilla te miran
los isleños con fiereza,
y la señal de tu brazo
aguardan con impaciencia.

Desnuda, pues, el alfange,
presto acude, corre, vuela,
y vencido allá en Oriente,
que el conde á tus manos muera.

—

De Oriente viene la luz,
de Oriente vienen las perlas,
y las esclavas de allí
son mas preciadas y bellas.

Acabada la cancion, como por encanto apareció el Hagib Almanzor, con no poca sorpresa del Fratricida que acompañaba á la esclava, y preguntó á Aixa el caudillo.

— ¿Quién te ha inspirado ese romance? Es la vez primera que le oigo.

— Este caballero, que es de Levante, y á quien habeis admitido en vuestras tropas, me ha hablado de su país con tanto entusiasmo, y me ha pintado tan fácil y tan provechosa su conquista, que sin presumir que me escucháseis, improvisé la trova.

— Tendrás por ella un collar de perlas y la gloria de haberme hecho cambiar de proyecto en mi cercana expedicion. Mañana saldré para Levante: dentro de dos horas espero á ese caballero en el consejo.

— Obedeceros es ley, dijo con alegría Armengol.

Aixa, inclinándose y llena de gozo tambien, al ver el buen éxito de su proyecto y el contento de su amante, replicó á Almanzor:

— Sois para mí el Oriente, pues me dais perlas; y para todos el sol, que vivifica y embellece el mundo.

Almanzor se retiró.

Armengol hizo entonces á Aixa las mas entusiastas protestas de amor eterno y de agradecimiento : ella que le amaba con toda su alma, recibió sedienta aquel veneno, y creia en su locura que aquel miserable pudiese tener un sentimiento digno de hermanarse con los suyos. Luego que pasaron los primeros arrebatos de contento y de sorpresa, Armengol se apartó de Aixa, diciéndole :—Necesito premeditar el plan que he de presentar dentro de poco al Hagib. La hora de obrar ha llegado : guárdete Dios.

—Él te conceda lo que tanto anhelas. Yo vivo con tu felicidad. Aquí quedo saboreando las delicias de la noche, y á solas con los pensamientos que tus cariñosas palabras me han inspirado : quiero repetirlas, embriagarme con su ambrosía.

Apenas hubo dejado Armengol los jardines, un hombre lleno de polvo y sudor se le acercó con respeto, diciéndole en provenzal :

—Por las barbas de Mahoma, como dicen los moros nuestros amigos, que creí no encontraros.

—Ah! eres tú, *Lobo*? contestó Armengol : á mejor ocasion no podias llegar. ¿Quién te habia de conocer con ese traje?

—Vos os habeis hecho moro y yo judío ; y por cierto, que nos va, segun creo, perfectamente.

—Pues mejor ha de ser aun el porvenir.

—Os dejé hambriento y fugitivo en la montaña, perseguido como un corzo, y ahora os veo lujoso mas que un cadí, y en tratos con Almanzor, puesto que salís de su palacio.

—Y con esperanzas de ser su valido en la próxima expedicion contra tierra de cristianos.

—No necesito preguntar entonces hácia donde se dirigirán las tropas muzlimes. ¡Ay del condado de Barcelona, y sobre todo del *castillo del Aguila* y de la princesa Riquilda!....

—Calla, traidor : ¿te pesa?...

—En verdad que no ; y si me haceis partido , aunque visto el pacífico trage de israelita, tomaré de nuevo las armas y haré por mesarle la barba á algun envidioso de por allá, y por devolverle unas cuchilladas al escudero de vuestro hermano.

—No has olvidado aun los mandobles que te envió?

—Ya sabeis que tengo buena memoria para amigos y enemigos. No hace mucho que le ví en Barcelona, y á no estar fugitivo, la punta de mi puñal hubiera hecho conocimiento con sus costillas.

—Y qué hacia allí Paulo? preguntó Armengol con acento sombrío, y como adivinando la respuesta.

—Acompañar á su señor, vuestro hermano primogénito, que cabalgaba entre la magnífica comitiva de la princesa Riquilda, que volvía de una peregrinacion á Monserrate, en cumplimiento de cierta promesa que hizo en el apretado trance de un rapto intentado por Armengol y otros bandidos. Esto me dijo un menestral, añadiendo que el Armengol y sus jayanes habian sido pregonados y declarados traidores. Aunque yo sabia la noticia, me la hice repetir, y tomé un barco, no parando hasta verme en tierra de infieles y bien adentro. Por no hacerme moro, me he hecho judío, y los de mi secta me tratan como á cuerpo de rey, y les sirvo de maton en sus negocios de cobranza y usura. Pero os lo repito, quiero volver á mi antigua vida: dadme órdenes.

—Mi hermano vive amado!

—Y está mas gallardo que nunca: Vuestra lanza dió contra el escudo del porta-espada, y aunque la herida lo ha tenido un mes postrado en cama, gracias al esmero de la princesa, que lo ha curado en su castillo, se halla sano como una manzana.

—Lo sé! ; Conque esta sed de venganza que me asedía no es un deseo vano? Ah! Perecerán todos, cual si fueran una raza maldita. Esta noche te espero en el zoco vecino: toma por las agradables nuevas que de mis parientes traes.—Y al decir esto, entregó una preciosa sortija al *Lobo*, y se marchó con pasos precipitados, sin oir sus protestas de fidelidad y de agradecimiento.

Lo que despues pasó no lo sabemos: al siguiente dia, Almanzor, al frente de un numeroso y brillante ejército, salió por la vigésima tertia vez contra los cristianos. Por Granada, Lorca y Múrcia se dirigió á Barcelona. Armengol mandaba la vanguardia: el *Lobo* un tercio de peones.

En Múrcia, Ahmed que era Amir de la ciudad, dió de comer á

las tropas espléndidamente por espacio de veinte y tres dias, sirvió á los principales capitanes baños de agua de rosa, ricos paños de seda y oro, cómodas posadas, y aromas y regalos, con lo que logró que le declarasen franco de tributos ; pero este descanso regalado no desalentó al Hagib, que estimulado por Armengol, se precipitó al fin sobre la *Marca hispánica*.



CAPITULO VII.

EL VIAGE.

Passe penant un riu de mort lo dia,
y en ser per vos me dol fer curta via.
Ausias March.



A del alba sería de un hermosísimo dia de julio, cuando la princesa Riquilda salió por la puerta del Mar de Barcelona, montada á la ginebra en su jaca alazana, seguida de sus esclavas, (entre las que se distinguia á Kerima), de una venerable dueña y de dos ancianos criados.

Aproximándose los peligros de la guerra, su padre, Borrell II, habia pensado alejar sus hijas de Barcelona que, segun noticias, era el blanco de la expedicion de los infieles. Theodora no quiso dejar el convento de las Puellas donde recibia educacion, y á Riquilda le dispusieron un castillo de la Marca francesa, no muy distante de la costa, al cual se encaminaba: Una fuerte escolta la habia de acompañar, que se le uniria en la marina.

Triste iba la princesa, sin que bastase á entretenerla Kerima con su bulliciosa conversacion. Contemplaba aquella el magnífico espectáculo de la alborada, siempre nuevo y siempre bello. El sol salia

como un globo de oro candente, del seno del Mediterráneo, reflejándose en las ondas, que se asemejaban á un lago de fuego y reverberando en las alas de las gaviotas, semejantes á pájaros encantados de colores vivísimos. Algunas nubecillas ligeras se levantaban como penachos de llama, tomando variadas formas al impulso del aura fresca, que soplaba hinchando las velas de los pesados barcos de los pescadores y de las *saetias y leños* que salían del puerto.

La cabalgata seguía la orilla del mar, y la nacarada espuma de las ondas venía á bañar los cascos de los caballos, que buscaban, acercándose á la marea, el piso mas duro.

Riquilda veía acercarse y retirarse la ola en afán incesante, imagen fiel de la humana felicidad, apenas tocada cuando desvanecida. Siempre que la princesa se hallaba á solas consigo misma, acordábase del castillo morisco, del caballero que la habia salvado, y hasta creía que nunca mas felices habian corrido para ella los días de la vida: ahora no podía desechar esta idea, por incoherente que fuese.— ¿Era un presentimiento?...

Oyóse ruido de caballos que venían al gran trote; y todos los de la comitiva volvieron caras con recelo: era la escolta. Mandábala un gallardo mancebo, que con elegante desembarazo vino á ponerse á las órdenes de Riquilda. A punto estuvo esta de dar un grito de alegre sorpresa; pues el gallardo mancebo era Rogerio, aquel en quien tenia puesto su pensamiento.

— Me mandan escoltar á una dama que ha de dirigirse al castillo de Thascoht: ¿seré tan afortunado que seáis vos, escelsa princesa?

— A mí sin duda, y la eleccion no ha podido ser mas acertada, pues ya una vez me habeis librado la vida.

— Tambien debo la mia á vuestros cuidados y un agradecimiento eterno. Espero vuestras órdenes, dijo Rogerio, que por grandes que fuesen sus deseos de prolongar aquel diálogo, sabía á donde llegaban las leyes del respeto.

— Ya conoceis á donde hemos de parar y cual ha de ser nuestro camino: dirigid á vuestro albedrío la marcha.

Voy á colocarme á la vanguardia para prever todo accidente: una seña con vuestro cuerno de caza será para mí la orden de volver á vuestro lado, ó de que para algo me necesitais.

E inclinando la cabeza, y saludando con la espada, se adelantó al galope el caballero, seguido de su escudero y de otros cuantos soldados.

La comitiva se puso en marcha, una vez incorporada la gente de armas que la defendía.

No sabemos si la desaparicion de Rogerio contrarió á la dama, ni si allá en sus adentros pesóle de su elevada clase, que tan respetuoso miramiento inspiraba á su libertador; pero desde luego estamos ciertos de que la esclava Kerima sintió en el alma perder la compañía de Paulo.

El escudero tenía tan buen alma, era tan valiente, tan leal, y queria de tan buena fé á la esclava, que esta habia acabado por interesarse en su favor con la veleidad de una granadina, (en aquella patria de las flores habia nacido), y con el entusiasmo de una africana. Paulo no se habia explicado, porque esto era muy difícil para él; pero sus grandes ojos y la expansiva sonrisa de sus labios, algun empellon al désaire y las torpezas que en presencia de la mora cometia, le habian dicho á la esclava mas que la declaracion alimbarada de los pages que la pretendian y las desvergonzadas frases de algunos griegos libertinos de la corte. No era Paulo saco de paja, tenia su beneficio y podia mantener el caballo, desde que el conde supo la descomunal batalla que sostuvo con los bandidos. Gozaba de preeminencias con el primogénito de un conde, y en cuanto á figura tenia la belleza de la virilidad en toda su fuerza.

La enamorada esclava no dejó de entristecerse al ver que su amante se iba de su lado. Su imaginacion meridional halló al punto ardid para remediar el daño; acercándose á la princesa, que habia vuelto á su melancolía y á contemplar las olas, le dijo:

—Queréis que prenda en vuestra toca el velo? El sol nos dá en el rostro y pronto dejará de ser agradable su calor: además, que os vais á poner mas trigüena que esta vuestra esclava. Mirad á doña Ildegundis como se ha puesto su mascarilla, añadió señalando á la dueña.

—Haz lo que quieras, contestó Riquilda: ¿qué me importa ser tostada por el sol, si voy á sumergirme en las sombrías bóvedas de un castillo!...

— Hagamos alto ; si torpe soy en vuestro gabinete á pié firme, mas lo seré á caballo.

— Es que se alejará mucho la descubierta, y esta marina no está segura de bandidos.

— Toca el cuerno y que se detengan : sois la capitana.

— Con motivo tan leve !

— Pues bien, enviaré á uno de los soldados.

Así se hizo, y Kerima empezó á prender el velo á la princesa y al mismo tiempo le decia :

— Sabeis que he perdido todos mis recelos desde que he visto al gefe de la escolta?

— Valiente es como pocos.

— Y decision por vos tiene cual ninguno : aun está pálido de la herida de que tan milagrosamente curó.

— Maneja ya el caballo con mas soltura que cuando fuimos á Monserrate, y eso que apenas pude verle. Parece que tiene empeño en apartarse de mí.

— Vos sois una princesa y él un simple caballero : miradle á donde viene á todo escape con afanosa solicitud por si algo le mandais. Retenedle á vuestro lado, ó á lo menos dejadme hacer y no me contrarieis.

— Siempre Rogerio fué tu protegido.

— Yo solo protejo á su escudero.

El velo quedó sujeto y el caballero llegó al tiempo mismo.

— Ya lo veis, le dijo Kerima, adelantándose á sus preguntas, era preciso velar la rosa para que no se abrasase con los ardientes rayos del sol. Podeis dar la órden de marchar.

Rogerio iba á volver las riendas ; pero la esclava añadió con viveza:

— Y seguid á nuestro lado, que si para cada incidente necesitamos enviaros un ginete, pronto los caballos estarán inútiles.

El capitán miró á la princesa como anhelando que confirmase aquellas órdenes, y con júbilo vió que asentia. Colocóse pues cerca de las damas, y siguióse un rato de silencio que nadie se atrevia á romper.

Una ráfaga de viento que hizo encrespase violentamente las

olas fué el pretesto para que Riquilda, refrenando su jaca, se incorporase con Rogerio y le dijese :

—He oído que este viento trae siempre tempestades.

—Eso me decía, señora, un marinero á quien interrogué sobre el camino.

—Mirad qué pelotones de nubes avanzan por las crestas de los montes.

—Cierto que tardará poco en encapotarse el cielo: ya hierve el mar.

—¿Y dónde nos refugiaremos?

—Señora, están deshabitada esta comarca, por temor de piratas, que en dos leguas á la redonda no encontraremos huella humana. Pero creo que el peligro está aun lejano.

—Piquemos, pues, que los relámpagos me espantan.

La comitiva puso sus cabalgaduras al trote.

—Vamos, á que no te has acordado de mí, ni de los pedazos de pastelón que te guardaba, cuando estábamos en el castillo, curándose tu amo?

Esto decía Kerima á Paulo, que por toda contestación se reía y la miraba lleno de satisfacción.

—Ni del vino que bajaba en los botes de las medicinas, para que lo apurases.

—Qué no! lo mismo que de mi madre: replicó el escudero, y se le desigualaron las riendas y perdió un estribo.

—Por qué no me viniste á ver á la vuelta de la romería de Monserrate?

—Todo un día estuve en la plaza, y me di una buena carrera por alcanzar á los peregrinos: al decir esto el escudero, se le cayó una brida.

—Recoge esa rienda y no te embobes, que cuando paremos á almorzar, ya verás lo que te tengo guardado. Aunque hace un mes que no te he podido echar la vista encima, no me olvido de cuando cenábamos juntos.

Paulo dió una especie de mugido: esto formaba parte de sus grandes recursos oratorios y era el sublime de sus exclamaciones;

pero se le descajó la lanza, y por poco santigua con ella á doña Ildegundis, que rezaba para distraer el camino.

Mientras tanto, la tempestad habia desplegado sus legiones de nublitos negros y espesos : el mar rugía embravecido, entrechocándose con fragoroso estruendo los montes parduscos de sus olas. Bramaba el viento al estrellarse en las rocas cercanas, como si estuviese poblado de monstruosos espíritus, que gimiesen en horriblo baladro, al sentirse revueltos y arrastrados por los remolinos.

Algunos relámpagos rasgaban aquí y allá el negro pabellón del horizonte. Anchas gotas empezaron á caer sobre la caliente arena de la playa. Los caballos aguzaban las orejas, relinchaban y obedecían mal á los ginetes, recelándose de las olas.

—Habia olvidado la tempestad hablando con vos de tiempos pasados ; pero ya está aquí, y es preciso que veamos como guarecernos de ella.

—No es real el albergue, señora ; pero si nos apresuramos, podremos ganar uno que hay en el promedio de aquella montaña.

—Algun castillo ?

—Una cueva, que nunca se habrá visto tan honrada.

—Una cueva !

—Lo bastante grande para que podais con vuestras esclavas y criados guareceros de la granizada que ya comienza.

Las nubes se habian reunido y estallaban : era una de esas tempestades tropicales, tan comunes en nuestras costas del Mediodía.

La mañana se habia vuelto sombría, como una tarde de invierno : retumbaba el trueno en las montañas, y parecia que las rocas, al devolver el eco pavoroso, se desgajaban de sus cimientos. El viento sacudia las ramas de los robles y de los pinos, y las arrastraba en sus remolinos, que formaban trombas de granizo y de lluvia. Las ondas del mar en desiguales tumbos, como un monstruo beodo, amenazaban llegar hasta las tronadoras nubes ; y al romperse contra la playa, pretendían invadir toda la tierra. El relámpago coronaba con lenguas de fuego fatídico las crestas de los montes y las escarpas de las sierras, y reflejándose los encendidos senos celestes en los abismos del mar, las aguas parecían un insondable lago de fuego, cual nos pintan las leyendas que arde y se agita en el infierno.

Los viajeros, en medio de aquel estrago, corrían en dirección al monte de la cueva, rezando las mujeres y las viejas, jurando los soldados y todos sobrecogidos de ese terror extraño é invencible, que producen las grandes conmociones de la naturaleza.

Llegaron al fin ; pero los caballos no podían subir sin peligro de los ginetes, y la princesa desmontó, teniendo que apoyarse en el brazo de Rogerio, para trepar hasta la guarida. El mancebo en aquel momento bendijo la tempestad : le palpitaba el corazón con tal violencia, que saltárasele quería del pecho. La princesa tenía gran turbación, sus mejillas estaban teñidas de hermosísimo carmin.

Deshaciéndose los pies entre las rocas y desgarrándose los vestidos en las jaras, azotados por el huracán y los granizos, arribaron á la gruta, que era en efecto espaciosa, adornada de estalactitas y revestida de plantas parásitas en flor en esta estación.

Los soldados habían subido los caballos que se quedaron en la entrada; la princesa se sentó en una roca, al pie de la cual saltaba un borbotón de agua cristalina, y rodeábanla sus esclavas, la dueña y sus ancianos servidores. Rogerio estaba detrás, dominando por su estatura y por su posición el grupo, y los soldados, acorados á uno y otro lado, completaban el cuadro. Desde allí se dominaba el mar y el valle y se descubría lo más agreste de la montaña : la tormenta, vista en todo el conjunto de su lucha con estas masas, parecía más horrible. Los torrentes se habían engrosado y se despeñaban con estrépito por los barrancos; y sin embargo, en medio de aquel conflicto, Riquilda estaba más contenta que cuando sola caminaba aquella mañana. Rogerio la miraba y nada se decían ; pero al ver aquellos dos seres tan hermosos en medio de aquel grupo, parecía el uno para el otro, por más que la sociedad los separase con elevada barrera. La princesa así lo comprendía, pues por la vez primera se confesó á sí misma que amaba á su libertador.

La nube pasó ; el negro velo del horizonte fué desgarrándose en girones, dejando claros á los dorados rayos del sol de la tarde. La comitiva se puso en marcha, y antes de la noche llegó al castillo de Thascot, que defendía una comarca solitaria por un lado, y vigilaba la costa por el otro ; gigante que todo lo abarcaba con los ojos de

sus atalayas y los oídos de sus escuchas, y cuyos brazos armados de ballesteros alcanzaban á larga distancia.

Bajáronse las cadenas estridentes del puente levadizo, y Rogerio con su escolta quiso retirarse ; mas la princesa ordenó que su gente tomara reposo en el castillo. Apenas pisaron el umbral de la fortaleza, todo se cambió ; la confianza establecida en el camino fué reemplazada por la mas severa etiqueta. Seis pages con hachas encendidas salieron al patio del castillo á recibir á la hija del conde de Barcelona , mientras la castellana con todas sus galas , que realzaban mas su vejez, y el castellano descubierto y armado la esperaban en el ingreso de la escalera. Desde aquel momento, la escolta quedó confundida con la gente de armas, y Rogerio cayó de su sueño para convertirse en simple capitán de mesnada.

A fuer de cronistas fieles debemos decir, sin embargo , que Riquilda concedió una sonrisa de despedida al hijo de Guadamiro, y que la mora hizo una graciosa mueca á Paulo, con la cual el buen escudero se quedó tan satisfecho , que permaneció como una estatua á caballo , sin acudir á recoger el corcel de su amo , saliendo de su éxtasis cuando ya todos sus compañeros estaban en las caballerizas.

Rogerio fué invitado á cenar por los gefes de la guarnicion, que eran, los mas, aventureros gascones de alegre humor ; pero él entre ellos pasó como un monge, pues ni comió ni bebió, ni apenas desplegó sus labios , sino para darles algunas noticias de la guerra cercana.

Concluido el banquete y siendo bien entrada la noche, el caballero, que conocia el castillo de Thascot, empezó á pasearse por los segundos andenes , buscando alivio al calor y queriendo dar libre suelta á sus pensamientos, mientras la hora de marchar se acercaba. Sabido es, que desde muy antiguo los enamorados no duermen.

Por los andenes salió á la segunda esplanada , abierta á pico en el declive del monte, y á la cual daban unas ventanas que tenian saeteras por balconillos : en uno de ellos estaba muellemente reclinada la princesa Riquilda. Rogerio quedó tan sobrecogido con aquella repentina aparicion, como si le hubiesen puesto una espada al pecho : no sabia que hacer, si volverse atrás, si proseguir su es-

traño paseo. La princesa á pesar de la oscuridad, le habia reconocido tambien.

El guerrero, al fin, dirigiéndose á Riquilda, le dijo con turbacion manifiesta.

— Perdonad, señora, que una casualidad me haya hecho ser indiscreto, viniendo hasta aquí á interrumpir vuestras solitarias contemplaciones. La hora de partir se acerca: permitidme que me retire.

— Esperad, Rogerio: ibais á dejarme sin una despedida?

— Mi consigna está cumplida: ¿qué mas le toca hacer al pobre y oscuro soldado? Cuando os veia en el castillo morisco vestida de cazadora, como una castellana sencilla, cuando despues dirigíais la cura de mis heridas, cuando hace poco os acompañaba en el viaje, y os apoyábais en mi brazo, y departíais alegremente conmigo, me creia en otro mundo mas feliz, soñaba despierto y deliraba. Ahora veo la realidad, y os suplico que me perdoneis aquellos devaneos y hasta el atrevimiento de revelarlos.

— Soñabais!.. replicó la princesa preocupada. ¿Y cuáles eran vuestros sueños?

— Son mi secreto.

— No soy digna de vuestra confianza?

— Vos Señora!!... Mas permitid que los guarde en el fondo del alma; son mi tesoro.

— Y si os lo exigiese?

— Pues bien, concededme de antemano vuestro perdon por mis delirios. Soñaba que habia llegado á vuestra altura, ó que habiais descendido hasta ser una dama, á cuyo amor pudiera aspirar; y os amaba con todo mi corazon, como á la memoria de mi madre.

— Y ahora?

— Ahora solo deseo incorporarme con el ejército, y morir en defensa de mi patria y de mi Dios, ya que no me fué dado morir en la vuestra.

— Y por qué morir?

— Porque vivo sin esperanza, sin poder aspirar á la felicidad. Mi padre está cercano á las puertas de la tumba; mi hermano murió para nosotros, mi pobre corazon ha perdido su alegría: solo á Dios puedo volver los ojos, y por eso quiero alcanzar la palma del martirio

y la gloria eterna, que me ofrece lidiando en su defensa y pereciendo en la demanda.

— En la guerra podeis hallar gloria, recompensa, grandeza.....

— No vamos, señora, á la conquista : nos armamos para la defensa, y quiera San Jorge que nos quede tierra que pisar y hogar donde refugiarnos: es muy feliz la estrella de Almanzor !... Vuestro padre, el conde, os ha alejado temiendo que Barcelona sea ocupada, y ya sabeis cuan esforzado guerrero es.

— Hasta en el vencimiento hay gloria : ¿ quién sabe si estareis destinado á salvar á Cataluña ?

— Y aunque esa ilusion me halagase , ¿recobraría la esperanza? De qué me servirían las glorias para calmar mis penas ?

— Tan alta se cifra ? Raya en lo imposible ?

— Nunca, tal vez, volveremos á hablarnos : alguna gran desgracia me espera en la guerra : el corazon me lo dice, y mi corazon es muy leal; y aunque victorioso volviera, un mundo nos separa. Entre vos y yo está el trono de vuestro padre. Aprovechó este momento solemne para deciros que os amo : digo mal, que os adoro. Creyendo que érais una dama sencillamente, os seguí, Riquilda, en vuestras incursiones por el valle; de lejos os miraba, y érais para mí la estrella de la hermesura y de la esperanza. De dia seguía vuestras huellas, que hubiera querido besar ; de noche cantaba solitario mis amores. Quise ofreceros un ramo de lirios silvestres, y al fin ví que aceptábais mi ofrenda. No habia amado nunca, y aquella prueba de correspondencia me hizo delirar de alegría. Ya sabeis lo que sucedió al dia siguiente. Al convalecer, supe que érais princesa, hija del conde mi soberano, y á no prohibírmelo Dios, hubiera rasgado mis vendages y enconado mis heridas : perder la esperanza es más que perder la vida : aquella es el fin, esta el camino : para qué andar por este valle de lágrimas, si no hemos de encontrar reposo alguna vez ! Pero á poco, aquella misma noche (debí soñar sin duda) os vi bajar hasta mi aposento, como una hada, como un arcángel del paraíso : con la fiebre me parecia que estábais cercada de una aureola de luz. Vendásteis mis heridas, vuestro aliento tocó casi con mi aliento y dejasteis sobre mi almohada el último ramo de lirios que os arrojé al ajimez, el que fué la causa del ataque imprevisto de mi hermano

Armengol. En mi locura besé aquella prenda de amor ; ¡por tal la tuvo mi cerebro enfermo !... Me volvisteis á la vida, como el náu-frago que divisa el puerto, cuando habia perdido sus fuerzas. ¡Ojalá nunca dejára el lecho ! Sabia de vos por vuestra esclava, y hubo un dia en que me dijeron que habíais partido. Hasta entonces no sabia cuanto os amaba.

« Trasladado al castillo de mi padre, anhelaba solo volver á Barcelona, por veros : conocia con dolor que érais para mí como el sol, inaccesible ; pero pobre flor de aquel valle, queria quemarme en el fuego de vuestros ojos. Sin poder manejar el caballo, desobedeciendo por la vez primera, los preceptos paternos, corrí, volé á la corte y fui sin que lo supierais á la peregrinacion de Monserrate. Me dirigisteis algunas afectuosas palabras ; pero cuán pequeño me encontré entre aquellos grandes ! Cuánta humillacion !... y en vuestra presencia ! De entonces acá han pasado dias eternos, lejos de vos ; una casualidad nos ha vuelto á reunir, y de nuevo la pasion que no he podido ahogar, ha tomado mayores bríos. Ahora que ya lo sabeis todo, dejadme que busque en las filas enemigas una muerte gloriosa. Mi esperanza raya en lo imposible.

Y exhalando un ahogado suspiro, Rogerio quiso marcharse ; pero Riquilda, que estaba profundamente conmovida, le asió de la dalmática y le dijo :

— No os ireis así : tambien necesito deciros algo. No he olvidado el valle : soñé allí, como soñásteis vos !... — Tambien he medido el abismo que nos separa !... Creéis que pudiera serme indiferente el que vertió su sangre por mí : el que me decia con sus ojos el amor que encerraba su corazon ! Deseábais, Rogerio, ser grande, y yo anhelaba ser pequeña ! Queríais una esperanza ? Ya la teneis : en medio de las batallas invocad mi nombre, que yo dirigiré plegarias á Dios para que salve vuestra vida.

— Conque me amábais ? No era delirio, no era sueño !...

El caballero, en los trasportes de su alegría, cogió una de las manos de la princesa y la besaba con ardimiento.

Oyéronse los pasos de una ronda de gente armada, que venia requisando la vigilancia de los centinelas.

— Adios, Rogerio : pensad en la victoria.

—Pensaré en vos, y no habrá enemigo que pueda vencerme.

Riquilda quiso hablar, y los sollozos ahogaron su voz: entregó su pañuelo empapado en lágrimas á Rogerio, y ambos amantes se separaron, á tiempo que la patrulla salía del anden.

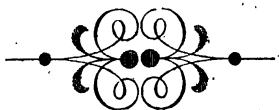
Al entrar en su estancia, el caballero dió manos á boca con su escudero, que sentado en un banco y apoyados los codos en la rodilla y la cabeza en entrambas manos, gimoteaba, reía y juraba.

—Qué te pasa? preguntó.

—Señor, que entre el ama y la esclava nos van á volver el juicio, si es que ya no le tenemos vuelto.

Sonó el toque de diana, y Rogerio seguido de su gente de armas salió del castillo de Thascot. En el brazo derecho llevaba un blanquísimo pañuelo por divisa; Paulo, una faja tunecí con caireles dorados por banda.

Al tomar el valle, volvieron ámbos la vista: nada vieron al través de las impenetrables saeteras; sin embargo, estaban seguros de que desde ellas, Riquilda y Kerima les enviaban la despedida, bañados en llanto los amantes ojos.



CAPITULO VIII.

LA BATALLA.

« Cuando Alá eterno y poderoso quiso
que su divina ley fuese ensalzada,
los ánimes unió de los mortales,
para elegir un adalid valiente,
que acaudillase del Islam las tropas. »

Cantiga árabe de Abu Talib.



AY á dos leguas de Barcelona un campo, que parece dispuesto por la naturaleza para palenque de una batalla, y que reúne todas las condiciones estratégicas que pudiera exigir el arte antiguo en tan terrible trance : por su posición militar, sirve para defender á la ciudad de un invasor : allí se libraron los destinos de Cataluña en ocasiones memorables, allí también se iban á decidir en la presente ; pues las huestes brillantes y numerosas de Almanzor se hallaban acampadas frente á frente de la gente bravía y leal del conde Borrell II, señor de la Marca Catalana.

Muy ventajosa era la situación de los cristianos, y temeridad parecía el intentar atacarlos, aunque fuesen menos en número que los alarbes. Ocupaban un repecho agrio, que era el centro de su frente

de batalla, el cual tenia muy difícil acceso y estaba defendido en su falda por un profundísimo y fangoso torrente, guarnecido en sus orillas de un espeso bosque, á propósito para las enceladas de la infantería y para guarecerse la gente allegadiza y mal armada. Sobre el ala derecha, un desfiladero ó puerto, que era el camino de la ciudad y que arrojando piedras podian defender un centenar de hombres, sin hacer esfuerzo y á cubierto, entre las pirámides basálticas y las encinas. Por la izquierda se levantaba una montaña impracticable, y cuyos pasos solo conocian los pastores.

El ejército cordobés no tenia mas defensa que el pecho de sus guerreros: acampado en la llanura, aguardaba la señal para desalojar á los cristianos, cuyo escaso número y rudeza en el arte militar despreciaba: los cuerpos estaban en grandes masas á la manera romana, aunque sin la correcta formacion de las legiones: sus fuerzas no se habian completado, y Almanzor aguardaba á que llegase la retaguardia para emprender el ataque: Los catalanes no habian hecho movimiento alguno hacia tres dias, temiendo perder posicion tan preferente, y no creyéndose lo bastante fuertes para descender al llano á provocar el combate. Veian avanzar la nube cada vez mas cargada, temiendo mas y mas por su patria, su religion y sus hogares.

Llegó el amanecer del cuarto dia, y notaron los cristianos que estaban los alarbes en movimiento: la caballería de Tarragona acababa de llegar, y las trompas y añafles resonaban de un extremo á otro del valle.

La tienda de Almanzor, formada de riquísimas telas color de grana con pasamanería verde y oro, estaba en el centro; y de ella empezaron á salir ginetes, que daban á los gefes la orden y el plan de batalla. Pronto se recogieron las tiendas y se formaron las tropas en columnas paralelas, precedidas por guerrillas de campeadores: parecia el valle desde la altura un tablero de agedrez con casillas de variados colores.

Cuando el ejército estuvo formado, salió el Hagib Almanzor escoltado por su guardia de caballería escogida y acompañado de Omayya Ben Galib, poeta insigne á quien llevaba de cronista, del esforzado caudillo Musafá y de otros gefes prácticos en la guerra; re-

corrió las filas exhortando á los soldados, llamando por su nombre á los mas valientes, recordando sus hazañas á los condecorados y animando á los bisoños. Era en extremo popular el guerrero musulman: habia restablecido la igualdad en el botin, cediendo su parte á la tropa, daba convites despues de la victoria y honraba á los mas distinguidos, teniendo tal memoria, que recordaba los nombres de tantos, de tan diversas provincias y naciones como militaban bajo sus banderas. Tenia á mas el aureola de la victoria; los soldados creian que no era posible que fuese derrotado ejército que él mandase, y si á esto unimos su gentileza, su edad que apenas llegaba entonces á treinta y cinco años, su pericia en el arte de la guerra, su valor y su discrecion, podremos juzgar del prodigioso efecto que harian sus palabras, y el entusiasmo que producirian sus arengas en los escuadrones, realzados por el prestigio del caudillo, el estímulo del botin, la confianza en la victoria y el fanatismo religioso. Los alameríes chocaban sus armas, los mallorquines hacian crugir sus terribles hondas, los cordobeses escarceaban en sus caballos para inquietarlos y que tomasen con mas bríos la carrera, los valencianos y granadinos cantaban himnos de muerte y los africanos daban gritos salvages, provocando con insultos atroces á los cristianos.

En el opuesto campamento era menor el brillo y lujo de los guerreros: si descollaban algunos señores con ricas armaduras y lucidas sobrevestas, lo general de la tropa, á escepcion del cuerpo del centro, era irregular y mal cubierta de armas defensivas. Poca caballería (y entonces era lo principal de un ejército) tenia el conde Borrell II, y los infantes parecian gente indisciplinada, aunque valerosísima. Como cada cual ocupaba su puesto, no fué preciso mas que dar la voz de alarma. El venerable Conde, á pesar de sus años, subió sobre su caballo y rodeado de los principales de su corte, entre los que se distinguian á Guadimiro padre de nuestro héroe, fué á ocupar la vanguardia sin que bastasen consejos humanos á disuadirle de tan temerario empeño. Aquí los prelados armados de piés á cabeza, los abades, los canónigos y los clérigos recorrian las filas con los capitanes, echando la bendicion á los guerreros y dirigiéndoles enérgicas alocuciones, salpicadas de versículos de los salmos.

Ya casi los campeadores árabes entraban en el soto que guarne-

cia el arroyo, y la batalla iba á empeñarse con encarnizamiento, cuando ocurrió un episodio que no debemos dejar de referir, porque pinta á lo vivo las costumbres de aquellos tiempos.

Un guerrero cristiano, montado en un fogosísimo caballo blanco y lustroso como el arminio, se adelantó solo, sin que pudiera saberse por donde habia pasado el torrente, y plantándose en el promedio de ambos ejércitos, agitó su lanzon en señal de desafío. Suspendieron la marcha las tropas alarbes, de orden de su caudillo.

Almanzor, dirigiéndose á Musafá, le dijo al ver la gallarda apostura del cristiano :

—Preciso es darle satisfaccion, pues la pide: por eso he mandado hacer alto, ¿ Cuántos caballeros vienen en la hueste, que puedan lidiar con él y conquistar la banda blanca que trae con orgullo?

—Señor, tú bien lo sabes.

—Serán quinientos?

—No tantos.

—Y ciento?

—Solo confio en tres.

En esto se adelantó un bizarrísimo alamerí, y al verlo exclamó el Hagib.

—Ese es uno!

—Le matará, señor, el cristiano; porque maneja mejor el caballo.

Poco tardó en cumplirse la prediccion; al primer encuentro, cayó atravesado el muslim.

—Hay otro que salga contra mí? gritó el cristiano con voz estentórea y agitando como antes su lanza ensangrentada.

Un cordobés salió á todo galope de la guardia de Almanzor, y se precipitó sobre el caballero catalan: este le partió el terreno y viniéron á chocarse con furor: una nube de polvo los envolvió al principio; mas disipada esta, apareció en tierra el moro con la mano de la rienda clavada al pecho por una astilla de lanza.

De nuevo volvió á gritar el cristiano:

—Hay otro que salga contra mí? Sino, dos en pareja, tres, cuatro en escuadron!—Y blandía el hacha de desarmar, porque se le habia roto la lanza, y hacia piafar á su caballo.

Los cristianos daban grandes voces de aplauso y alegría, los moros gemían de despecho, y á Almanzor le hervía la sangre en las venas.

—Musafá, dijo: si tú no vas, salgo yo, ó mando á mi hijo: la vergüenza enrojece mi semblante.

Entonces el mismo Musafá, que llevaba una magnífica piel de león, anudadas las manos con uñas de oro por los pechos del caballo, salió diciendo al Hagib:

—Voy á matarle, señor; porque acabará sinó con nuestro ejército.

—Pues Alá te guíe; y si te vence, juro que le he de dejar que se vuelva á su campo; porque no es generoso matar á tan valiente caballero entre muchos, como si fuera un javalí.

Al ver avanzar á Musafá, un grito de admiración salió de ambos ejércitos, pues era conocido como el mas diestro lidiador de los alarbes; y mas se interesaron por él sus soldados, cuando arrojó su lanza para pelear con armas iguales.

• El combate fué terrible y duró por espacio de una hora, sin que con los reflejos del sol y el polvo de los caballos pudiese descubrirse quien llevaba la mejor parte. De pronto apareció caído el cristiano, revuelto con su potro blanco; mas á poco cayó también Musafá, y la lucha se entabló á pié firme con mas encarnizamiento.

—«Ríndete por S. Jorge!» se oyó decir al cristiano al tiempo que ponía el pié sobre el pecho de su contrario tendido en tierra.

Musafá no contestó, porque habia muerto.

Entonces el caballero catalán recogió la piel de león y la presea del turbante, y se dirigió al campo cristiano para tomar un caballo de refresco, que ya le traía su gigantesco escudero. Rota su celada y desguarnecido su casco, pudo entonces reconocerse al valiente campeón: era Rogerio, que hacía así sus primeras armas con tan denodada hazaña; aunque cubierto su rostro de polvo y ensangrentada su hermosísima cabellera rubia, parecía entonces más bello que vestido de galán.

Muerto Musafá, no fué posible contener á los alárbes; ni tampoco á los cristianos, y se arrojaron unos contra otros.

Los esclavos, dirigidos por hábiles ingenieros, talaron el soto, y

con los mismos árboles construyen puentes para franquear el paso del torrente por diversos lados. Aunque apoyados por los campeadores, los honderos mallorquines y los ballesteros de Tadmir (Murcia) fueron rechazados por los montañeses cristianos, que allí estaban en encalada, y disputaban los árboles y el vado palmo á palmo. Pero los mismos cadáveres facilitaban el paso, y cada vez era mayor el frente de la batalla. Accesible ya el torrente, avanzaron diez mil caballeros cordobeses, toda tropa escogida, para decidir el ataque en una carga por el centro, mientras que los alameríes y los de Tortosa trepaban por el costado izquierdo, poniendo á las tropas del Conde en jaque por todas partes.

En la impetuosidad de su carrera, los caballeros de Córdoba llegaron al medio del fangoso arroyo; mas allí les esperaba el mismo conde Borrell con la flor de sus tropas, que al grito de «*S. Jorge y á ellos!*» y aprovechando la desigualdad del terreno, consiguió después de una obstinada resistencia que se retirasen en desorden.

Repuestos y reforzados volvieron, llevando un infante al lado de cada ginete, y rompieron las primeras filas. El valeroso anciano Guadimiro y un obispo, que levantaba en alto su cruz de plata, dando furiosas voces y terribles cuchilladas, rehicieron las huestes catalanas, y con tanto encarnizamiento se peleaba y tanta era la matanza, que por el arroyo corría un río de sangre caliente.

Dos horas habian pasado, y los cristianos llevaban la mejor parte sin perder un pie de terreno y siendo cada vez mayor la mortandad en las filas de los alarbes.

Impaciente Almanzor, mandó avanzar á su escogida guardia en número de veinte mil caballos. El primer choque fué también terrible: arrollando la vanguardia, casi llegaron al promedio del repecho, y en vano los caudillos catalanes recorrían las filas y daban el ejemplo, porque la cimitarra de los muzlimes abría anchas brechas por todas partes, y no era posible defenderse cuando sus escuadrones numerosos se sucedían como las olas de la alta marea. El Conde estaba á punto de caer prisionero, y ya la infantería trepaba por las peñas buscando cobarde abrigo en la montaña.

Mas los alarbes delanteros de la columna de ataque sienten horribles alaridos á su espalda: están cortados. El ala derecha del ejér-

cito catalan, que habia destrozado á los alameríes, conducida por Rogerio, que reconoció el peligro del centro, caía con el entusiasmo de la victoria sobre el flanco de la guardia del Hagib, que al cabo de una heroica resistencia quedó prisionera una gran parte, huyendo los demás como manada de lobos perseguida por diestros cazadores.

El momento decisivo de la victoria pareció llegado: todo el grueso del ejército cristiano, abandonando sus posiciones, se lanzó tras de los fugitivos, pasó el torrente y vino á la llanura, aumentando así el terror de las fuerzas cordobesas, que estaban en completo desorden.

Almanzor, que hasta entonces habia contemplado tranquilo la batalla, como quien espera un acontecimiento previsto, despues de mirar á la montaña con inquietud febril, dijo entre dientes:

—Mal haya quien en traidores fia!

Y salió de su tienda, montó de nuevo á caballo, y precipitándose en la confusion que habia llegado hasta las últimas filas, empezó á dar grandes voces nombrando á los principales caudillos; y juntando un puñado de valientes, logró contener por algunos instantes el ímpetu de los cristianos.

Mas Rogerio lo apercibió entre la caballería, y abriendo ancha brecha con su poderosa lanza, ayudado de su escudero Paulo, llegó hasta cerca del Hagib y empezó á injuriarle con terribles denuestos, provocándole á singular combate.

Apenas le hubo visto el caudillo musulman exclamó:

—*Le Galib ile Alah!* (Solo Dios es vencedor).—Y arrojó una azagaya á Rogerio en señal de que aceptaba el duelo.

Mas al tiempo mismo, un espantoso fragor se oyó á retaguardia: los pasos de la montaña habian sido forzados por diestros campeones, guiados por Armengol, y rota la gente que quedó en el campamento del conde catalan, venian de refresco aquellos traidores, atacando por la espalda y arrancando así la victoria á los guerreros de la cruz. Reanimáronse como por encanto todas las tropas de los alarbes, y rodeados en la llanura los cristianos, quedóles unicamente el glorioso recurso de vender caras sus vidas.

Cómo pintar la catástrofe de aquel sangriento dia! Cuántos recibieron la corona del martirio! Cuántos fueron encadenados! Ya

anochecía, y el conde Borrell II y Guadimiro, ahogados de calor, rendidos por la fatiga, permanecían aun en el centro de un peloton de mil guerreros, manteniendo en alto el pendon condal, que flotaba al viento, como desafiando aun á sus rabiosos enemigos. Rogerio, cubierto de sangre, rota y abollada la armadura, se acercó entonces á Ramon Borrell y le dijo :

— Es preciso abrírnos paso : los montañeses del puerto están firmes aun y nos sostendrán la retirada : romped por retaguardia y mandad á todos volver caras : yo sostendré por algunos momentos á los caballeros cordobeses que nos acosan.

— Vais á morir !

— Sí, pero salvaré á mi soberano y á mi padre.

No habia tiempo que perder : Ramon Borrell abrazó á aquel generoso caballero, y partió á decidir á su padre, el Conde, á que abandonase el campo.

Rogerio se santiguó devotamente, y tomando un caballo de refresco, fué á ocupar el puesto delantero y reanimó la defensa de los que solo peleaban por la vida.

El Conde, Guadimiro y un centenar de los que, como ya hemos dicho, se mantenían aun, volvieron caras, y rompiendo por los que los cercaban, consiguieron ganar el puerto, dejando entregado á una muerte segura á nuestro héroe, que apenas contaba con su escudero, y mas una veintena de caballeros que preferían la muerte á la esclavitud.

La noche cerraba y bien oscura : todos por el botin abandonaron la persecucion de los fugitivos ; Armengol solo, (que bien conocia la bandera condal), les seguía con encarnizamiento. La defensa de los montañeses que se habían mantenido en aquellas Termópilas Catalanas le detuvieron ; mas como conocedor del terreno, dió orden á su gente de desmontar, y como todos eran almogávares y escogidos por él, con los caballos del diestro tomaron un sendero de la derecha : Armengol entre blasfemias decia :

— Ánimo, diablos, que por esta trocha, antes de que lleguen á la ciudad, los hemos de coger de sorpresa. Es menester llevarle á Almanzor la cabeza de ese viejo y la bandera de S. Jorge, para que le sirva de tapiz á sus esclavas. Le hemos dado la victoria, démosela completa.

Y trepaba por las cimbras como un gamo, con la seguridad, en aquel laberinto impenetrable, de un tigre que buscara su presa.

En tanto, la noche habia tendido su manto por el cielo, y las estrellas apenas brillaban al través de la caligiosa neblina. El campo cubierto de cadáveres tenia la soledad terrible de los cementerios, apenas se oian los flébiles quejidos de algun herido ó el estertor prolongado de algun moribundo, acompañados por los siniestros graznidos de las aves nocturnas.

Mas arriba, todo era alegría en el campamento de los muzlimes, que celebraban con banquetes y juegos la victoria.

Almanzor en su pabellon hacia que sus esclavas le sacudiesen con gran cuidado el polvo de sus armas y de sus vestidos sobre unas planchas de plata, de donde lo recogieron despues para ponerlo en una caja de ébano incrustada de oro, dispuesta con este objeto. Desde sus primeras expediciones seguia esta costumbre el victorioso Hagib, y en su racámara de guerra iba cuidadosamente guardado aquel mueble, pues decia : que cuando llegase la hora de su muerte, queria que le cubriesen en el sepulcro con el polvo recogido en sus victorias.

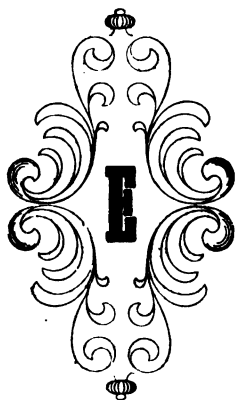


CAPITULO IX.

KERIMA SE CONVIERTE EN SEÑORA Y RIQUILDA EN ESCLAVA.

« Ay, Verge! si m'ea valen,
corona d'or vos faria,
un altre p'el vostre infante
voltada de perlas finas. »

Romance Popular.



En el estrecho y sucio camarote de popa de una galera mallorquina, que formaba parte de la escuadra de Almanzor, destinada á bloquear las costas del condado de Barcelona, que el caudillo muzlime invadia por tierra, iba revuelta con los cautivos mas humildes la princesa Riquilda, vestida de aldeana, y no por esto menos bella. Toda llorosa y angustiada, con fervor dirigia las mas ardientes súplicas á la Virgen de Monserrate, á quien tenia especial devocion, sin atender á los consuelos que Kerima (su esclava en otros tiempos mas felices) le dirigia con la voz entrecortada por los sollozos.

—No perdais toda esperanza, decia la buena muchacha: aun no os han conocido, gracias á vuestro disfraz; y apenas toquemos tier-

ra, pasareis por mi esclava y os reclamaré del capitán de este barco y del jefe de la expedición contra la cristiandad. Bastante habeis oído. Alá sabe cuán buena sois y tendrá piedad de los piadosos. Reposad : la noche ha sido horrible y aun no amanece : os velaré el sueño.

— Ah sí ! horrible, muy horrible ! contestó la princesa enjugando sus lágrimas y como delirante. No te empeñes en prodigarme consuelos, que en mi dolor no caben. ¿ No has oído que mi... que el conde Borrell II, ha sido derrotado, y que sus mas valientes guerreros han quedado tendidos en el campo de batalla ? No sabes que á estas horas Barcelona estará en poder de los enemigos y muerto tal vez el venerable anciano y en esclavitud sus hijos?... No está el condado en poder de alarbes ? No viene un traidor entre ellos, que aborrece de muerte al Conde y ha jurado su ruina ? Y aunque logre pasar por una esclava, ¿ qué será de mí en tierra extranjera ! Pobre huérfana, sin padres, sin patria, sin libertad y pronto sin vida ; pues á costa de ella he de mantener la honra !

Y de nuevo prorumpió en amarguísimo llanto.

Kerima no halló que replicar, y besando las manos de la princesa, se puso á llorar también. Sin embargo, aun no sabía Riquilda cuán grande era su desgracia : una casualidad debía hacérselo conocer : aprovechámosla nosotros y así tendremos explicación de como, trocándose los papeles, Kerima se había convertido en señora y la princesa en esclava.

Decíamos que ambas estaban lamentándose de lo presente, cuando bajaron al camarote tres ó cuatro soldados, y sentándose sobre un rollo de cuerda, empezaron el siguiente diálogo en algarabía, que á medias comprendió la princesa y perfectamente la que fué su esclava : entre ellos debía de haber algún renegado, cuando para entenderse no hablaban el árabe puro.

— Puesto que el peligro ha pasado, contadme lo que habeis hecho en tierra para recoger tan buena presa.

Esto dijo el mas anciano dirigiéndose á los otros dos, tuerto el uno por causa de una tremenda cicatriz que le cruzaba la cara, y vestido el otro en traje de almogávar.

— Ya sabes, dijo este último, que no teníamos orden de atacar

las costas, á no recibir aviso de tierra adentro. Gente de desembarco veníamos con la marinería ; pero el botín estaba reservado á los de Córdoba. Todos lo sentíamos y yo el primero, porque esos perros del condado nos las deben y buenas á los de las islas ; pero el Hagib tan justo es para las duras como para las maduras, y no era cosa de jugar con sus preceptos. Anoche, pues, cruzaba la flota...

—Si tomas la historia tan de lleno, es cuento de nunca acabar.

—Si tú sabes lo que pasó en las galeras y quieres que te cuente la expedición á tierra....

—Lo que yo he visto....

—Pero es que este ignora lo que pasó en el mar, porque estaba en tierra.

—Qué siga.

—Sigue; mas por Mahoma, que no te esplayes á tu modo.

—Referia, pues, continuó el almogávar, que cruzando á noche la flota por los confines de la costa del condado, vimos que sobre un monte se levantaba un magnífico castillo, cuyas almenas se perdían en las nubes y cuyos macizos torreones como que nos desafiaban. La calma era grande y todos sobre cubierta mirábamos aquella rica presa, cuando se divisó en la playa una hoguera como un punto, luego otra y en fin hasta siete, tantas como victorias lleva alcanzadas Almanzor, á quien Dios conserve. Por el pronto no hicimos alto en las fogatas ; mas un piloto de esos de Huelva, que tiene unos ojos como lince y es astuto como una serpiente, se empeñó en que eran señales, y á poco, en que eran para la escuadra ; pues estaban en sitio donde no podían verse sino desde el mar. Como él ha corrido medio mundo y en cosa de señales es maestro, el gefe envió unas chalupas á que explorasen las fogatas : pronto volvieron con un renegado, feo y altanero, que intimó á nuestro capitán la orden de desembarcar toda su gente y de atacar resueltamente al castillo, que teníamos á la vista, en cuya operación seríamos auxiliados por la gente que él tenía dispuesta en la montaña, la cual lo escalaría por otra parte.

«Negóse nuestro capitán, esponiendo sus órdenes ; pero el renegado, dando colérico una patada sobre cubierta, que hizo estremecer la galera, sacó un pergamino en que decia Almanzor de su

puño, que se obedeciese al portador como á su propia persona.

«La órden fué dada, y llenos de alegría; pero con el mayor silencio, saltamos en los botes. El renegado, con una soltura y una presteza de ardilla, dió sus contraseñas y por otro lado se volvió á tierra.

«Atacamos el castillo y bien se defendieron los de adentro; perdiendo mas de doscientos hombres, conseguimos cegar el foso, trepar á la puerta, y ya empezábamos á incendiarla, cuando oímos ruido de batalla en las poternas, y las puertas todas se nos franquearon por la gente del renegado, que habia escalado la fortaleza por la montaña. En tres horas tomamos lo que no se hubiera tomado en veinte dias.

«¡Qué presa tan rica! Mas de mil esclavos van en esas galeras, apiñados como conejos! Armas, joyas, manjares, cuanto pudiera desearse! Era muy rico el castellano de Thascot.

—Se llamaba así la fortaleza?

—Eso nos han dicho los que nos abrieron las puertas. Recogido lo mas precioso, dando el ejemplo el renegado, pegamos fuego al nido.

—Y estaba hermoso desde el mar! Primero, sus escuchas y atalayas parecia que nos miraban con ojos de brasa, luego la pira de las llamas se perdió en las nubes, arrebolaba el horizonte y se reflejaba en las ondas y en los cascos y jarcias, y todo se asemejaba al oro.

—Nosotros cargamos con el botin, y el renegado con su tropa se metió á bordo, dejando admirados á todos de lo feliz de la expedicion. Desde entonces él manda la flota, y ha dispuesto que se dirija el rumbo hácia las islas, para tomar mas gente y venir en ayuda de Almanzor, que está sitiando á Barcelona.

—Y quién es ese renegado?

—El demonio que lo sepa; pero este que era de los suyos y ha nacido en estas tierras, nos lo dirá.

El tuerto así interpelado se acercó con misterio á sus interlocutores y dijo en voz baja; pero no de modo que no lo pudieran oir Riquilda y Kerima:

—Por aquí le llaman Cain el renegado, que segun decian cuan-

do yo era esclavo en esta parte de Francia, habia muerto á su hermano y robado á una hija del conde de Afranc.

Riquilda dió un grito ahogado.

—Quién chilla, perros, por ahí?

—Déjalas son mujeres, contestó el almogávar.

—Él, dicen, que ha promovido esta guerra, él la dirige, él decidió la batalla y Almanzor no da un paso sin consultárselo. Esto se murmuraba en el cuerpo de gente ligera que servimos á sus órdenes.

—Ya amanece, y con el viento en popa que nos ha entrado, bueno será dormir hasta otro cuarto.

Los interlocutores, tomando el consejo del viejo, se tendieron á lo largo en el camarote, cámara y bodega; pues de todo tenia honores, y á poco roncaban como beodos.

—Has visto hasta donde llega mi desgracia? Estoy en poder de Armengol, del mas encarnizado enemigo de mi honra! Qué esperanza de salvacion me queda? La muerte y nada mas que la muerte! exclamó la princesa.

—Tal vez tengais un salvador!

—Mi salvador habrá recibido á estas horas la corona del martirio! Bien decia Rogerio, que esta era una guerra donde no se alcanzaría mas que una muerte gloriosa!

—Vuestro disfraz os salvará.

—Sí, á favor de esta ropa de aldeana, que hiciste me vistiese cuando el castillo fué tomado, he sido confundida con los esclavos de menos valer; pero ya lo has oido: vamos á las Baleares, y allí sabrá por los esclavos de Thascot, cuan rica presa habia en el castillo y nos descubrirá; siendo tú castigada, si intentas llevarme contigo. Ah! no! abandóname á mi infausta suerte: Dios no me abandonará y me dará fuerzas para ser en la desgracia y en la muerte digna hija de mi infortunado padre.

—Dejaros, señora, yo! Abandonaros en la desgracia! Mejor morir mil veces. Antes podiais mandármelo: ahora, para esto solo, no seré vuestra esclava.

Lágrimas de gratitud consoladora corrieron entonces por las mejillas de la princesa, que abrazó á Kerima, la cual colmaba de besos y bañaba en llanto tambien las manos de Riquilda.

Apenas se adelantó el día, dióse á conocer la mora que pertenecía á una honrada familia de Zaragoza, de cuyo seno habia sido arrebatada siendo muy niña, inventó una mentira para justificar que le pertenecía Riquilda, y desde entonces gozaron ambas de mayor libertad y de las escasas comodidades que en una galera de guerra de aquellos tiempos podian disfrutarse. La princesa no se quitó el velo, para lo cual las severas costumbres árabes le favorecian, y ninguno de los soldados de Armengol, entre los cuales habia no pocos que habian vivido en Barcelona como esclavos ó como bandidos, pudieron gracias á esto reconocerla.

Por estos supo los varios accidentes de la batalla, el singular combate que su amante, pues preciso es darle ya este nombre, habia sostenido al frente de los dos ejércitos, su decision en el ataque, la salvacion de su padre y de su hermano Ramon, que perseguidos siempre habian logrado salvarse, gracias al generoso sacrificio de Rogerio; todos los detalles, en fin, hábilmente dispuestos por Kerima, de los hechos que podian ofrecerle algun consuelo en su desgracia.

La astuta mora cuidó muy bien de ocultar á Riquilda lo que decian los soldados del hijo de Guadimiro, pues mientras que unos aseguraban que su cadáver se habia descubierto entre los del escuadron de caballeros que mantuvieron con increíble valor y constancia la retirada del Conde y del pendon de Barcelona, otros aseguraban que habia caido mal herido en manos de Almanzor, conviniendo todos en que su caballo cubierto con la rica piel, de que habia despojado Rogerio á Musafá, se enseñaba como preciosísimo trofeo en el campo muzlime.

Y para encubrir sus lágrimas y su desasosiego respecto á este triste fin de la batalla, no habia dejado de hacer un gran esfuerzo la mora, porque ya recordarán mis leyentes, que amaba á Paulo y sabia que el temple de alma del escudero no era pára dejar solo á su señor, y mucho menos en el apurado trance de un combate, sin mas porvenir que una gloriosa muerte.

Pasada la excitacion nerviosa producida por la desgracia de la esclavitud, Riquilda cayó enferma, ayudando no poco las molestias de la navegacion á que la fiebre fuese mas intensa y devoradora.

Afortunadamente, á otro día avistaron las Baleares y desembarcaron en medio de un inmenso concurso, que salió á ver á los cautivos y á los vencedores.

Seguendo las leyes de la guerra, los cautivos entre dos filas de soldados atravesaron el muelle y la ciudad, sufriendo los improprios del populacho, que les insultaba en su desgracia y hasta les escupia en la cara. ¡Cuánta humillacion para la princesa, que apenas podia andar sostenida por Kerima! Esta, afortunadamente, con el celo y solicitud de una madre, hablando á los mallorquines en árabe y haciendo mil fingidos alardes de alegría por una libertad que en nada estimaba, por lo dulce que para ella habia sido la esclavitud, conjuraba en parte la tormenta y hacia menos dura la suerte de la princesa, que desfallecida derramaba abundantes lágrimas bajo el velo.

Al llegar á la plaza pública, se iba á proceder al reparto del botin; cuando adelantándose en un magnífico caballo negro Armengol, dió algunas órdenes al gefe de las tropas y de la marinería, y los cautivos fueron rodeados con triple valla de soldados.

La mora se puso delante de la princesa, para que no viese al traidor, ni la esmerada custodia en que se la ponía. Armengol, que ya sabia que Riquilda debia de estar entre los cautivos, iba á reconocerlos á todos: solo Dios podia salvar á la hija del Conde de caer en manos del perverso renegado: la mora estaba decidida á no abandonar á su ama y á librarla á todo trance: cambiando, pues, de plan repentinamente, se acercó y en voz imperceptible le dijo:

— Mirad á Armengol: va á reconocer los cautivos: tened valor y que vuestra turbacion no os venda. Os busca, veré si puedo desorientarlo.

Inútiles aunque generosos propósitos: el astuto renegado miraba y remiraba á todos los cautivos y los hacia salir del grupo, apenas se aseguraba de que no eran la hija del Conde, la mujer por cuyo amor se habia lanzado en la carrera del crimen y de la venganza.

Los momentos que tardó en llegar á donde estaba la Princesa fueron de una angustia horrible, comparable solo con las del reo que espera el cumplimiento de una sentencia de muerte, ó del que vé morir una persona querida.

Mas no se hizo esperar mucho: con una impaciencia febril practicaba el reconocimiento, y á los pocos momentos llegó al centro de los cautivos. A la primera ojeada reconoció á la esclava mora, peligro con el que no habian contado; y bajándose del caballo, trémulo de emocion, agitado por la alegría y la embriaguez de ver su venganza satisfecha, combatido por un amor que habia dejado huellas profundas en su corazon, las cuales en vano habia intentado borrar, se dirigió á la aldeana velada, tan turbado y sobrecogido, que empeñóse en descubrirse, sin reparar en que tenia turbante y que quebrantaba las costumbres orientales.

—Quitáos el velo, dijo á Riquilda, con un acento de súplica que contrastaba con su altanería como gefe.

—Es mi hermana de leche, contestó Kerima, y yo que soy libre ya, la reclamo.

—Os conozco muy bien, y sé que no teneis derecho sobre esta dama, pues dama y de alto prez es la que se encubre bajo ese grosero disfraz. —Descubríos, señora, repitió con acento conmovido Armengol, para confundir á la que ha sido vuestra esclava.

—No apartaré mi velo, contestó Riquilda con dignidad, puesto que sabeis quien soy. Arrancadlo con vuestras impuras manos.

—Pues bien, apoyaos en mí, y salid de entre esta canalla: ahora me perteneceis.

—A vos? jamás! replicó la princesa con firmeza. —Y rechazando á Armengol, apartó el velo que cubria su pálido y hermosísimo rostro; y dirigiéndose á los soldados y á los gefes con voz entera, gritó en algarabía:—Soy la princesa Riquilda, hija del Conde de Barcelona, y no puedo ser esclava sino del Hagib Almanzor, ó del rey de Córdoba: miradme todos y no pareis mientes en este traje que tomé en el Castillo de Thascot, para burlar vuestra codicia. Este renegado me reclama: ¿tan rica presa ha de pertenecer á un traidor aventurero, asesino de su hermano, que ha vendido su religion y su patria, y que venderá mañana á Almanzor, á quien sirve por una indigna y criminal venganza? No pido la libertad, ni la vida, sino que se me libre de las manos de un traidor y se me entregue á

vuestro Hagib. Vosotros los árabes, aunque seais nuestros enemigos, sois caballeros con las damas; amparadme en mi justa petición. »

Mas hermosa que nunca estaba Riquilda al decir estas palabras, que fueron recibidas con admiracion por todos. Los cristianos cautivos se apartaron con respeto de la hija de su señor, y los débiles lloraban, mientras que los soldados se torcían las manos de furor por su impotencia. Los árabes mallorquines y los soldados de la expedicion, prendados de la hermosura de la Princesa y avasallados por la dignidad de sus palabras, acudieron al rededor de Armengol, prontos á tomar la demanda, que la galantería era una cualidad distintiva de los guerreros muzlimes de aquellos tiempos.

Un sudor frío corria por la frente de Armengol: ni le ablandaban los gemidos de los prisioneros, ni le imponía la decision de los mantenedores que Riquilda se habia atraído con sus ruegos: dañábale tan solo el odio que respiraban las palabras de Riquilda. Vaciló, pues, un tanto, y dijo al fin con acento turbado.

—Esta dama no necesita proteccion, porque yo mas que ninguno la respeto. Su habitacion será la casa del Wazir, donde estará servida y guardada cual merece. Aquí represento al Hagib Almanzor: á mí, pues, toca mandarle tan rica presea de nuestra victoria. Busco la gloria, no el botín: os cedo mi parte, añadió dirigiéndose á los soldados.—Vosotros, caballeros galantes, escoltaréis á la princesa: y vos, Abdala ben Said, Wazir de estas islas, guardad á la cautiva y tratadla como á una esclava real: de ella me respondeis con vuestra cabeza.

Todos se inclinaron ante estas órdenes, y se invitó á la princesa á que entrase en una litera para ser conducida á su rica prision.

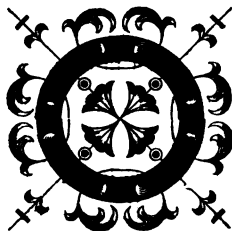
Kerima entonces pidió que le permitiesen acompañar á su señora.

Armengol se negó; porque sabia la predileccion que por su hermano habia tenido y hasta sus amores con Paulo; que de todo le informaba al renegado la gente perdida del país que militaba en sus banderas.

La esclava y su señora abrazáronse al oír la cruel orden de su separacion, y derramaron ardientes y congojosas lágrimas; la

desgracia habia igualado su clase, y se despedian como hermanas.

El renegado se acercó á la princesa, esperando que le suplicase la revocacion de su mandato: esta, que comprendió su intencion, se apartó de los brazos de la mora; y despidiéndose de los cautivos con su pañuelo empapado en lágrimas, se entró en una litera, que mas parecia palanquin, siendo conducida con gran aparato al palacio del Wazir.

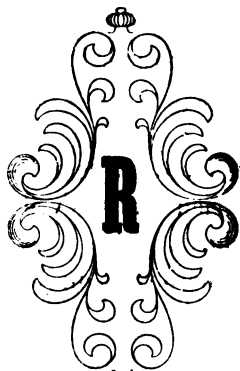


CAPITULO X.

EL VELO ENSANGRENTADO.

« La Comptessa ya n' es morta ;
ya es morta, que yo ho puy dir »

Romance antiguo.



AMON Borrell, hijo mio, es preciso defender el puerto y que hasta los pescadores se armen : si nos cierran el mar somos perdidos.

— Ya están dadas las órdenes competentes, padre mio, la flota de esos perros está reforzándose en las islas, ayer la han visto desde alta mar unos mercaderes de Marsella y dicen que es imponente. Nuestros marineros son restados ; pero pocos y sin barcos.

— No somos tantos los de tierra : que den á Dios y á su patria lo que le deben.

— ¿ Hacedis recibido noticias del lado del norte ? Es cierto que una parte del ejército enemigo se ha corrido en aquella dirección siguiendo la montaña ?

— Si : por do quiera nos cercan ! Ese infame renegado conoce la

Marca mejor que nuestros guías, y nos combate con nuestras propias armas!

—Teneis noticias del castillo de Thascot?

—Ningunas; pero ¡ojalá fuese Barcelona tan fuerte como aquel nido de águilas, y contase yo con gente tan escogida como la de aquel buen castellano.

—Y ese traidor, es al fin el hijo de Guadimiro?

—Nadie ha podido saberlo; mas su padre y su leal y valeroso hermano así lo presumen: ¿Qué te han dicho de Rogerio los fugitivos?

—Todos le dejaron peleando.

—El esforzado caballero, el mejor entre los buenos: cuánto llorará su muerte el Condado!

—La honra y la vida le debemos; á no ser por su generoso sacrificio, gemiríamos cautivos en poder de Almanzor, ó nuestros cadáveres blanquearían en el campo de batalla.

—Es de hierro su brazo: al rayar el día sostuvo combate singular con las tres primeras lanzas de las tropas muzlímicas; luego derrotó á los que atacaron el ala derecha, y viniendo en nuestro auxilio, decidió la victoria que un traidor nos arrancó despues. En aquel sangriento día siempre delantero, siempre con la espada en alto, con el hacha en agitado giro, con la lanza en ristre; y al cerrar la noche él sostuvo nuestra retirada.

—Mas aquí viene Guadimiro, y con el rostro respirando buenas nuevas.

—Hablad, Conde, ¿sabeis de vuestro hijo?

—Acaba de llegar sano y salvo á la cabeza de una tropa de montañeses, que ha reclutado en su retirada y con cien cautivos y alguna presa de unas avanzadas que ha sorprendido.

—Dadme, amigo, los brazos, y decidle que quiero ver á mi salvador.

—En la plaza espera vuestras órdenes.

El conde Borrell II asomóse entonces al balcon de piedra de su palacio, y él mismo hizo seña á Rogerio para que subiese.

Pronto nuestro héroe llegó al salon donde estaba el Conde, su hijo Ramon Borrell y Guadimiro, y apenas estuvo cerca de su soberano, cuando hincó una rodilla en tierra para besar la mano de

aquel venerable anciano; pero el Conde, con gran efusion, le hizo alzarse, diciendo:

— Levantaos y dejadme que estreche vuestra mano! Este momento es para mí de gran alegría: en medio de las calamidades que Dios envia sobre mis vasallos, démosle gracias porque os ha salvado. Valiente y leal es vuestro padre; pero en vos tiene un digno sucesor: desde hoy mandareis la caballería como conde, cuya dignidad os concedo.

— Señor!

— Señor!

Dijeron á un tiempo Guadimiro y Rogerio, queriendo arrojarle á los piés del soherano.

— No será esta mi última recompensa: guardad, pues, algun agradecimiento. Es preciso que recorramos las murallas, y disponed toda la gente capaz de tomar las armas: el tiempo urge. Os sentareis á mi modesta mesa, y en tanto, Rogerio nos referirá cómo logró salvar su vida y cómo vencedor y con presa llega aquí, el que dejamos rodeado de todo un ejército.

A una órden de Ramon, el hijo de Borrell II, trajeron una gran mesa de nogal, al rededor de la cual se sentaron nuestros cuatro interlocutores. Cubrieron el tablero con un tapete de lana y sobre él colocaron una gran fuente de plata que contenia una pierna de venado, flanqueada por unos encarnados solomillos de javalí, salpicados de alcaparras. Un pan blanco de grandes dimensiones y que partió en pedazos un esclavo, dos copas de poca altura y ancha taza y un afilado cuchillo de hoja finísima y calada completaban todos los enseres de aquella mesa real.

Despedazada la pierna, con muy buen apetito y pocas ceremonias, trinchando cada cual con su estilete, empezaron á almorzar el conde, Ramon y sus dos vasallos.

— Decid bravo guerrero vuestra historia, desde aquella tremenda noche, en que con vergüenza de mis canas tuve que abandonar el campo.

— La temeridad misma de la empresa vino en mi ayuda: cerrada la noche, quedamos tan pocos, que los enemigos unos se dieron á perseguiros y otros al pillage, en el momento mismo en que yo aca-

baba de caer, arrastrado por mi caballo, que recibió una lanzada en los hijares. Mi escudero me tuvo por muerto, y fué hecho cautivo con los que aun se mantenían defendiendo la vida. Cuando pude desembarazarme del cadáver del potro, me mantuve quieto entre los moribundos, hasta que los enemigos se retiraron á sus tiendas á celebrar la victoria. Entonces me arrojé al arroyo que cerca el valle, y por la corriente llegué hasta la montaña. Perdido como el cazador he andado tres días entre sus breñas; mas Dios quiso al fin depararme unos pastores, á quienes referí el duro aprieto en que se hallaba el condado: armáronse de sus chuzos, y viniéndose conmigo de borda en borda, recogimos hasta cien montañeses mal armados; pero valientes como leones. Bajábamos al llano por unos precipicios que solo ellos conocen, cuando vimos forragear los caballos y sestear los ginetes de una avanzada: mis pastores se dieron de ojo, y arrojándose sobre los descuidados campeadores, los atraillaron como perros, y ya están armados y montados los que salieron pobres de sus masías.

Trajeron en tanto algunas frutas que repartió el mismo conde á su hijo y á sus vasallos, y exclamó mas alentado:

—Con quinientos como vuestro hijo desafiaria yo en campo raso á todas las huestes de Almanzor, y pronto les haria perder la tierra que han tomado.

—Y que recobrareis, señor, repuso Rogerio con entusiasmo.

—Muy confiados son la juventud y el valor; pero hijo mío, Dios me ha tocado con su mano, y la hora de la desgracia ha sonado para Cataluña. Nuestros pecados la han puesto en tan duro trance.

—No son locas esperanzas las que abrigo: confio en Dios y en nuestra buena causa; confio tambien en los azares de la guerra.

—Puesto que de cerca hemos visto todos al enemigo y pronto esta ciudad se verá asediada por él, formemos un pequeño consejo: ya sois conde y podeis en él hablar. Decid cual seria vuestro plan de campaña.

—Señor, no me toca dar mi voto ante mi soberano y ante mi padre, que me adelantan en experiencia, en años y en esfuerzo; no puedo hablar primero que el ilustre capitán Ramon Borrell.

—Venís victorioso, aunque en retirada: tenéis menos sobresaltos en el corazón, y podeis juzgar con mas imparcialidad.

— Mi vénia tienes, dijo el venerable anciano Guadimiro: Dios te ha dado buen ángel desde la cuna.

— Hace dias que sois mi amigo y que os debo gratitud: hablad el primero, os lo suplico, añadió Ramon, el mas bizarro de los hijos de Borrell.

— Lo quiero: os lo mando, dijo el Conde.

Rogerio cedió, y con el despejo que le era habitual y la dignidad que todas sus acciones respiraban, habló de esta manera:

— Obedecer me toca: tantas honras me obligan. No es, señor, en mi juicio tan bravo el leon como le pintan. Fuera de la guardia del Hagib, su ejército es de gente allegadiza y aventurera que viene en busca del botin y no de la gloria. Temible su caballería en las batallas, es inútil en los sitios y en la Montaña: dueños serán de la llanura y dueños del terreno que pisen; nuestras bandas les inquietarán por todas partes y podrán servir en un ataque general, organizadas con concierto y sujetas á la voz de su soberano. Ellas no sirven para tropas regulares, y en masa serian deshechas como gavillas de mies á impulso del viento de otoño; pero sueltas, fatigarán al enemigo, mermarán sus filas, le robarán el botin, incendiarán su campo y le tendrán en continuo movimiento. La ciudad es bastante fuerte para batirse treinta dias, para resistir sesenta, para defenderse hasta que sobrevenga el invierno. Antes carecerán de víveres esos inmensos escuadrones, las calenturas que merman á los hortelanos en esta estacion, mermarán sus fuerzas; y cansados los impacientes aventureros de esperar ante los muros de una ciudad, cuyos alrededores matan en el otoño, se irán dispersando sorridos á la voz de sus gefes. Entonces, aprovecharse debe una ocasion, combinarse con los de afuera y atacar de noche el campamento enemigo, incendiando los bosques para que el huir les sea imposible. San Jorge nos dará su ayuda, y la sombra de Wifredo os bendecirá, porque habreis salvado á vuestro pueblo.

Este plan, que tenia mucho de posible, produjo indecible entusiasmo en los que le escuchaban. Guadimiro, curtido en las batallas y frio con la senectud para todas las impresiones del alma, sintió que á su pesar una lágrima asomaba á sus ojos, Ramon Borrell estrechó con efusion la mano de Rogerio y el conde le dijo:

— Muy fundadamente queria yo que fuéseis el primero en hablar, pues escusado es el voto de los demás despues de oiros: vuestro plan está aceptado, y todos nos encargamos de la ejecucion...

— Un mensajero cubierto de sangre y polvo quiere hablaros, señor, interrumpió un esclavo penetrando azorado en la estancia.

— Hacedle entrar.

A poco, un caballero, destrozada la armadura, sin casco y con el brazo izquierdo en cabestrillo, se presentó como una ensangrentada sombra, evocada del sepulcro, ante el conde de Barcelona y su improvisado consejo.

— Qué nuevas traéis de la marina?

— Terribles, señor, en verdad, contestó con voz doliente el mensajero.

— Hablad pronto.

— El castillo de Thascot ha sido tomado por asalto, hechos cautivos sus moradores, los que no, pasados á cuchillo, é incendiadas sus torres. Tres tan solo nos hemos salvado y ya veis como!...

— Y mi hija? exclamó el Conde dando un salto y con un acento desgarrador.

— Ignoramos su paradero.

— Muerta, muerta mi pobre Riquilda! Deshonrada!... abrasada entre las llamas!...

Cayó el Conde desplomado en su sitial cubriéndose el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas.

Los que puedan apreciar toda la intensidad del amor paternal comprenderán el dolor sin igual de aquel anciano, que veia así arrancado por la mano de sus enemigos el pedazo mas querido de su corazon, su hija menor, último fruto de sus amores; Riquilda, la mas hermosa de todas las princesas.

Rogerio sintió como amante un desesperado dolor, mas vivo, mas desgarrador, mas ardiente, como la pasion que le dominaba; pero quedó mudo ante aquel padre que vencido, próximo á perder su corona y su patria, veia tambien que la segur de la muerte segaba el mas florido tallo de su descendencia. Si el gran refugio de los hombres elevados es la familia, en los azares de la vida pública, cuánto no seria doloroso para Borrell ver así cortada su retirada y

cubierto de luto su hogar doméstico! El anciano Conde no reflexionaba nada de esto; pero todo espontáneamente se agolpaba á su imaginacion.

El conde Guadimiro se atrevió á aventurar en aquel horrible silencio estas palabras.

— Señor, estará cautiva tal vez...

— Sí, padre mio; eso cree el mensajero: ahora me lo decia en voz baja.

— No: que me lo repita, si se atreve á engañar á su soberano. Hablad: os lo mando!...

Convulso ante aquella orden, el guerrero no fué osado á desplegar sus labios: sacó un velo manchado de sangre y medio quemado, y se lo entregó al Conde. Ante aquella prenda nada habia que dudar: Rogerio, sin poderse contener, exclamó:

— Dios mio, por qué no me concedisteis que muriese en la batalla!

Oyóse en esto gran ruido de clarines y tambores que tocaban á alarma, un griterío confuso y terrible como el de la tempestad, y un tropel de gente armada se precipitó en el salon donde acontecia esta escena gritando:

— San Jorge y Cataluña! El enemigo está á las puertas!...

El conde Borrell alzóse pronto, con la ligereza y soltura de un jóven, y depuesta la debilidad de padre, recobró con el heroismo propio de aquellos tiempos su dignidad de soberano.

— Mis armas! gritó con voz de trueno, animándose su mirada y respirando colérico entusiasmo su semblante.— Obedeced todos á mi hijo Ramon y al conde Rogerio á quien he nombrado gefe de la caballería en premio de su valor en la batalla.

Acabóse de afirmar el casco, y desembainando la espada, se adelantó por el salon gritando como una leona á quien le han quitado sus cachorros.

— Adelante el pendon condal! San Jorge! A las murallas!...

Todos salieron en tropel repartiéndose en la plaza cada cual á su puesto designado.

La ciudad, muy reducida entonces, presentaba un sublime espectáculo. Guerreros y monges, mozos, niños y ancianos corrian con

las armas que hallaban á mano, dirigiéndose al sitio del mayor peligro, con el entusiasmo de los mártires y el valor del ciudadano. Las mujeres les seguian animándoles con sus gritos y mostrándoles sus niños de pecho, en cuya defensa iban á pelear. Mas varoniles otras se armaban de piedras ó las allegaban al pretil del muro. Y los clérigos y los monges, que por su edad á nada podian contribuir en el combate, vestidos de pontifical, con las cruces parroquiales levantadas, vagaban en procesion por el recinto de la ciudad, cantando salmos é himnos mas ditirámicos que los de Píndaro y Tirteo.

El ejército se avistaba ya; pero no habia llegado aun á tiro de balista. Venian desembocando por tres puntos las tropas de Almanzor, con todo el entusiasmo de la victoria y todo el lujo deslumbrador de las huestes andaluzas. Rios de plata centelleante y bullente parecian aquellas columnas de caballería alamerí, ó serpientes esmaltadas de pedrería, que avanzaban amenazadoras hácia la ciudad.

Delante las algaradas de campeadores, en sus caballos árabes ligeros como el viento, armados los ginetes de un lanzon de cuatro varas, sin sillas ni arreos, con un saco de piel de camello por coraza y un casquete de cuero ceñido con una cuerda por casco, en desórden, ya agrupados como manada de lobos, ya en ala á manera de bandada de aves de rapiña, marchaban en desigual carrera, dando gritos salvages é inarticulados.

Luego largas filas dobladas de infantería, que talaban cuanto encontraban al paso, incendiando y saqueando las aldeas y caseríos y los anhelados frutos, alimentados con el sudor de los labradores.

Mas allá la caballería ligera de los granadinos con sus bandas de colores, sus divisas bordadas, sus lujosos arreos y sus añafles sonoros. A la derecha mano los de Tarragona y Tortosa, que nunca cejaban en el combate y manejaban sus grandes caballos con cadenas de hierro. En esotro lado los de Tadmír, rivalizando en riqueza con los andaluces y tan impetuosos en el ataque como desbandados en la retirada. En el centro la guardia del Hagib Almanzor que montaba fogosos potros de las lomas de Ubeda y de las

campiñas de Córdoba, marchando á compás con la precision de la táctica moderna. En el centro de sus escuadrones venia el caudillo musulman, acariciándose la bien aderezada barba, escoltado por sus esclavos negros con armaduras de plata, y rodeado de su hijo, de sus juglares, de sus poetas y músicos y de los principales gefes. Un paño de grana bordado, un ascua de oro parecia aquel punto visto de lejos y bañado por los ardientes rayos del sol meridional.

Una nube de polvo impedia ver las máquinas de batir, que ocupaban la retaguardia con la demás gente aventurera.

Seis horas tardaron en desembocar las tropas muzlímicas. Su número parecia ascender á cincuenta mil hombres: venian desembarazados de los cautivos y de la presa que le habian enviado, parte á Córdoba, y parte á las Baleares con la escuadra que seguia la marcha del ejército.

Almanzor, despues que hubo hecho aquel alarde de fuerza ante la ciudad, mandó hacer alto.

Pero no era el puñado de valientes encerrados en Barcelona de los que se espantan con paradas militares, ni temen á la superioridad del enemigo: los campeadores que se acercaron al foso fueron saludados con una nube de piedras y armas arrojadizas, que mermó sus filas y les hizo retroceder; y quinientos caballeros mandados por Rogerio hicieron una vigorosa salida y atacaron el centro mismo del ejército enemigo, en el momento que plantaba descuidado sus tiendas, introduciendo el desórden en sus filas.

Rechazada la columna despues de un desesperado combate, que llegó hasta las poternas, Almanzor mandó que sus tropas se alejasen de los tiros de la ciudad para ocupar posiciones al siguiente dia. La victoria que tan costosa le habia sido, le habia enseñado á ser cauto.

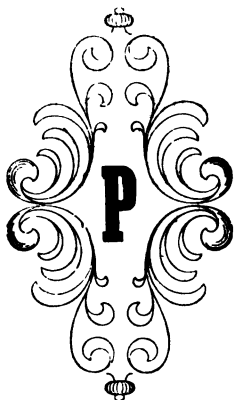


CAPITULO XI.

EL LEON CON LA FIEBRE.

« Per fembra fó Salamó enganat,
Lo rey Davin é Sansó exament,
Lo paira Adam ne trencá'l mandament,
Aristotil ne feu com ancantat,
E Virgill fou pendut per la tor,
E Sent-Jouan perdé lo cap per llor,
E Ipocrás mori per llur barat :
Donnes, si aveu per dones folleiat,
No es manjar tenir tal companya. »

Pau de Belviura.



ALMA, la capital de Mallorca, es una de las mas pintorescas ciudades del mundo, á orillas del mar: recostada en el seno de una bahía de tres leguas y media, cercada de jardines y de naranjales, parece una sultana entre flores, tendida á orillas del caprichoso Mediterráneo. Altas cordilleras de montañas la defienden de los vientos, y situada en anfiteatro, mas pintoresca parece á los ojos del viajero, á quien como un panorama ofrece sus bellezas.

En la época á que nos referimos, aunque defendida por muros de piedra arenisca y guardada por redondos torreones, no ofrecia el se-

vero aspecto que hoy en parte le dan sus terribles fortificaciones. Sus mezquitas (convertidas ya en parroquias) con altos alminares y tejados de mosaico, sus cármenes, y mas que todo el gran movimiento mercantil y agrícola que le daban sus pobladores árabes, hacia que fuese entonces mas poética.

Los caballeros africanos de mayor riqueza venian á ella á reco-
brar su salud, y estos y los comerciantes que se enriquecian tra-
tando con Levante, tenian cubiertas de palacios las estrechas calles y
las angostas plazas de la capital de Mallorca.

Pero entre todos descollaba el del Wacir, noble pariente de Hixen,
y mas rico por sus haciendas que por los pingües rendimientos de
su gobierno. Si descartamos el arco ó puerta donde, segun la cos-
tumbre patriarcal de los orientales, administraba justicia Abdala
ben Said, nada ofrecia de notable en su exterior aquella regia mo-
rada, antes vista desde la Aknadaina, á donde daban sus principa-
les frontispicios, tenia apariencia de prision ó convento monacal.
Terrizas eran sus paredes, y solo allá en el segundo piso, tocando
con los aleros de alerce, se veian algunos ajimeces cerrados con es-
pesas celosías torneadas. Mas penetrando por la puerta de la justi-
cia ó del tribunal, y traspasando las primeras cuadras de la guardia
y de los esclavos, era completo y encantador el cambio de decora-
cion. Por un arco de herradura festoneado, se daba en una galería
que guarnecia un gran patio, cuyo centro era un estanque cercado
de acirates de flores y setos de arrayan. Pintados peces de oro y
púrpura esmaltaban aquellas aguas cristalinas, surtidores de cor-
rientes encontradas, formando palmas, ramilletes, cascadas, bom-
bas ó sartos de aljofar, aumentaban bullentes el caudal del estan-
que. Las columnas y el pavimento de las galerías de marmol del
país, y el techo de ensambladura de maderas olorosas con incrusta-
dos de bronce y marfil, y miniaturas de azul y bermellon. Por la
galería de enfrente se daba á un gran salon llamado de la estrella,
por tener esta figura, y en los extremos habia alambres ó alcobas con
miradores, que daban á los jardines y al mar.

En el de la derecha mano, guardado por esclavos lujosamente
vestidos, está nuestra prisionera, la bellísima cuanto desgraciada
princesa Riquilda.

Sentada sobre un riquísimo lecho de seda, vestida con su trage de aldeana, pues no habia querido cambiarlo por las espléndidas vestiduras de mora que le habian traido, secos sus ojos de llorar, perdida su inteligencia en el mar de desgracias que le habian sobrevenido, con la mano en la mejilla, estaba inmóvil como una estatua del dolor, ó como uno de esos ángeles que sostienen los ángulos de los sepulcros.

El lujo oriental que en aquella habitacion y en su servicio se desplegaba, y que tanto hubiera escitado su curiosidad infantil en tiempos bonancibles, el aura perfumada que enviaban las flores de un jardin tan rico y caprichoso como ella no hubiera podido soñar, el magnífico espectáculo del sol que se ponía, hundiéndose en las olas de rubi de un mar rizado por la brisa, nada le llamaba la atención, abismada en su profunda pena.

Instada por las esclavas, entre las cuales alguna era de Barcelona, habia tomado un baño perfumado de esencias, que le proporcionó algun descanso y calmó sus dolores físicos; pero en vano esperaban que tocase los pastelillos de crema y pimienta, las codornices y las riquísimas frutas que se le habian dispuesto para alimento; solo habia pedido que la dejaran sola, y en aquel ensimismamiento en que la vemos pasó todo el día que se siguió á su desembarco y á su reconocimiento por Armengol.

Pobre niña mimada desde la cuna por los dones de la providencia! ahora llovian sobre ella las desgracias, y mas se hacian sentir en su alma apasionada y desapercibida.

La entrada del Wacir vino á interrumpir su marasmo. Era Abdalá ben Said un anciano de barba blanca y noble aspecto, caballero, como emparentado con los califas de Córdoba, que retirado de las guerras por sus años, vivía en el gobierno de Mallorca en medio de todos los placeres á que puede aspirar en la ley de Mahoma un buen creyente.

Cautivado de la hermosura de Riquilda, compadecido de su desgracia y galante como los árabes españoles de su tiempo, se tenia por muy honrado con darle hospedaje; y adivinando sus pesares, y sabiendo por las esclavas su empeño en no tomar alimento y en no descansar, cual su estado reclamaba, venia á proporcionarle

consuelos y á ofrecerle cuanto estuviese á su alcance para dulcificar su cautiverio.

—Noticias agradables os traigo, hermosa sultana, para que pongais tanta tristeza.

Riquilda miró sobresaltada al Wacir, pero tranquilizóse con su afable rostro y la dulzura de la espresion de sus ojos. Sin embargo, no se movió.

—Vuestro padre está en Barcelona sano y salvo.

—Ah! gracias señor, si no me engañais. Perdonad que no os haya recibido con la atencion que mereceis por vuestra dignidad y vuestros años. ¡Padezco tanto! Mas decidme cuanto sepais : mas soportable será para mí la desgracia, si la sufro yo sola. Logró salvarse de la matanza? Y mis hermanos?

—Todos salieron con vida : ahora acaba de llegar una galera con noticias del campo de Almanzor. Vencido el ejército de Afrach, quedaba vuestro padre con los caballeros mas esforzados, sosteniendo el pendon real : un guerrero, que habia hecho sus primeras armas aquel dia y muerto en singular combate á Musafá, la primera lanza de los ginetes de Córdoba, permaneció manteniendo la retirada; y el conde, á favor de las tinieblas que empezaban á cerrar, rompió por el puerto, y se halla defendiendo á Barcelona. Tambien han visto á sus hijos en las murallas.

—El cielo os bendiga! exclamó la princesa : y luego, como arrastrada de un presentimiento, añadió : —¿Y qué fué de ese valiente guerrero novel, que se sacrificó por su patria y por su rey?

—Creyósele muerto al principio, y su caballo mal herido se enseñaba como trofeo en el campamento del Hagib Almanzor; pero la primera salida que ha hecho la gente de la ciudad enemiga, la mandaba él, que fué reconocido al momento por los tremendos golpes de su lanza.

—Si será él! dijo Riquilda como distraida.

—Y ahora que teneis menos temores, ¿no honrareis los manjares con que os he obsequiado? Ó no quereis partir conmigo el pan ni la sal?

—Solo os debo, señor, agradecimiento : nunca en el sencillo palacio de mis padres, ni en la morada patriarcal de mis abuelos fui

tan espléndidamente servida. Dios no ha querido conceder á sus siervos la riqueza que se advierte en este vuestro deslumbrador aposento... Pero estoy calenturienta...

—Tomad un regalado baño, cambiad vuestros vestidos y comed al menos de estas frutas. Vivid tranquila mientras esteis en mi compañía. Ningun peligro correis, y contad con que somos generosos con nuestros enemigos. No cautiva ni esclava, señora sereis en mi morada. Reposad, que el sueño es el bálsamo que los ángeles buenos envian á sus predilectos cuando padecen.

—¡No sabeis cuan implacables son mis enemigos, y qué cercanos los tengo!

—Estais bajo mi proteccion, y nada teneis que temer. Mis esclavas vendrán á consolaros; dejadlas hacer, y no olvideis que sois la única dama y por consiguiente la señora en el palacio del Wacir.

Dicho esto, Abdala ben Said se retiró, dejando encantada á Riquilda, que no se atrevia á creer lo que habia oido, y se le figuraba estar aun arrinconada en el sucio camarote de la galera, presa del horrible mareo, ó en el centro de la plaza, apiñada entre los prisioneros y al pié del caballo del traidor Armengol.

Las esclavas entraron y la hicieron que tomase un baño voluptuoso, á la usanza africana, y la pusieron unos vestidos moriscos, hechos por el mas diestro de los sastres de aquella época.

Maquinalmente se dejó trenzar y entretejer con perlas su hermosísima cabellera, que despues encerraron en una redecilla de oro y coronaron con un finísimo turbante: una túnica de lana blanquísima con rayas de seda carmesí y ceñida con una banda escarchada realzaba su talle elegante y su estatura elevada, y los borceguíes de tafilete bordado hacian mas provocativo su pié menudo. Cuando la pusieron delante un espejo de acero para que se mirase, no pudo menos de sonreirse, ya por verse transformada en mora, ya por esa satisfaccion instintiva que siente la mujer al verse hermosa y adornada: despues recordó que aquel era el traje de sus esclavas, y un padron de ignominia, un sayo de infamia en la tierra de sus padres, y se cubrió de rubor su frente y se anubuló su contento.

En algarabía las esclavas le dijeron, adivinando la causa de sus

contrarios sentimientos, que su trage de aldeana estaba sucio y que no se habian recuperado aun las ropas que tendria en el castillo, si bien el Watir las habia hecho buscar con empeño entre el botin, y por eso la vestian á la morisca, ropaje además muy apropiado para que el calor no la fatigase en aquel clima y en la estacion veraniega en que se hallaban.

Consolada con tal dulces razones y con tal solícitud, tomó algunas conservas y una bebida cordial.

Las esclavas la dejaron sola; y recostándose sobre el cojín, apoyada en el ajimez, viendo el mar, y al lejano murmullo de sus olas, la princesa se quedó dormida.

Pero no podia ser tranquilo su sueño: apenas cerrados sus párpados, estrañas imaginaciones vagaban por su cérebro. Poco á poco, tomando color, ilacion y lógica aquellos fantasmas, parecióle que paseando con su esclava Kerima por las orillas del mar, un horrible mónstruo habia salido de las aguas, y ciñéndola con su cola de serpiente, amenazaba despedazarla. Pugnaba ella en vano por desahisirse, quería gritar y no podia, le faltaba el aliento para respirar, las fuerzas para huir, y con tan mortal fatiga, despertó en medio de aquella pesadilla. Lo primero que vieron sus ojos espantados fué á Armengol, el renegado, que de pié y con los brazos cruzados sobre el pecho, la contemplaba en su inquieto dormir. Dió un grito y se pasó las manos por los ojos y la frente, creyendo que aun soñaba. Luego que reconoció la realidad, levantóse con dignidad y dijo:

— Por qué habeis penetrado en este sitio? venís á gozaros en vuestra venganza?...

— Ningun mal puede haceros el que daria mil vidas por evitaros una sola lágrima, aunque por su desgracia os ha hecho verter muchas! Quiero solo que me oigais, justificarme á vuestros ojos, daros la tranquilidad que habeis perdido.

— La traicion no tiene disculpa: adivino lo que me vais á decir; en sueños acabo de veros, y ya vuestra indiscrecion os ha proporcionado ver cuan horrible era mi pesadilla.

— Sois mas inexorable que la Justicia: esta mata, pero oye al delincuente. Mandad que se retiren esas dos esclavas, que entienden nuestro idioma: las otras, que permanezcan á vuestro lado. Repo-

sad sobre el tapete, os lo suplico de rodillas, como el mas miserable esclavo; puedo ordenary ruego: ya veis cuán cambiado me hallais!

Doña Riquilda, que no esperaba aquel language de su feroz raptor, se quedó absorta y muda. Armengol, que con su astucia conoció el cambio, insistió de esta manera:

—Oidme, señora, con paciencia: de esta plática pende mi vida y la de muchos: mi salvacion y mi arrepentimiento.

La princesa hizo señal de que saliesen las esclavas de la Marca catalana, y se sentó sobre el almohadon con la gracia de una odalisca. Armengol lo hizo en el tapete, y antes de empezar lo principal que allí le traia, queriendo prevenir la cólera de la contradiccion, provocar y derramar toda la amarga relacion de sus sentimientos, dijo con acento grave:

—Incoherentes han de ser mis palabras y algunas han de provocar vuestro enojo ó vuestra sonrisa, alguna importunidad escitará vuestra impaciencia, y algun recuerdo os lastimará en el fondo del alma; pero yo os pido por la vida de vuestro padre, por lo mas querido que haya para vos en el mundo, que no me interrumpais: debéis saberlo todo, para que á lo menos me compadezcáis.

—Hablad: os lo prometo.

Armengol se detuvo un instante, y con esa agitacion que sobrecoge á todos los hombres (por esforzados que sean), en los momentos decisivos, principió así:

—Cain, me llaman en la Marca, y con el sello que Dios puso en la frente de aquel malvado debí yo nacer. Era Rogerio el primogénito, era hermoso, fuerte, simpático para todos, como lo es siempre la bondad y la belleza: por el contrario yo, señora, nací deforme, enfermizo, condenado á no participar de los bienes patrimoniales. Muerta mi madre al darme á luz, perdí el único ser que se pudiera interesar por mi desgraciada existencia. Peleando mi padre, me crié entre esclavos, que siempre preferian al que habia de ser su señor, y desde niño engendraron en mí la envidia, que despues habia de ser odio mortal. Andando con los villanos, se desarrollaron mis malos instintos, y fui calificado de malo, incorregible, cuando aun podia ser honrado. En la corte, mi calidad de segundo me retraia; mi poca gallardía, mi rudeza me hacian alejar de los

buenos ejemplos. La soledad exacerbó mis pasiones impetuosas, la caza me puso en contacto con los bandidos, y amaba su compañía, porque entre ellos era respetado. Me distinguí en la guerra; pero fué á la cabeza de estos aventureros que dejan siempre sangrienta huella, y á quien guia solo el botín. Casi estaba contento con aquella vida: al proscripto los proscriptos. Mas llegó un día en que toda mi vida pasada fué para mí un horrible tormento: os ví en el castillo y os amé, como se ama en la salvaje soledad de la montaña. Érais para mí un ángel, el aura embalsamada de la mañana, las nubes de alas de nácar que se pierden en el mar. No sabía vuestra ilustre cuna, ni queria averiguarlo: bastábame contemplaros de lejos desde las rocas, cabalgando en vuestra jaca alazana, como se contempla á la estrella de la tarde.—No os impacientéis: me detengo con placer en aquellos serenos días que nunca olvidaré, porque son los únicos felices de mi vida.—Pasaba las noches mirando vuestras ventanas, y á la luz del sol os seguía por el valle: ví que cuidábais con agrado las flores, y robaba las mas hermosas á las labradoras del castillo de mi padre, para arrojaros un ramo. Supe que otro os brindaba con igual don y que era mejor acogido: el cielo se convirtió en un infierno. ¿Qué me importaba que fuese mi hermano el preferido? tenia celos! y celos que la envidia, alimentada desde niño, hacian mas horribles. Quise que fuéseis mia á toda costa, vengarme de él con vuestro ultrage y obré como un bandido.... En la noche terrible que precedió á aquel crimen, cuyas consecuencias expiamos todos, decia para mí:—La llevaré al centro de la Montaña: allí hay misteriosos lugares, donde solo penetran las águilas; la respetaré como á la memoria de mi madre, seré su esclavo, besaré el terreno que pise y regaré con lágrimas su morada: al fin se apiadará de mí y me amará!.... Locas esperanzas!... Ya sabeis lo que aconteció!...

«Pero aun podia haberme salvado: dudaba de que amáseis á Rogerio: creia que solo por gratitud habíais curado sus heridas. Mas yo estaba en Monserrate cuando fuísteis en peregrinacion, yo sorprendí vuestras miradas en el templo. En ellas creí ver reflejada la promesa de un amor eterno!

Desde entonces solo pensé en la venganza : el mal era mi único refugio!....

Renegué de mi patria y de mi Dios, me hice conocer de Almanzor y vine en la guerra, á arrojar sobre mi familia y sobre mi patria todo el mal que me habian hecho. Caísteis en poder de mis hordas, os ví, y á pesar de vuestra justa indignacion, renuncié al derecho que sobre vos tenia. Os entregué al Wacir, y hasta yo mismo os he proporcionado las noticias que han dado alguna tranquilidad á vuestra alma. He averiguado la suerte de mi hermano, por si os podia interesar : ¿quereis mas? Haced una señal con vuestra rosada mano, un gesto, y esta guma envenenada penetrará en mi corazon. Ahora que me habeis escuchado, juzgádme.

— Oh! apartad ese acero, cuyo centelleante filo me horroriza.

— Os obedezco y espero. Reponeos de la dolorosa impresion de tanto recuerdo triste. Mi cabeza tambien arde.

Armengul se levantó y tomó un vaso de agua que bebió con ansia.

Riquilda tenia compasion de aquel hombre : el rostro del renegado estaba desencajado, y parecia víctima de un tormento comparable solo con el de los condenados.

— Os compadezco y os perdono : así os perdone Dios, dijo al fin Riquilda ; pero alejáos de aquí : nada hay de comun entre el sacrificador y la víctima, mas que el cruento sacrificio : Vuestra presencia me mata, y es mayor mal que todas mis desgracias juntas.

— Este amor ardiente, ¿no me disculpa?

— No profaneis esa pasion tan grande y tan bella. ¿No sois el traidor y el fraticida, no habeis traído la guerra á vuestra patria? No gime por vos en duro aprieto Barcelona? No está cercano allí á recibir la corona del martirio mi anciano padre? Y quereis que contemple tranquila el cuchillo de su garganta!

— Prometed que no me aborrecereis, á lo menos, y esos males se conjurarán : abandonando el ejército de Almanzor y volviendo á las banderas de mi patria, aseguro la victoria. Yo mismo os volveré al seno de vuestra familia.

— El traidor solo medita traiciones! ¿Y quién restañará la san-

gre derramada, los pueblos destruidos, los templos profanados? Acaso podeis hacer que un rio retroceda en su corriente? Quién os asegurará de que, al salir de esta estancia, no seais entregado al verdugo, por vender vuestro pensamiento al caudillo musulman? Y aunque fuéseis rey de Córdoba, ¿quién arrancará de vuestra frente el sello del fratricidio? Quién no aborrecerá al bandido, al renegado? Salid de aquí, que vuestras palabras y vuestras promesas me inspiran horror.

— Pues bien! ~~esclamó~~ ^{estaba} exasperado Armengol y levantándose livido como un cadáver: os he brindado con el bien, me he humillado y me rechazais orgullosa. Temblad de mi venganza. Sois mia, estais en mi poder y pronto lo estará vuestro padre, vuestro hermano, vuestro amante.....

— No temo por mí y estoy resignada al sacrificio: por los demás Dios y su derecho velarán.

— Ah! sí: vereis aherrojado á mi hermano, morir ante este ajimez implorando compasion á Dios, que no le oirá!.... Y en tanto, el aborrecido Armengol estará á vuestro lado, y le obedecereis, y cumplireis sus órdenes con ojo enjuto, porque será su esclava la que no ha querido mandar en él.

— Ah! no, la muerte antes mil veces. — Y queríais que os disculpase, que no os aborreciese... á tí, mónstruo, que te gozas con la esperanza de la muerte de tu hermano!.... Si esto es para tí un tormento, súpelo.... Sabe que le amo!.... Que no bastará la desigualdad á ser valla entre nosotros..... Que seré suya ó de Dios!....

— Callad, Callad!... decia Armengol torciéndose las manos y rechinando los dientes.

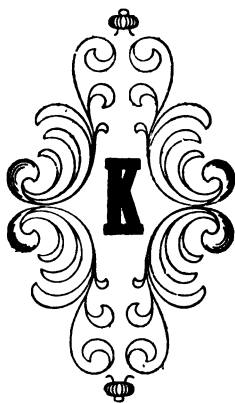
— No, quiero repetirlo una y mil veces: le amo tanto como os aborrezco!....

Y al pronunciar estas palabras, Riquilda salió de la estancia, dejando sumergido en la desesperacion mas profunda á Cain el renegado.

CAPITULO XII.

EL MENTIDERO DE UN BAÑO.

« Car les primeres
amors son veres....
Trenta batalls
han en llur seny »
Jaume Roig.



KERIMA no habia podido penetrar en el palacio del Wacir, ni acercarse á la princesa, aunque habia intentado mil trazas para ello. Libre en la ciudad, su ingenio se agotaba buscando ardides para burlar la vigilancia de los guardias y de las esclavas; pero las órdenes eran tan estrechas y tan fielmente observadas, que la pobre mora veia deshacerse sus proyectos como el humo. Las mujeres entre los árabes toman tan poca parte en los negocios de fuera de sus viviendas, que su presencia sola escita-

ba sospechas.

Un dia en que su tristeza subia de punto, se dirigió á uno de los baños públicos de mujeres que habia en Palma. Eran estos estable-

cimientos muy concurridos hasta por las damas principales, que en sus palacios podian gozar de baños privados; pues aquí tenian alguna libertad y se solazaban en coloquios con sus amigas, comentando é inquiriendo todo lo que acontecia en el pueblo.

Los baños donde entró Kerima, estaban recientemente contruidos, y tenian esa magnificencia que á sus establecimientos públicos suelen dar los gobiernos despóticos é ilustrados, como el de los califas cordobeses.

Primero un vestíbulo con las paredes cuajadas de labores de estuco, el techo imitando estalactitas y el pavimento de mármol. Allí estaban los esclavos guardadores del recinto; luego un florido jardin, partido por tres estanques. En el fondo, el salon de las esclavas, que daban ramos de flores á las damas, y mas adentro, una pieza abovedada en arista, alumbrada por ventanas en forma de estrellas, abiertas en la misma bóveda de ladrillo agramilado. Desnudábanse en este sitio las que habian de pasar á las piezas de la estufa y de las abluciones, y sentadas en los cojines que ocultaban los alicatados, se entretenian antes en alegre y familiar conversacion; por lo cual estas cuadras habian tomado el nombre de mentideros.

Kerima, pues, ocupó un lugar entre aquella bulliciosa compañía, y escuchaba sin tomar parte en la charla, por mas que fuese estremadamente aficionada á ello. Se hablaba de la guerra, de los cautivos que llegaban diariamente, del aprieto en que se veia Barcelona, de trages llegados de Levante...

Mas repentinamente todas las miradas se dirigieron á la puerta de entrada. Una dama, elegantísimamente vestida y seguida de esclavas negras, penetró en el mentidero con gran gentileza, y fué á colocarse en el lado opuesto al que ocupaba Kerima y las que á su alrededor se hallaban.

—Quién es? dijo una morena, que parecia ser andaluza.

—Esclava aseguran que era del Hagib Almanzor; mas por su talento para la poesía y el canto, ha logrado que la colme de favores y le dé libertad. Eso me dijeron aquí ayer.

—Hace poco que desembarcó.

—Viene á la isla en busca de su amante.

—Y quién es él?

— Ese renegado valiente que manda la flota, y que organiza las tropas que han de auxiliar al vencedor Hagib en su empresa contra los de Afrach.

— Tan hermosa se habia de preciar de tan ruin persona! Parece un enano, de los encantados que salen la noche de la ver-bena.

— Pero es valiente como un leon y astuto mas que una serpiente: mi hermano asegura que es el alma de esta guerra.

— Y se dice que él la desdeña, mientras que ella le ama con delirio.

— Ya va á quitarse el velo, vereis qué ojos tiene tan grandes y qué cabellos tan largos.

— No los cambiaria por los mios.

— Ni es, ni por asomo una hurí.

— La frente pequeña.

— Y pálido el color.

— Y el pié no es de sevillana.

— Qué desden!

— Cómo presume con las negras!

Kerima, que como pueden suponer los que me leyéren, se habia interesado mucho en la conversacion, apenas se descubrió Aixa, pues no era otra la dama objeto de las murmuraciones, dejó de oír la crítica envidiosa, que de la enamorada de Armengol hacian, y no apartaba de ella los ojos. Despues de un rato de contemplacion y de ansiedad, la esclava de Riquilda se acercó á la dama, y la dijo con voz conmovida:

— Es Aixa vuestro nombre.

— Sí, amiga mia.

— Te acuerdas de mí? le preguntó levantándose el velo.

— Hermana mia! exclamó la dama: y se abrazó estrechamente con ella.

Así estuvieron largo espacio de tiempo, besándose con ternura y derramando lágrimas de alegría.

Las murmuradoras se dispersaron.

Las dos hermanas se sentaron una junto á otra con las manos entrelazadas, y entablaron el siguiente diálogo, que tiene todo el

desórden propio de la situación; pues cuando dos personas que se aman mucho se ven al cabo de larga ausencia, se atropellan sus preguntas, y todo es confusa mezcla de recuerdos, de protestas de cariño, de sucesos de hoy ó de proyectos para mañana.

— ¡Tú aquí, Kerima mia? Qué ha sido de tu madre? Ella me alimentó con su seno, ella me meció en su regazo, y mas que nodriza era madre!... Y tu hermano Amet? Qué hermoso estará!... Felices dias aquellos que pasábamos en tu alquería!...

— Mi madre murió... cuando tú dejaste á Zaragoza!... Mi pobre hermano no llegó á ser hombre: niño aun murió defendiéndome de unos montañeses cristianos, que arrasaron nuestra alquería y me llevaron cautiva... Conducida á Barcelona, fuí regalada al conde por el jefe de la banda: allí, al lado de una princesa, que mas que señora era mi amiga, he pasado diez años de mi vida. Ahora soy libre, y suspiro por aquella esclavitud. He oido que gozas gran favor con el Hagib.... Murmuraban aquí algo de amores con el general enemigo, y si hay en esto algo de cierto, es preciso que yo te hable sin testigos; no en tu palacio, sino donde nadie pueda verme, ni aun sospechar que media entre nosotras conocimiento.

— También yo he sido esclava de la sultana madre de Hixem: allí me donó el Almanzor y me llevó consigo, porque mi canto mitigaba sus fatigas y mis versos eran de su agrado. Dióme libertad y ricos dones; pero no abandoné su palacio. Allí conocí á un extranjero, á un franco, de cuya voluntad soy vasalla.

— Es el que manda la flota?

— Si; Armengol se llamaba en su país.

— Basta, hermana mia! es preciso que nos sepáremos, y no me preguntes la causa: ¿Cuándo podré verte misteriosamente?

— No comprendo, Kerima, tu repentina agitacion, tu inquietud: espícame...

— Tu felicidad, mi vida, tal vez peligran; si nos viesen juntas y si saben nuestro cariño.

— Aquí hay un horrible misterio, que me hace presentir muchos males. Esta noche iré sola á la rauda que se halla no lejos de las puertas del jardin de la casa donde habito: á las diez.

— Siempre fuiste apasionada por esos lugares tristes: á mí la desgracia me ha hecho mas valiente: no faltaré.

Separáronse las hermanas, y desde aquel momento, ambas agitadas por diferentes sentimientos anhelaban que pasase el dia y llegase la hora de la cita convenida.

Aprovechando el cronista este intervalo de tiempo, nos dá algunas noticias sobre la estraña presencia de Aixa en Palma; noticias que si bien no parecen muy verosímiles, es preciso aceptarlas á falta de otros mejores datos.

La esclava del Hagib amaba con delirio á Armengol; y esta pasion, en vez de debilitarse, acrecia con el despego del renegado. Salió este de Córdoba con el ejército muzlime, y mas de una vez Aixa habia querido correr á su lado, para compartir con él los peligros de la guerra. La hermana del Wacir de Mallorca, Abdalá ben Said, que estaba encantada de la voz de la esclava, y le habia cobrado gran cariño, ofreció llevarla en su compañía á las Baleares, desde donde podria saber mejor y mas pronto de su amado: vaciló en aceptar; pero al fin, cuando supo que allí se encontraba el renegado disponiendo una flota para atacar á Barcelona, instó al cumplimiento de lo prometido. La hermana del Wacir salió con lucido acompañamiento para Málaga, y un viento próspero las llevó prestamente á Palma.

Allí cuánto desengaño! Armengol que se habia servido del amor de Aixa como de un instrumento, ahora que veia sus planes realizados, la desatendia brutalmente. Dominado su pecho por la fatal pasion que á tantos crímenes le habia conducido, aquel no solicitado afecto era un tormento para él.

Aixa lloraba por tanta esquivéz; pero aun no habia sentido la herida emponzoñada de los celos...

La noche se acercaba, y los habitantes de Palma dejaban sus viviendas para gozar de la fresca brisa del Mediterráneo. Kerima tambien salió cubierta con su velo, y se dirigió al Bazar, que era el centro de los ociosos y de los enamorados. La esclava buscaba allí ocasion de matar la tristeza que devoraba su alma y recoger tambien noticias de la guerra, pues no podia olvidar al escudero de Rogerio. En el dia á que nos referimos, el mercado estaba mas animado que nunca: hecha la reparticion del botin ganado en la batalla que ya des-

cribimos, y aportados á las islas los cautivos, se estaba vendiendo la presa con ese despilfarro propio de los soldados, que juegan hoy lo que ayer ganaron á costa de su vida.

Armas y armaduras en monton, arreos, banderas y algunos trajes de lana se pregonaban á bajo precio en la entrada: en el centro de aquella alcaicería estaban los cautivos, que se vendian tambien como animales domésticos, y tal vez á un precio menor que la mas despreciable alimaña de Oriente. Habia pocas mujeres y muchos soldados, y no pocos de ellos heridos; razon por la cual el mercado andaba frio, segun la espresion de un judío africano, que hacia las veces de corredor.

Kerima se aproximó con tristeza á aquellas filas de hombres atados y mal vestidos, en cuyos ojos brillaba la indignacion y la cólera: esforzados guerreros, á quienes la suerte habia sido adversa, y que al ver su ignominia, envidiaban la muerte gloriosa que otros habian alcanzado en el campo de batalla. Pero la esclava se turba!.... acaba de divisar á un gigantesco cautivo, que sentado en el suelo y velado muy de cerca por dos soldados, tiene el privilegio de estar atado de piés y manos, á pesar de la profunda y mal vendada herida que surca su frente.

—No me engaño, es él! exclamó al fin toda conmovida: es Paulo, y en qué estado! solo de ese modo pudiera estar él cautivo.

Acercóse sin descubrirse, y hasta reforzando el velo con el manto, al judío que tan mal auguraba de la venta, y llamándole aparte dijo:

—Preguntad cómo se llama ese cautivo, á quien tienen guardado y ligado como á una fiera.

—Paulo, segun han dicho sus compañeros: tiene mas fuerzas que una yunta: porque se halla rendido por la fiebre, no ha roto ya las cuerdas.

—Ya lo presumo: y por esto me acomodaria para mis labores, pues el esclavo que movia la noria de mi huerta ha muerto ayer.

—Este es mejor que una mula para el caso: voy á ver á su dueño, y á daros el último precio.

Volvió á poco el judío diciendo:

—Cinco doblas de oro. Eso vale un chico enfermizo.

— Cerrado está el trato: tomad estos adirjanos en señal, mientras que traigo lo restante.

El judío hizo una seña al dueño, y este mandó á los guardias que soltasen las ligaduras de Paulo.

Kerima, en tanto, entró en casa de un persa joyero, vendió una de las sortijas que adornaban sus lindos dedos y volvió por su amante, á quien acababa de comprar por unos cuatrocientos reales de nuestra moneda.

Entregado el precio, el tratante dijo á Paulo:

— Levántate y sigue á esa dama que te ha comprado.

El escudero de Rogerio levantó los ojos, y miró á su nueva ama: aunque no pudo reconocerla, cubierta como estaba con espeso velo, por esa misteriosa y simpática atracción que nadie ha podido explicar, Paulo, obediente como el mas tímido esclavo, echó á andar sin decir una sola palabra tras de aquella vaporosa fantasma blanca. Al través de las torcidas calles y de las multiplicadas revueltas de la ciudad árabe, llegaron á la casita de Kerima, y esta introdujo á su esclavo y dió orden de que lo curasen, bañasen y asisiesen, sin hablarle ni contestar á sus preguntas en el caso de que las hiciese.

Quería sorprender agradablemente á su amante.

Llegó la hora de la cita: Aixa salió encubiertamente por la puerta de su jardín, y se encaminó á la *rauda*, que estaba enfrente, á poco mas de un tiro de flecha.

Las raudas ó panteones de los árabes nada tienen, ni tenían entonces, de la lúgubre soledad de los antiguos cementerios cristianos. Parecían jardines de vastas dimensiones. El de Palma estaba en lo alto de un alcor, que dominaba el mar: su defensa era un esto de arrayanes y laureles: estrechas calles de cipreses, bosques de sauces, de cedros y de fragantes lilas llenaban todo el espacio en pintoresco desorden: en cada fosa, la familia del difunto plantaba un árbol que diese sombra amiga á las cenizas queridas del padre, del esposo ó del hermano. Nada de fastuosos monumentos: un pedestal, una columna torneada, una lápida de mármol con un sencillo recuerdo y algun testo del Coran; pero en cambio, aquellos bosques sagrados eran regados con lágrimas! La entrada no se negaba á

nadie, y algunos padres llevaban á sus hijos para que meditando sobre la muerte, corrigiesen su vida. Tambien los apasionados de la soledad y las almas dispuestas á la melancolía, entre los cuales es preciso contar á los poetas, concurrían allí, huyendo del bullicio de la vida. Por esto Aixa habia elegido este lugar para la cita: ¿presintió acaso las terribles revelaciones que iba á oír de boca de su hermana, y quiso elegir un lugar digno de ellas? Quién saber puede los misteriosos arcanos del alma humana!

Llegó, pues, la poetisa preferida de Almanzor, y ya encontró en la primera calle á Kerima: juntas se dirigieron á un bosque de sauces, y se sentaron sobre una columna derribada, que en otro tiempo fuera monumento de una tumba.

—Juntas, dijo la esclava de Riquilda, pasamos los primeros años de nuestra vida. Ay! Aquel cariño no se olvidará nunca, si no se puede sustituir por otro! La clase y las riquezas nos separaban, tú hija de un Cadí, yo pobre labradora; pero nuestros corazones se unieron, y al verte despues de tantos años, te encuentro tan cariñosa como siempre, y la alegría que siento responde de que correspondo á tu afecto.

«La desgracia nos separó: rebelóse el Wacir de Zaragoza, y en aquella horrible guerra civil, tú fuistes como esclava á poder del vencedor Hagib. Ya te lo he dicho, una racia de cristianos me hizo sufrir á poco la misma suerte. Sin embargo, en la esclavitud yo he encontrado una familia, un valiente soldado á quien amar.....

—Amas, Kerima mia? El amor es la vida!

—Tú tambien has hecho brillar tu talento, tu donaire, tu voz celestial, y eres rica y poderosa.

—Pero soy muy desgraciada: me he levantado para caer desde mas alto. —Oye toda mi dolorosa historia. —Era feliz. En el palacio de Almanzor y en Medina-Zahara, vivia entre las flores y el incienso de la lisonja. Cantaba, y mis versos corrian de boca en boca, siendo admiracion de todos; pulsaba la guzla, y damas y caballeros, guerreros y mercaderes estaban pendientes de mis armonías; bailaba, y las joyas mas ricas caían á mispiés. Tenia libertad, y las flores y la gloria eran mi única pasion. Niña aun, creia

que no habia mas allá, y me sonreia con incredulidad, al oir las cuittas de los enamorados.

«En esto llegó á Córdoba un caballero de Afrach, llamado Armen-gol: su figura era miserable, desaliñado su trage, ásperas sus maneras, entrecortada y brusca su palabra. En el primer ejercicio militar hizo proezas sobre un potro salvaje; en una cacería se presentó armado de un puñal, y con esta sola arma, luchando casi brazo á brazo, dió muerte á un enorme javalí; llegó una lidia de toros y se llevó la palma: algunos mulatos ó mamelucos osaron burlarse de su figura, y en singular combatey dándoles ventaja de armas, dió muerte á tres de los mas bizarros. Almanzor le protejió desde entonces, y en la corte todos le admiran.

—Tú, le amaste?

—Al principio me inspiraba repugnancia: habia algo de siniestro en su fisonomia, algo de infernal en su mirada: despues le admiré como todos, y empecé á suponer que estaba agoviado por alguna desgracia. Le compadecí y le amé.

—Infeliz!

—Ah! Sí, muy infeliz. Él sorprendió mi aficion y avivó el fuego con su astucia de tigre: renegó de su religion, logró que yo le diese valimiento en la corte, que Almanzor trajese la guerra á Levante. Porque una cancion mia, en mal hora inspirada, es causa de la sangre vertida en Afrach! Y para justificar todo esto, hablábame de una venganza sagrada.... de una predestinacion horrible.... y hasta de un trono, que ofrecia compartir conmigo. Yo no podia, no queria persuadirme de que era un instrumento de sus planes y nada mas! ¡Tarde lo he sabido! Salió de Córdoba, casi con el mando supremo del ejército; porque á él se le consultaba todo y él se encargaba de las mas difíciles empresas. Desde aquel punto, ni un mensaje, ni un recuerdo!

«El mismo Almanzor me ha enviado un collar de granates y me ha pedido un canto á su victoria! Él ha devuelto mis cartas sin desliar el rollo de pergamino, ha recibido mis recuerdos despidiendo brutalmente al mensajero! Y yo, Kerima mia, apesar de todo, le amo mas que nunca: he venido con la hermana del Wacir, por verle, por oir sus desprecios, para seguirle á todas partes como,

una esclava, aunque haya de sufrir la muerte á sus manos! Quiero apurar todo el veneno!... No sé qué estraña relacion he hallado entre tu encuentro y mi amor; no sé lo que vas á decirme, y sin embargo; espero revelaciones terribles de tu labio! Nada me ocultes.

—Sí, los desgraciados nunca se engañan; y los poetas, decia mi madre, que tenian algo de adivinos. Oye la historia de Armengol: en el curso de ella verás cuan bien informada debo de estar.

En seguida Kerima refirió á Aixa todo lo que nuestros lectores saben: el rapto, el fratricidio, la asechanza del combate, la toma del castillo de Thascot, la cautividad de la princesa Riquilda.

Qué golpes tan redoblados para el corazon de Aixa! Habia sufrido con resignacion el desamor, el desprecio; pero los celos! los celos exasperaron su alma apasionada. Sus labios se crispaban, se torcia los brazos, se mesaba los cabellos, y al fin acabó por prorumpir en un amargo y abundoso llanto. Luego que se hubo sosegado algun tanto la tempestad de su pecho, Kerima aprovechó aquella escitacion para traerla á su objeto.

Es preciso, Aixa mia, obrar. Tú recobrarás el cariño de Armengol; pero hay que alejarle de Riquilda. Así que pierda toda esperanza, que se vea solo, proscripto, devorado por los remordimientos, y á su amada en poder de otro, volverá á tí los ojos, y se refugiará en tu infortunada pasion.

—No le conoces!

—Tambien debes abandonar la súplica y el lloro: muéstrate la altiva y fiera Aixa de tu niñez. Lucha con él, véncelo y se humillará y te amará rendido. Su espíritu inquieto y salvaje necesita la resistencia para enardecerse, desdeña lo fácil. Deja de ser la esclava para tomar el carácter de señora. Arranquemos á Riquilda de sus garras: abre así el combate contra él.

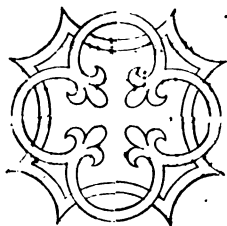
—Tus palabras responden á mi pensamiento: la empresa es grande; pero no importa: mas digna será de mí. Esa princesa, ¿dónde está?

—En el palacio del Wacir.

—Allí habito tambien.

— Entonces, he aquí mi plan, meditado por muchos dias, y cuya ejecucion se prepara en dos horas.

Tan bajo lo dijo Kerima, que con el susurro del viento entre los sauces y el monótono canto de las aves nocturnas, el cronista nada pudo oir de lo mas interesante de este relato ; concluido el cual, Aixa dió todas sus joyas á su hermana de leche y se despidieron, porque ya alboreaba, dándose mil abrazos y partiendo cada cual por opuesto lado.



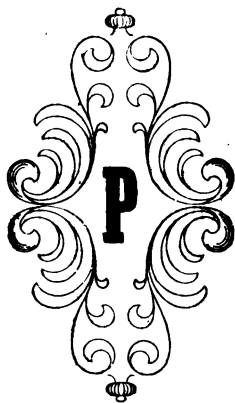
CAPITULO XIII.

LOS DISFRACES.

« Entrau dintre de la nau,
triareu d' ella. »

Quant fou dintre de la nau,
la nau feu vela.

Cancion antigua.



AULO fué introducido en los cenadores de un patio, esterados con juncos valencianos, entretrejidos y pintados; luego, en una alcoba donde habia un baño, en el cual por señas le dijeron que entrase: como el escudero no deseaba otra cosa, obedeció prontamente. A poco rato, un robusto mancebo le frotó sin piedad, le mandó salir, le dió fricciones con aceite oloroso en las coyunturas, y le trajeron una ropa de lana á usanza del pais, que se puso no sin torpeza. Una vieja le cortó parte de su cabello y le curó la herida de la cabeza, que estaba casi cicatrizándose, y conduciéndole de nuevo al patio, le sirvieron un gran pedazo de carne asada, frutas frescas, vino rico de la isla y hasta unos paste-litos iguales á los que Kerima solia regalarle en el castillejo morisco. Comió en silencio; pero con voracidad. Luego le guiaron á la

alcoba del baño, donde habia un mullido lecho, y le hicieron seña de que durmiese.

El escudero estaba absorto: en su estrecho cerebro no podia arreglarse tan impensada bienandanza, y menos recordando lo pasado. Estrechado por la muchedumbre y derribado por la herida que le dividia la frente, y que hubiera sido mortal á no ser por el casco, le habian hecho prisionero en la batalla. Hacinado con los demás soldados en un redil guardado por doble fila de infantería alarbe, al amanecer habian sido transportados á la flota cordobesa, amarrados como trailla de perros. En la bodega de una galera, donde solo se podia estar tendido, sin mas alimento que un puñado de harina de maíz y una racion de agua corrompida, hizo la navegacion. Así es que, decidido á dejarse morir, tuvieron que desembarcarle como á una fiera. Atormentado en el mercado por la fiebre, estaba postrado; y sin embargo, le ligaron los piés y le pusieron centinelas de vista; porque rompía los cordeles en sus accesos de furor, y provocaba á todos á que lo pasasen con sus lanzas. Y luego verse tratado á cuerpo de rey! Mejor que cuando era libre! Exajeramos: no pensó tantas cosas. Estaba comido, mejor diremos repleto, un tanto buenhumorado con el zumo de las viñas de Palma, los miembros pedian descanso y el lecho estaba provocándole; acostóse, pues, y como si cayera en un pozo, un segundo despues roncaba de un modo, que Homero le hubiera confundido con Héctor.

Kerima llegó, y despues de contemplar el honrado y franco semblante de su amado, encargó que no le despertasen, y ella misma tomó algun reposo para prepararse á los acontecimientos graves que debian sobrevenir, y en los cuales debia desempeñar el papel mas importante.

Pero la noche se acercaba: Kerima habia estado en el puerto con el traje de la vieja que habia asistido á Paulo, y este no despertaba. Llamáronle, pues, una y repetidas veces, y casi fué preciso para desaleargarle, deshacerle á puñadas el rostro, á pellizcos un brazo y sacarle arrastrando del lecho.

Vistióse, pues, y acudió á la presencia de la señora, segun orden que le habian dado. Kerima estaba vestida á la usanza mora, sentada en un tapiz y punteando un tafíete con hilo de plata. Lo mismo fué

verla Paulo, que le dió un brinco el corazón; y perdiendo su andar pesado, se acercó con ímpetu hácia ella: mas al verla en aquel traje y hablando en árabe con la vieja, se detuvo confundido en un mar de confusiones. Pasábase las manos por los ojos, bufaba, y al fin, no pudiéndose contener, exclamó:

— Por San Jorge, que si no sois Kerima, os pareceis á ella, como yo al hijo de mi madre.

Retozábale la risa en los labios á la mora; pero no queria descubrirse: á la vieja le dijo en árabe, para que se lo repitiese en provenzal.

«La señora no os comprende, y pregunta, que si estais mejor y en estado de cumplir las órdenes que tiene que daros.

— Decididamente que he cometido una barbaridad, dijo Paulo para sí. Como habia de estar aquí Kerima! Será que todas las moras se parezcan: además que esta no entiende una pizca de mi lengua, cuando aquella hablaba mas claro que un libro: procuremos mostrarnos agradecidos. — Decidle, añadió en voz alta, que me alegro de servir á dama tan hermosa, y que mande, que deseo pagar con usura el buen trato que me ha dado.

— Pues bien, oid atentamente las órdenes que voy á daros, y cumplidlas, como si fuera vuestra consigna en un dia de batalla: mirad que de vuestro comportamiento pende la felicidad de muchas personas que os interesan mucho.

— Veamos si puedo con tan espinosa comision.

— Cargad con este colchon de lana: pero llevándolo tendido sobre la espalda, cuello y cabeza, de modo que os cubra enteramente: marchad como si fuéseis agoviado por el peso. Luego me seguireis hasta la playa, sin alzar la vista, de manera que nadie pueda reconocerlos. Entrareis en la barca que os designe, y os tendereis boca abajo en el colchon, y allí permaneceréis hasta que llegue la señora. San Jorge será la contraseña. Si no hay novedad en toda la noche, al rayar el dia, saltad en tierra, y esperad nuevas órdenes.

Paulo, extrañado que para tan poca cosa le hubiesen hecho tantos preámbulos, se despidió de la que creia su ama, cargó con el colchon y salió tras de la vieja, sin poderse dar cuenta de lo que por él pasaba.

Kerima vistióse apresuradamente, y se dirigió al palacio del Wacir: por la parte de los jardines la esperaba una negra, que la introdujo en la habitación de Aixa.

— Ya estoy vestida, dijo esta al ver á su amiga.

— Aun es temprano.

— No sabes, Kerima mia, cuántos alientos me dá la venganza, y qué contenta estoy de ver que me vengo haciendo un bien.

— Pero no temes la cólera de tu amante?

— Lo que yo temia en el mundo era perder su cariño: lo demás no vale la pena de defenderlo.

— Tú le rendirás de nuevo: amor tan grande seduce.

Siguieron así departiendo las dos hermanas de leche hasta que cerró la noche completamente. Entonces Aixa dió á Kerima un manto igual al de sus esclavas y un puñado de adirnaes de oro, se cubrieron ambas, y atravesando patios y galerías, vinieron á parar á la habitación de Riquilda, que asomada á un altísimo ajimez, enviaba suspiros á la azulada taja del mar, que ceñía los últimos términos del horizonte.

— Despedid esas esclavas, le dijo en algarabía Aixa.

La princesa, sorprendida por aquella estraña visita, obedeció maquinalmente.

— Ahora, entremos en ese alhamí. — Corramos los tapices.

Ya en el interior, descubriéronse las dos amigas, y Kerima se echó á los piés de su señora, que la recibió en sus brazos.

— No perdamos tiempo, dijo Aixa, que una sorpresa puede hacer que se pierda todo. — Cambiemos de ropa.

— Pero decidme qué es lo de que se trata? Vuestra hermosura, señora, y el cariño que mi Kerima os dispensa me inspiran confianza...

No la dejaron concluir: en atropelladas palabras le esplicaron el atrevido plan que para libertarla habian fraguado, y en tanto la desnudaban y cambiaba de ropa con Aixa.

— Cubrios con el velo y tened valor: en saliendo de palacio, ya estais libre; nadie os detendrá, porque acostumbro á dar paseos solitarios por el mar: teneis hasta mi estatura. Alá os guie! Despedid las esclavas negras, luego que os alejéis de palacio.

Abrazó á Kerima la poetisa, y derramó algunas lágrimas. Riquilda estrechó con efusion sus manos, y la esclava y la princesa salieron, sin que nadie las detuviese, á la almudaina, y se dirigieron á las puertas de la ciudad.

Qué sentimiento tan inesplicable embargaba á las fugitivas! Por un lado, el placer rebosaba en sus corazones de verse juntas, solas, libres! Por otro, cada transeunte, cada sonido, cada sombra era para ellas un sobresalto! Hubieran querido poder correr con todas fuerzas!... Al fin salieron por la puerta del mar, y apartándose del muelle, se dirigieron á un atracadero de los de la derecha: tras de las rocas estaba una barca inmóvil en aquella tranquila ensenada. La oscuridad era no poca; mas Kerima guiaba, y bajaron por los peñascos como dos corzas: la esclava entró intrépidamente en el agua, y llegó hasta cerca del borde del esquife, que parecia abandonado: imprudentemente se iba á decidir á saltar, cuando se vió amenazada por el puñal de un gigante, que salió como el genio del mar del fondo de la barca. — San Jorge — dijo entre asustada y riéndose, y entonces Paulo, pues no era otro el patron, la levantó como una pluma, y la colocó en la popa.

— Id á la orilla y traed en brazos á mi amiga, que no debe mojar-se como yo. — Cuidaré del timon. — Y traedla con respeto, que puede mandaros ahorcar.

Paulo reconoció al momento á Kerima, luego que la oyó hablar en provenzal, y como que vaciló en obedecer; pero esta, no dándole tiempo á que pensase, porque era operacion muy larga en el escudero, le empujó para que cumpliese lo mandado.

Pocos momentos despues Riquilda estaba en la barca, y el escudero vogaba con toda su fuerza hácia una saetia, que aquella tarde habia salido, y que sin embargo, se mantenía al paio en la embocadura, como si esperase algo.

Dejémoslos abandonados á las olas, que boguen favorecidos por la marea que se retiraba, y vamos á trasladarnos al palacio del Wacir y á la habitacion que fué de Riquilda, y en donde hemos dejado á Aixa.

Esta se arregló con estremada gracia las ropas de la princesa, y despues de cubrir las luces con campanas de transparente ágata, se re-

costó en los almohadones del alhamí. Tomadas estas precauciones, pasaron dos horas mortales; al cabo de ellas, creyendo en salvo á su amiga y á la princesa, llamó á una de las esclavas que asistían á Riquilda; y fingiendo voz doliente, le mandó llamar á Armengol y que lo introdujese sin anuncio ni preparacion alguna.

Aun no era pasada una hora, cuando el Renegado solícito acudía, á este, para él, extraño llamamiento. La diestra Aixa habia hecho los preparativos necesarios á su recibimiento: tenia la venganza entre las manos, y como mujer y mujer celosa, queria saberla.

Penetró sin obstáculos Armengol en la primera cuadra, y no hallando á la Princesa, se entró en su alhamí ó alcoba. Todo era silencio en aquella voluptuosa mansion, y todo respiraba una sensualidad, que principió á embriagar al traidor fratricida. Grandes ramos de claveles rojos, encerrados en aureolas de geranio y de menta, exhalaban en los tibores de Oriente grato y punzante perfume: la luz de la lámpara estaba amortiguada entre las flores que la rodeaban, y los rayos nacarados de la luna, que penetraban por las celosías de la ensambladura del techo, mezclados con la luz artificial, daban á las labores estucadas, á los tapices y á los ramos un tinte fantástico, que realzaba el misterio hermoso del amor. Inmóvil el hijo de Guadimiro, aspiró por un momento tanta fragancia, y no viendo á la princesa, volvió los ojos al lecho, cuyos flotantes tapices estaban medio recorridos.

A la vista de aquel fogoso amante se ofreció uno de esos cuadros que solo Ticiano sabia pintar, y que tan bien describen los poetas paganos. Embargáronse sus sentidos, y apartó el cortinaje para contemplar el rostro dormido de aquella mujer á quien tanto amaba, y vió el encendido rostro de Aixa, animado por la cólera y los celos.

Un rugido de sorpresa se escapó del pecho de Armengol: al tiempo mismo se apartó del lecho.—Qué vienes á hacer aquí? Dónde está la princesa Riquilda? gritó al fin con la descompuesta ira que le era habitual.—Qué hay de comun entre la esclava impura y la altiva y honradísima castellana, limpia como las azucenas?

— Los celos y la venganza : lo que servia de lazo entre el renegado Armengol y Aixa la esclava del Hagib.

El fratricida empezó á comprender que allí pasaba algo extraordinario y terrible para él : nunca habia visto tan exaltada á la poetisa cordobesa : recobró, pues, su aplomo, y acercándose á ella, la dijo con tono mas dulce y queriendo reparar su anterior exabrupto.

— Me han llamado de parte de una escelsa prisionera, y me ha causado gran sorpresa veros aquí. — Al principio os he confundido con una de sus esclavas. — Decidme, ¿sabeis de la princesa Riquilda ? ¿está en el baño ?

— Es inútil que disimuleis, pues lo sé todo y todo lo sabe Riquilda. A mí me engañábais, y por el crimen queríais llegar hasta el amor de esa celestial criatura : pues bien, he roto la cadena de vuestras maldades ; Riquilda no tiene ya nada que temer del infame saltador, del fratricida, del renegado. — Venid, dijo saltando del lecho y llevando al ajimez á Armengol. — ¿Veis aquella saetia velera, que huye del puerto á todo trapo, como una gabiota del mar ? la veis ? Ya no es mas que un punto. Nadie puede alcanzarla con este viento. Pues aquella se lleva á vuestro tesoro, en ella va la hija del Conde de Barcelona, á quien yo he facilitado la fuga. No penseis en que la dareis caza, es el barco genovés mas famoso del Mediterráneo, ya le conocéis : y sabe el capitan á quien conduce, y cuánto peligraria si le cogiesen. — Dúdaís ? miradme bien : estas ropas que me cubren, ¿no las conocéis ? Son las de la princesa : hasta el libro de oraciones tengo en este bolsillo.... Hojeadle, si es que podeis comprender las preces que se dirigen á Dios por un alma pura.

— Pues bien, si todo lo sabes, si me conoces, si lo que dices es cierto, ¿no temes mi furor ?

— Lo desprecio : ¿no traes la gumia ? Toma mi puñal : hiere, un crimen mas. — Dudas, y por eso me amenazas : una palabra, y todo quedará para tí aclarado. Kerima era mi hermana de leche, y ayudada de Paulo, el escudero de tu hermano, del amante preferido, óyelo bien, que se hallaba aquí de esclavo, hemos libertado á la princesa. — Si hubieras venido al ponerse el sol, nos hubieras encontrado cambiando de traje.

— Y no sabes que era esa princesa la esclava del Hagib, y que

voy á hacerte aprisionar como al mas vil de los siervos, y hacerte morir entre los mas crueles tormentos?

—No: soy libre, vivo bajo la proteccion del Wacir, y luego que le refiera tus crímenes y el móvil de tu conducta, perdonará mi generosa accion. Para vencer, Almanzor, no necesita traidores; ni está tan dejado de la mano de Alá, qué haya de apelar á las maldades para prosperar.

Armengol, ante aquella energía, retrocedió en su perversidad y decayó su ánimo. Mas como tenia la ira de un condenado y la astucia de una serpiente, cambió de plan; y componiendo su semblante alterado por la cólera, se acercó á Aixa diciéndola:

—Perdóname, amada mia, los arrebatos de mi venganza. Para hacerte instrumento de una intriga horrible, te han supuesto que yo amaba á Riquilda, que mi venganza eran celos, que te engañaba, sirviéndome de tí como de escabel para mi grandeza. No, Aixa: con mujeres tan seductoras como tú, no se puede calcular, es preciso entregarles el corazon. En mi emponzoñado corazon solo tú has derramado la dulce ambrosía del cariño; sería muy ingrato engañándote. Amé á la princesa, tuve celos, mi labio no se profanará con la mentira; pero aquel amor pasó como las tormentas del otoño: el huracan las trae y el huracan las arrebató. Ahora solo deseo vengarme de mi patria, que me ha infamado; del Conde, que me persigue como á una fiera, porque puse los ojos en su hija; de mi padre, que me olvidó, porque no era hermoso; de la mujer que me despreció. ¿Me has oido, despierto como en sueños, hablar de otra cosa que de venganza? Las fuentes del bien se han secado en mi alma; me llaman Cain: pues como aquel hombre maldecido, repartiré el mal por la tierra, llevando ante mí la tea de la destruccion. Ahora que te he abierto mi corazon, compadéceme á lo menos. Si no merezco tu amor, no me niegues tu amistad. Déjame besar tu mano, y ganar con rendimiento lo que he perdido con mi injuriosa altanería.

Y arrodillándose en el cojin, tomó las torneadas y suavísimas manos de la mora, y empezó á cubrirlas de ardientes besos.

En verdad se ha dicho, que Aixa no estaba preparada para esta escena tan habilmente desempeñada. Su corazon lastimado por las

violentas sensaciones de que habia sido objeto desde las revelaciones de Kerima, cedió á este impulso tan extraño, y cayendo la esclava del Hagib sobre el sofá de seda, empezó á llorar con desconsuelo: era un vaso que se derramaba con el aumento de una sola gota de agua.

Una ligera sonrisa, breve como un relámpago, apareció en los labios de Armengol; era una mezcla incomprensible de orgullo y de desprecio.

Sentóse al lado de Aixa, pasó su brazo por la torneada cintura de la poetisa y le dijo con cariñoso acento:

—Me has perdonado?

—Te amo tanto!...

—Bien: es menester librarte de la cólera del Wacir, y yo mismo ponerme á salvo de sus sospechas. No nos perdonaria que hubiésemos dejado escapar tan rica presa. Despójate de esas vestiduras, pensemos un medio para que salgas sin ser vista y yo daré la voz de alarma.

Al decir estas palabras con febril agitacion, Armengol veia en los últimos confines del horizonte, perdiéndose en las nieblas, las velas del buque donde huia Riquilda.

—Nada puedo pensar, dijo la mora.

—Es menester dar caza á ese barco, y aunque sea en el mismo puerto de Barcelona, recobrar la presa.—Cúbrete con este manto que veo aquí.

—Es el de Kerima.

—Desgarremos este chal, y con él te arrojaré al jardin, de donde puedes salir fácilmente; porque no es extraño que estés en él á tales horas, pues lo tienes como pan cotidiano.

Así se hizo, y apenas tocó el suelo Aixa, cuando Armengol libre ya para desplegar sus sentimientos, salió enfurecido, tomó sus armas, reunió á sus aventureros, aprestó las naves, y antes de dos horas bogaba á todo remo y vela hácia Barcelona, llevando un infierno en el corazon.

CAPITULO XIV.

LAS PUELLAS DE SAN PEDRO.

Ferir, esterman, matan fins las criaturas,
mataulas sens pietat. Los anjelets al oel !

De las donas los plors quens' troven sens pietat,
com trovan sens pietat los camps la tempestat

V. BALACUER. — *Canto del Almogávar.*



1
I el ardor bélico de los barceloneses, ni la sed de venganza que inflamaba el pecho de Borrell y de Rogerio, ni el denodado esfuerzo de este caudillo, habían podido impedir que Almanzor asentase su campo en el hermoso llano de Barcelona : eran pocos, aunque valientes, los defensores de la ciudad cristiana, y en frente de ella se levantaba otra, donde bullían apiñados los guerreros muzlimes, como enjambres de langostas. No era una ciudad de altos y almenados muros la ciudad alarbe; pero anchas zanjás y fuertes trincheras defendían las ricas tiendas de seda y oro ; torres móviles flanqueaban sus ángulos y su curva línea, y escuadrones numerosos de tropa ligera protegían las obras

de fortificación y ataque, y arrasaban de tiempo en tiempo la florida campiña.

En vano los mas valientes caballeros habian intentado inquietar al enemigo á costa de su sangre, arrebatándole de noche las ventajas que ganaba de día; en vano el esforzado Rogerio, luchando con la furia de la desesperación, habia repetido sus asaltos al campamento, llevando el incendio y el desórden al centro mismo de los pabellones musulmanes; en vano llovian piedras y saetas desde las murallas de la ciudad sobre los destacamentos avanzados de campeadores y escaladores: una triste experiencia iba demostrando, que todos estos esfuerzos solo servian para debilitar los escasos medios de resistencia, cuando el momento se acercaba en que iban á ser mas necesarios.

Invadidos estaban los pueblecitos comarcanos, las torres y mansiones de recreo y los arrabales de la ciudad: desde las márgenes del Besós hasta el ameno sitio de Valldaura, y desde el pie de las montañas del Norte hasta cien pasos al mismo lado del monte Taber, no habia un palmo de terreno que no hubiesen invadido ó intentasen invadir las feroces hordas sarracenas. Los pasos del interior del país estaban tomados, las catapultas, las balistas y otras formidables máquinas de batir asestaban ya sus tiros dentro á las murallas y á los edificios.

Barcelona, sola con sus propios recursos, sin mas ayuda que la de sus valientes hijos, habia repetido inutilmente el toque de *so-metent* y encendido *alimares* ó fogatas en las altas torres del *Castrum-vetus* ó castillo antiguo: los feudatarios del Conde soberano parecían sordos al nunca desoido llamamiento de la patria amenazada. Y entre tanto, los templos y monasterios diseminados por la llanura, unos eran presa de la devastación, otros, los mas fuertes, abandonados ya por sus pacíficos moradores, servian de cuarteles á las tropas del Hagibí. Solamente quedaba libre la parte baja de la playa, aunque amenazada por las escuadras de Mallorca y Andalucía, y la gran barriada de San Beltran, protegida por el avanzado castillo del Puerto.

Los capitanes y caballeros, el Veguer y el Municipio celebraban frecuentes juntas en el salon del consejo del palacio condal, prove-

yendo con ardiente celo á las necesidades del momento; una de las mas importantes era socorrer á las esposas de Dios que situadas extramuros, á todas horas estaban amenazadas por la soldadesca lasciva, y que á duras penas podian sostenerse, defendidas por sus siervos y por la fortificacion de sus conventos. Las *Puellas* de San Pedro, por su fama de hermosas y por su posicion, casi en medio del campo enemigo, eran las que mayor peligro corrian.

En el silencio de la noche, solo interrumpido por las voces de alerta que daban los centinelas de las murallas, oyóse de pronto gran tumulto y gritos de alarma.

El ilustre Conde, que hacia ocho dias no se desnudaba el arnés de guerra, el príncipe Ramon, Guadimiro y su hijo se alzaron presurosos de los asientos que ocupaban en el consejo, y volaron á recorrer los muros, que creian asaltados por el enemigo.

La causa de esta alarma era un tropel de sarracenos, que ahullando como fieras hambrientas, se agolpaba sobre el monasterio de las Puellas: veíase su muchedumbre apiñada en varios círculos, donde rompía la oscuridad la siniestra luz de algunas antorchas.

—Oh! inmensa desventura! exclamó el anciano Conde, levantando al cielo sus crispados puños, al contemplar aquel tropel desde el adarve.—Y dirigiendo su voz á los enemigos, como desafiándoles gritó:—Cobardes! viles hijos de Satanás! Contra humildes doncellas ensayais vuestras fuerzas: en débiles mujeres, que solamente orar saben, descargais vuestra saña. Venid, si sois hombres, á luchar con los hombres, y dejad en paz á esas dulces palomas del Señor.

Pero la muchedumbre agitada de los sarracenos no podia escuchar estas palabras. Los caballeros que rodeaban al Conde sentían su noble indignacion; pues todas aquellas vírgenes consagradas á Dios pertenecían á las principales familias de la ciudad.

—Desde que asentaron su campo esos malditos enemigos de Dios, dijo Guadimiro, rondan ese santo asilo como lobos carnívoros. Debiéramos haber empleado todo nuestro esfuerzo para sacar de entre sus manos á las esposas de Jesucristo.

—Aun no es tarde, padre y señor, repuso Rogerio: si hay doce caballeros, que me sigan, yo desharé como si fuese niebla esa muchedumbre de condenados.

No doce, veinte, treinta guerreros se agruparon en torno del bravo joven, y gran multitud del pueblo armado se agolpó dispuesto á seguirle.

— Empresa temeraria, exclamó el Conde. Ireis y solo alcanzareis la palma del martirio, privando á la ciudad de su mejor apoyo. No veis? No veis aquel enjambre de fieras? No considerais que antes que hayais pasado las trincheras, será el convento un charco de sangre y un monton de ruinas? Ah! malditos de Dios! añadió, fija en el campo su ardorosa mirada. Que la cólera divina os confunda.

— Señor; insistió Rogerio, que solo ansiaba alcanzar una muerte gloriosa. Concededme la gracia que os imploro. Dejadme salir: acaso logre salvar á esas castas vírgenes del oprobio y de la muerte. No es honroso para nosotros estar viendo lo que pasa, y permanecer ociosos.

Borrell levantó la mano en señal de asentimiento, y pronunció como á su pesar estas palabras:

— Id; pero es en vano. Y vosotros, añadió dirigiéndose á otros muchos guerreros que acudían al rumor de la alarma, coronad toda esta parte de la muralla, para proteger la retirada de vuestros valientes compañeros. Yo estaré á vuestro lado, y saldré al campo, si fuere necesario, mi querido Rogerio: anda, hijo mio, y que Dios te ayude!

Sonaban en aquel momento hácia el monasterio terribles alaridos: Rogerio, seguido de un centenar de hombres, salió al campo con mucho silencio, y marchó rodeando, en busca de un punto flanco para penetrar en el campamento: la algazara de los muzlimes favorecía su intento; pero no era fácil empresa la de llegar hasta las puertas del asediado monasterio, sin atraerse antes multitud de enemigos.

Sin embargo, ¿de qué no es capaz un corazon animoso? Rogerio metió espuelas á su caballo, y aunque tomando un gran rodeo, logró encontrar un flanco de los menos guarnecidos, y entró en el campo moro seguido de su pequeña hueste. Los árabes apostados en aquel extremo no pudieron creer que un puñado de valientes acometiera tan grande hazaña; en el primer momento de su sorpre-

sa, huyeron desbandados, abandonaron sus armas, y alarmando á sus compañeros: todos imaginaban tener á sus espaldas un ejército, y unos á otros se atropellaban, difundiendo su propio terror entre cuantos encontraban.

Pero pronto resonaron por todo el campo los atambores y añafilas, oyéronse las voces de los gefes, que organizaban sus respectivas huestes, y el desórden momentáneo comenzó á convertirse en formidable apresto de defensa.

Rogerio, sin embargo, semejante al rayo, en nada se paraba: guiado por la luz de las antorchas, llegó hasta el pié de la fortificación del monasterio, y empezó á herir en los amontonados alarbes, que asombrados como los primeros, ni aun pensar podían en el reparo de la defensa.

— Ferid! Ferid! gritaba el arrogante campeón á sus valientes camaradas, arrollando la turba desorganizada de los muzlimes.

Pero muchos de estos volvían golpe por golpe y herida por herida; cuando un inmenso tumulto se vió salir por las puertas del monasterio, al mismo tiempo que aparecían rejizas y perezosas llamadas en sus ventanas. Huyendo del incendio, salían revueltos los bárbaros africanos con las desoladas vírgenes del Señor: unos las traían enlazadas con sus nervudos brazos, como juguetes en manos de discolos muchachos; otros mas feroces las degollaban y arrojaban sus cabezas con infernal furia y algazara.

Dos de ellas pudieron escaparse de sus verdugos y llegar hasta los piés de Rogerio, que ciego de generosa ira, solo á matar muzlimes atendía. Pero llamaron su atención los gritos de aquellas desventuradas que decían:

— Salvadnos! Salvadnos del cautiverio y de la vergüenza. Queremos antes la muerte!

Nuestro héroe redobló los furiosos golpes de su montante, abriendo plaza á las dos monjas, que no tardaron en ser socorridas por otros caballeros.

Era ya tiempo de retroceder: las mas terribles huestes de Almanzor, acaudilladas por su hijo Abd-el-Melic avanzaban en quintuple fila; y en breves instantes podían exterminar á los valientes de Barcelona. Las dos fugitivas mismas podían á gritos su retirada;

y Rogerio, viendo cuán inútiles eran ya sus esfuerzos, mandó á sus compañeros volver á la ciudad, quedándose el postrero de todos.

No habia sido tan grande el peligro del bizarro caballero á su entrada, como lo fué á su salida del campo moro: si antes le habia valido el arrojo, ahora necesitaba fuerzas y constancia para repeler á la multitud armada que, como rio salido de madre, avanzaba rugiente, y para abrirse camino entre el sinnúmero de sus enemigos. Larga, obstinada y penosa fué la lucha, en que sin duda alguna hubiera sucumbido el hijo de Guadimiro, á no ser por su padre, que seguido de buen golpe de gente, acudió á reforzar su pequeña banda y á proteger su entrada en la ciudad. Los árabes llegaron hasta la misma poterna, y algunos entraron peleando, mezclados con los cristianos; sus cabezas, segun la fiera de aquellas guerras de religion y raza, cayeron en el campo de Almanzor al amanecer del siguiente dia.

Pero volviendo al punto en que llevamos nuestra crónica: Rogerio y sus compañeros fueron recibidos en Barcelona con grandes aclamaciones de entusiasmo: cien antorchas levantadas en alto alumbraron su marcha hasta el cercano palacio de los condes, y entonces se apercibieron todos de una circunstancia horrorosa, en que nadie habia reparado todavía: las dos religiosas tenian mutiladas las narices.

El conde Borrell mandó al punto venir á sus médicos para curarlas, y entre tanto, exhalando su cólera contra los sarracenos, á quienes creyó autores de aquellas crueles heridas, dió ocasion á que una de las religiosas se esplicase en estos términos:

—La causa de este daño son ellos: los autores hemos sido nosotras mismas.

Un rumor de asombro se levantó entre la muchedumbre que llenaba la sala.

—Sí, continuó la monja: nosotras mismas y todas nuestras hermanas, sabedoras de que esos crueles enemigos de Dios y de su santa fé ardian en impuros deseos, y conociendo que no podíamos esperar socorro humano, concebimos el pensamiento de mutilarnos, para que lo horrible de nuestros rostros les contuviera y salvase nuestra pureza. Esperábamos que los bárbaros serian capaces de res-

petarnos al ver nuestro sacrificio; pero, ¡ah! Enfurecidos al encontrarse burlados, han dado la muerte á las mas de nuestras queridas hermanas, y se han llevado las restantes cautivas. Solo nosotras dos nos hemos salvado por la misericordia divina.

Cesó de hablar la monja, y todos los presentes permanecieron algunos instantes mudos de admiracion: apenas podian concebir tanto heroismo. Pero vueltos de su estupor, fué menester todo el respeto que les infundia la presencia del anciano Conde, para que no prorumpiesen á un tiempo en exclamaciones de ira.

Borrell mandó retirar las religiosas á un lugar conveniente, donde pudiesen recibir los ausilios del arte, que su situacion reclamaba; y haciendo despojar la sala, se quedó solo con cinco ó seis de sus mas adictos vasallos, entre ellos el conde Guadimiro y su hijo, y el obispo de Barcelona, que en aquellos tiempos era siempre el personaje mas indispensable en los consejos de la corte, así para la paz, como para la guerra.

— Ilustre prelado, amigos míos, dñjo: mucho os debo á todos; mucho tiene que agradeceros la ciudad: sabiduría en los consejos; valoren los combates. Sin embargo, esta noche acabo de convencerme de que, si mayores fuerzas no nos apoyan, solo alcanzaremos el triste honor de perecer todos bajo las ruinas de Barcelona. Dígalo nuestro novel conde, honra y prez de la caballería catalana, (y miró á Rogerio): todo su arrojo, que es mucho, no ha bastado á impedir el dasastre que deploramos, y milagro ha sido que haya vuelto con vida, y que no veamos á estas horas nuestras calles, nuestros templos y hogares invadidos por los infieles. Sin duda alguna, los pasos del llano están interceptados, pues de otro modo no se concibe como no han acudido ya todos nuestros feudatarios y vasallos de la Montaña: el número de los enemigos es grande, formidables son sus medios de ataque, y no pasarán quince dias sin que hayan hecho uso de todo su inmenso poder: veremos, sin poderlo impedir, arrasados uno á uno todos los arrabales, todos los fuertes y santuarios del campo, y despues nuestra ciudad querida. Es, pues, indispensable buscar socorros á toda costa, y para ello iré yo mismo á levantar el país y á caer de improviso con un ejército sobre el campamento enemigo.

—Pensais como prudente y valeroso, noble Conde, dijo el Obispo : yo, aunque no valga para tanto, me ofrezco á ocupar vuestro lugar dentro de estos muros amenazados.

—No será menester que vuestra sagrada persona se esponga á los riesgos de la guerra, contestó Guadimiro : si se me considera digno de ello, ocuparé ese puesto.

—No, vos debeis acompañar á vuestro soberano, repuso el Obispo : caballeros no faltan en Barcelona, que suplan con su ayuda mi poca experiencia en las cosas de la guerra : con ellos y con los valientes gremios de artesanos, se mantendrá firme la ciudad hasta que vengais á socorrerla. Pero antes debe pensarse en otra cosa : es menester que no puedan repetirse desgracias semejantes á la ocurrida esta noche en San Pedro de las Puellás : seríamos responsables todos ante Dios de la profanacion de sus templos, de los ultrages hechos á sus esposas, si no agotásemos nuestros recursos para evitarlos.

—Teneis razon, dijo el conde Borrell.

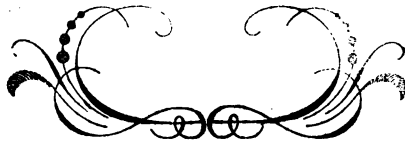
—Pues bien, continuó el Obispo : desde mañana, y antes que partais, aprovéchense los momentos á fin de trasladar á la ciudad, los monges de San Pablo y de Santa Madrona y las religiosas de la Virgen del Puerto, santas vírgenes que en medio de las rocas, y como ellas firmes, ven estrellarse las olas y las tempestades en los cimientos de su santo asilo, y ruegan á Dios por la salud de los navegantes : hay escuadras enemigas en el-mar ; ayer entraron bajeles mallorquines y viéronse al anochecer algunos leños rondar en torno de aquel nido de palomas. Es preciso impedir que caigan en las garras sanguinarias del gavilan maldito. La religion y la sangre os imponen este deber, noble Conde ; pues la venerable abadesa es vuestra prima.

—Señor, si es necesario y de algo vale mi ayuda.... comenzó á decir Rogerio, suspirando al recuerdo de su amada.

—Sí, mi valiente compañero, le dijo Borrell : esta santa empresa es nuestra : vendreis conmigo.

El dia siguiente se pasó en un continuo combate : irritados los moros por la hazaña de Rogerio y mas aun al ver caer las cabezas

de sus compañeros, habían jurado por Mahoma y por la Meca no dejar piedra sobre piedra en Barcelona: tres veces intentaron el asalto; pero otras tantas fueron rechazados con una perfidia proporcionada á su muchedumbre, y aprendieron á tener calma y paciencia, apesar de la Meca y de Mahoma.



CAPITULO XV.

UN FELIZ ENCUENTRO.

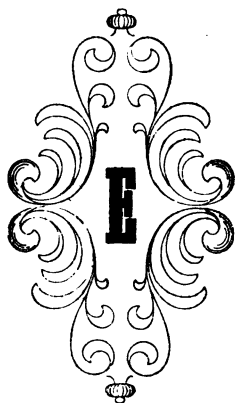
Com se farà que visca sens dolor,
tenint perdut lo bé que posseïa?

AUSSIAS MARCH.

— ¡Ahont aneu vos, el bon compte,
ahont aneu tan dematí?

— Vatz á veure la comptessa,
tant de temps que no'ns hem vist.

Romance popular.



L ardor canicular, dilatando los gases atmosféricos, saturados de sangre humana, permitió el desarrollo de la electricidad en las regiones superiores del aire: los vapores del mar subieron cual ejércitos de montañas, á suplir el vacío ocasionado por el calor; y estrechando el horizonte, acortaron las horas de aquel día de verano y apresuraron la venida de la noche. Agitada la superficie del mar por la fuerza atractiva de los flúidos, hizo perder á la atmósfera su equilibrio y desencadenó los vientos, que derrumbados, aumentaron á su vez la agitacion de las olas. Rugió la tempestad, y el rayo surcó las nubes á oriente y á occidente, como si en las alturas hubiese dos ejércitos en batalla, armados de la moderna artillería.

Los árabes se replegaron en sus tiendas: los cristianos en sus hogares y en sus templos: el cielo les imponía treguas.

Aunque rendidos por la fatiga de aquel día, los condes Borrell y Guadimiro consideraron la tempestad como un favor de Dios, y determinaron aprovecharlo: acompañados de cincuenta caballeros con sus correspondientes peones, salieron de la ciudad por la puerta de Poniente y se encaminaron al monasterio de San Pablo del Campo: no sin riesgo de ser asaltados por los ballesteros que guarnecían el muro exterior, se acercaron algunos caballeros y lograron darse á conocer por medio de señas. Habiendo estos entrado á comunicar la orden que llevaban para salvar á los monges y sus riquezas, continuó la comitiva su marcha hácia el barrio de San Beltran.

Había en aquel tiempo un lienzo de muralla fuerte y torreada que enlazaba la antigua ciudad con el puerto y su castillo, situado al pié de la montaña de Monjuich. Al abrigo de esta fortificación, el Conde y sus caballeros avanzaron seguros hasta el monasterio de Santa Madrona y despues hasta el de las monjas de la Virgen del Puerto: estaba este fundado sobre rocas, el mar le rodeaba, y por la parte de tierra, dos fuertes torres defendían su entrada que facilitaba un puente levadizo.

Rogero se adelantó al Conde y á su padre, y llevándose á los labios la corneta, que pendía de un cordón cruzado por su pecho, produjo un sonido agudo y otro grave; á cuya señal respondió un centinela de una de las torres, preguntándole su nombre; y asegurado de quien era y de que precedía al conde Borrell, llamó á su inmediato gefe, y este pasó por un camino cubierto á comunicar la novedad á la abadesa.

Transcurrió un cuarto de hora antes que se franquease la entrada del monasterio: bramaba entre tanto la tempestad, y el estruendo de las olas y de los truenos, y los mugidos lúgubres del viento eran á intervalos dominados por las armonías místicas del órgano y los cantares de las religiosas que elevaban sus preces al cielo.

Rechinaron por último las cadenas del puente, apareció formada en dos alas la guarnición del convento, avanzó el gefe á reconocer á los que llegaban, y el conde Borrell, acompañado de Guadimiro

y otros seis caballeros entró, dejando fuera á Rogerio con los demás, para hacer frente á cualquiera eventualidad que pudiera sobrevenir.

La abadesa, á la cabeza de su comunidad, salió á recibir al soberrano hasta las gradas del claustro, dióle á besar la cruz de su báculo, y le condujo al templo á dar gracias á Dios por su feliz llegada. Pasado un rato en oracion, el Conde se levantó y pidió á la superiora licencia para hablarla en otro lugar mas conveniente.

Las monjas se quedaron en el coro, y la abadesa llevó al Conde y su acompañamiento á la sala capitular donde le dijo:

—Tres dias hace, mi noble señor y primo, que anhele daros nuevas de esta humilde casa: la gran calamidad que el cielo nos ha enviado ha impedido que llegue hasta vos un mensaje mio.

—Sin duda, repuso el Conde, pensábais como yo en la necesidad de proveeros de un asilo mas seguro, para evitar que os sobrevenga una desgracia como la acaecida en las *Puellas*?

—Oh! No, señor: ignoramos aquí lo acaecido en las *Puellas*; y aunque preveo terribles desventuras, no por eso nos aflige el azote del Señor: aguardamos tranquilas la palma del martirio, si es que su Divina Magestad no nos envia este castigo en el descargo de nuestras culpas. Pero sea cual fuere el destino que Dios nos tenga reservado, he considerado deber mio evitar que corran igual peligro otras personas que aquí se albergaban, y esto es por lo que deseaba pasaros aviso.

—Esas personas, ¿pueden interesarme mas que las esposas de Jesucristo?

—No diré que os interesen mas, noble y cristiano señor; pero á mí me interesa mucho la salvacion de alguna de ellas; tanto como si se tratára de vuestra misma persona: tiene sangre vuestra y mia.

—Explicaos: ¿quién puede ser?

—¿No llorais la pérdida de alguna prenda querida, muy allegada á vuestro corazon?

—Ah! Sí, exclamó el Conde. Pero ¿quién, no mediando un milagro, me volverá ese dulce pedazo de mi alma? Riquilda! Hija mia! Los bárbaros ensangrentaron en ella sus impuras manos....

—Podrá ser lo que decís, señor, repuso la abadesa; pero yo os aseguro que Riquilda vive.

—Será cierto? Dónde está? Mostrádmela! prorumpió el anciano Conde levantándose y dirigiendo á todas partes sus ávidas miradas.—Riquilda!... Riquilda?

A una seña de la abadesa, se abrió una puerta, y la hermosa princesa vino corriendo á enlazar con sus tiernos brazos el cuello de su padre: conservaba todavía el traje de Aixa por no haber tenido otro con qué cambiarlo, de suerte que el Conde, preocupado con la idea de su muerte, y luchando todavía entre la duda y la esperanza, la separó un momento de sí para contemplar su rostro, y abierto su corazon á la alegre realidad, la abrazó exhalando un grito inarticulado de júbilo.

Pasados algunos instantes en que solo se oyeron suspiros y sollozos de contento, el Conde, sin soltar á su hija, cual si temiera verla desvanecerse como una aparicion prodigiosa, se volvió á Guadimiro y á los otros nobles, y les dijo:

—Estais aquí, amigos míos? Llegaos á mí, tocadme para convencerme de que no sueño.... Mirad, esta es mi hija: mi adorada Riquilda. La veis tambien vosotros? Ó es que me engaña mi deseo?

—Padre mio! exclamó la princesa. Y no permitiéndole su emocion decir mas palabras, se empinó sobre las puntas de sus pies y y cubrió de besos las tostadas mejillas del anciano.

—Sí, es ella: es mi hija! balbuceó el Conde con el rostro bañado en lágrimas. Y está hermosa, aun con este vestido de infiel..... Pero dime, consuelo mio, ¿quién te ha vuelto á la vida? Será que la Santísima Virgen, apiadada de mi dolor, te haya resucitado? Yo ví tu blanco velo manchado de sangre: yo he dirigido á tí mis preces creyéndote en el cielo.

—Ah! Señor, cuán bueno sois! exclamó la jóven, acariciando la blanca barba de su padre. La Virgen Maria me libró ciertamente de una suerte horrorosa. La terrible noche que fué asaltado el castillo de Thascot, yo me habia refugiado en la capilla implorando el amparo de nuestra Santa Madre, cuando los enemigos lo invadieron todo y estalló el incendio: los gritos de Kerima, que velaba á mi lado, me avisaron del peligro. Corrimos desalentadas, buscando una salida; pero no era posible hallar sino la muerte ó la deshonor, y preferí lo primero: dije á mi buena esclava que se salvase, y me

volví hácia la capilla, dispuesta á perecer bajo sus ruinas.

—Digna hija mia, murmuró el Conde.

—Pero en aquel momento, continuó Riquilda, un gran tropel de gente y ruido de armas, alaridos y ayes me detuvieron pasmada: cubríme con mi velo, único escudo que en aquel trance fiero me ofrecían mis temores, y al punto me sentí asida por un barbudo moro: mas no fué tan pronta su accion como la maza del bravo castellano de Thascot, que abriéndole la cabeza, le dejó tendido á mis piés y con mi velo aferrado entre las manos que al caer se llevó en ellas.

—De modo que aquella sangre no era la tuya, sino de aquel maldito moro! Ah! cómo engaña el corazon! Sigue, hija mia.

—Qué mas podré contaros? El valiente castellano cayó á su vez, victima de su heroica lealtad: yo perdí el conocimiento, y mas tarde me encontré con Kerima en el camarote de una galera.

Riquilda refirió á su padre todo lo que le habia pasado en su cautiverio, evitando afligir al conde Guadimiro con aquellos por menores que acusaban la conducta de su pérfido hijo; pero sin dejar de espresar su agradecimiento á la fiel esclava, y sus temores de que Armengol la hubiese venido persiguiendo hasta aquel santo asilo.

Luego que hubo concluido, la abadesa tomó la palabra y dijo:

—El noble conde Guadimiro no se resentirá, sin duda, si yo me espreso en algunos puntos con mas claridad que mi ilustre sobrina.

—Podeis hablar, señora, le contestó aquel; pues aunque soy padre y me afligen los estravíos de mi indigno hijo, soy el primero en acusarle como buen catalan y leal vasallo. Decid, decid; porque si debo llorar sus errores, debo tambien saberlos todos para prevenir sus consecuencias.

—Pues bien, sabed, ilustre primo, continuó la abadesa dirigiéndose al conde de Barcelona, que la ruina de Thascot, el cautiverio de vuestra hija y todos los males que llueven sobre Cataluña son obra de ese jóven desnaturalizado, que reniega de su Dios y de su sangre. Y hace dos noches, desde que llegó aquí nuestra sobrina Riquilda, no han cesado las tentativas para escalar las rocas sobre

que descansa esta santa casa. Gracias á Dios, por esa parte hay seguridad completa; pero mis siervos son pocos para defendernos, si el renegado intenta un ataque por el lado de tierra: él conoce las vias reservadas, y todo lo temo de sus iras; porque en el estado de su alma, presa de las furias infernales, se daría por satisfecho con solo poder entregar á la voracidad de las llamas el albergue donde mora Riquilda. Por esto era tan grande mi ansia de comunicaros su venida, y la necesidad de trasladarla á vuestro palacio.

— No solo á ella, sino á vos y á todas vuestras religiosas, deseo ponerlos al abrigo de toda ofensa; y para esto he venido, replicó el Conde.

— Ah! señor, repuso la abadesa; reconozco vuestra noble y generosa intencion; pero no puede ser lo que deseais: nosotras no debemos abandonar por ningun temor mundano esta casa, donde hemos consagrado á Dios nuestra vida; aquí adoramos al divino esposo que ha elegido nuestra alma, y aquí debemos morir. ¿Qué nos importa el como, ni la mayor ó menor distancia del plazo en que hemos de pagar una deuda irredimible? Al pronunciar nuestros votos, ya se nos cubrió con el sudario y se nos mostró el ataúd. Cometeríamos un gran pecado, si quebrantásemos nuestra clausura por conservar un dia mas esta frágil capa de barro, que impide á nuestras almas volar al seno del Esposo.

— Permitidme deciros prima mia, respondió el Conde; que exagerais vuestros deberes: no es uno de los menos santos el que tenemos de conservar la vida, aunque solo sea como una carga impuesta por Dios. Además, la voluntad del Eterno, manifestada por boca de sus ministros, debe ser acatada y obedecida: el venerable obispo de Barcelona os manda dejar temporalmente este asilo, y yo os suplico que así lo hagais: os lo pido por el inmenso favor que acabais de dispensarme.

— Sí, querida tia, dijo Riquilda: haced este sacrificio á la necesidad. Mi enemigo es terrible: ignorante de mi salida de este convento, continuará dirigiendo contra él sus asechanzas, y yo sería responsable de los males que os puedan suceder. Os debo proteccion y amparo; y si no viniéseis conmigo, yo no saldría de aquí, resignándome á perecer á vuestro lado.

La abadesa guardaba silencio: como la paloma, á quien la persecucion de las aves carnívoras obliga á dejar su nido, miraba con dolor en torno suyo y suspiraba. Mas por último, los ruegos del Conde y de su hija, y sobre todo la orden del obispo, hicieron impresion en su ánimo, y la indujeron á esclamar cruzando las manos y alzando los ojos al cielo:

—Cúmplase la voluntad de Dios!

Pero, añadió en seguida, como si buscara una excusa.

—Quién puede penetrar sus altos designios? Acaso dentro de los muros de Barcelona nos aguarda mas segura la palma del martirio.

—Barcelona tiene recursos para resistir muchos dias, dijo el conde Borrell, y entre tanto, yo acudiré á socorrerla con los fieros hijos de la Montaña. Seguid, prima, las inspiraciones de vuestro venerable prelado: en la ciudad, mientras sus valientes defensores resisten con el hierro los ataques del enemigo, los sacerdotes y las vírgenes del Señor, reunidos en los templos, llevarán compactos sus preces al Altísimo: de este modo tendré mas fé y confianza en mi empresa; porque sabré que Dios me ayuda por la intercesion de sus siervos.

—Sea como lo quereis, dijo la abadesa.

—Pero, añadió Riquilda: qué es lo que oí? Pensais abandonar-nos, padre mio?

El Conde, por toda respuesta, acarició á su hija suspirando.

—No es abandonaros, noble princesa, dijo Guadimiro; es pensar en vuestra salud y en la de Barcelona: —y debo recordaros, señor, continuó dirigiéndose á Borrell, que la noche avanza, la tempestad que tanto nos ha favorecido, va ya pasando, y si nos detenemos mucho tiempo, perderemos la ocasion de ganar la Montaña antes que venga el dia.

—Vuestra observacion es cuerda, conde amigo. No debemos detenernos. Pero, cómo hacerlo? Es imposible que las madres se trasladen durante las pocas horas que quedan de noche.

—No teneis confianza en mi hijo?

—Completa: Rogerio es mi mejor capitan.

—Pues bien, señor, él podrá quedarse aquí para proteger la tras-

acion de las madres, y aunque no sea el mejor capitán de vuestro condado, estoy seguro de que dará feliz cima á su empresa.

Guadimiro pronunció estas últimas palabras, apoyándolas con una mirada de indefinible gozo dirigida á la princesa Riquilda, que permanecía con los ojos bajos y las mejillas encendidas de casto rubor.

Aceptada la proposición por el conde Borrell, no hubo en que pensar sino en la marcha azarosa á la Montaña. Diéronse las órdenes oportunas para que Rogerio con veinte caballeros y cincuenta peones se alojase en las torres del convento, instruyéndole de lo que tenía que hacer; y siendo ya pasada la media noche, fué preciso apresurar la partida de los expedicionarios.

¿Cómo pintar la escena que se representó en este momento? Riquilda enlazó de nuevo los brazos al cuello de su padre, y con el rostro bañado en lágrimas le dijo entre sollozos.

—Qué triste fatalidad preside á nuestro destino, padre mío! Tras una larga y penosa ausencia, tras las duras calamidades y aflicciones del cautiverio, llego á tocar la dicha de abrazaros, y otra vez el genio de la guerra se levanta inexorable entre nuestros amantes pechos! Otra vez me separa de vos la suerte, avara de mi ventura, y acaso para siempre! Sin duda, una constelación adversa dominaba en el cielo el día que yo nací; pues nunca logro alcanzar felicidad completa. Quedaos, padre de mi vida: no vayais á esa expedición tan arriesgada. ¿No puede, acaso, ir por vos cualquier caballero? No bastará una orden convocatoria, firmada de vuestra mano, para que todo el condado se levante? No tienen todos obligación de seguir vuestra bandera en cuanto la vean desplegada? Pues para que esponder, padre y señor, vuestros preciosos días al trance fatal de una emboscada ó de un encuentro?

—Dime, Riquilda, respondió el Conde con dulce severidad: ¿Sabes quién soy yo? Soy el jefe de esta tierra, el padre del pueblo, el pastor de mi ganado: si en un rebaño entran lobos, y el pastor se amedrenta y esconde, ¿que harán los zagales? Huirán también, dejando que las fieras devoren el rebaño. Mi pueblo, mi valiente pueblo está amedrentado; sus caudillos no responden á mis voces: necesito yo mismo ir á despertarlos, y que me vean. Así, lo que no

puede hacer el valor, lo hará la vergüenza y el respeto. No me detengas, hija; que tus palabras y tus lágrimas, pudieran parecer indignas de quien tiene sangre mia. Si yo sueumbo, tus hermanos me vengarán, y tu debes mostrarte fuerte para alentar sus bríos. Adios! Pronto nos volveremos á ver.

Diciendo así, el anciano conde se desprendió de la dulce presion que le detenía; y estampando un ósculo de ternura paternal en la frente de su hija, la apartó de sí blandamente.

La abadesa acudió á sostenerla, y el Conde con sus compañeros salió precipitadamente de la sala. Una hora después, la columna espedicionaria, dividida en tres grupos, enfilaba las gargantas de Martorell, caminando por una senda de pastores. Iban delante y á la desfilada veinte y cinco exploradores á caballo y á pié, muy esparcidos para reconocer el terreno á dos millas á la redonda, y trepando por breñas y vericuetos: seguía el Conde á la cabeza de su comitiva de nobles caballeros, armados de fuertes lorigas, lanzas forradas de hierro, montantes y mazas, y cerraba la marcha una escolta de escuderos bien armados, aunque montados en mulas, y de ballesteros y honderos á pié.

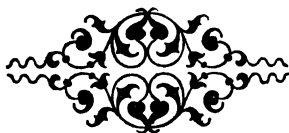
Ningun incidente notable sobrevino á la espedicion en toda la noche: al rayar el alba, trepaba el conde Borrell la cumbre de la última montaña que dominaba el llano, y se volvió para mirar á Barcelona, que comenzaba á delinearse confusamente entre los vapores de la noche y el primer albor de la mañana: las exhalaciones humanas del campamento moro parecían cubrirla como un crespon fúnebre.

Penetraban los exploradores en un espeso bosque plantado en la ladera de la montaña, peligrosa en aquel parage por los derrumbaderos que á la derecha mano habia y por ofrecer buen asilo en sus alturas á espías y celadas: un grito de alarma sonó en la primera avanzada, y los demás campeadores se concentraron rápidamente mirando á todas partes con cuidado; pero solo vieron á favor del crepúsculo un bulto informe, que se precipitaba como si rodase por entre las breñas de la pendiente: diez ó doce azagallas partieron silbando contra él, y al punto resonó en el valle el ahullido de un lobo.

La comitiva siguió adelante, convencida de haber sido un animal de aquella especie quien habia producido la momentánea alarma. Pero cuando, una hora mas tarde, caminaba el Conde con su gente de guerra por una senda escueta, hubiera podido verse á un hombre vestido de pieles sin curtir y de velludo rostro, que les observaba desde la cresta de una roca, el cual murmuraba entre dientes produciendo una especie de gruñido sordo :

—De buena has escapado, Lobo: menester es que el señor Armengol te recompense bien lo que has visto... El Conde va á la Montaña... Lobo, tú al llano.

Y saltando peñascos, tomó el camino de Barcelona.

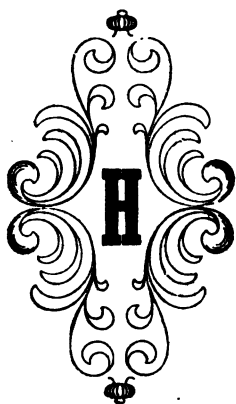


CAPITULO XVI.

EL PRIMER BESO.

Al cap de los set anys
treu lo cap en reixeta,
la veu nn passatger,
que s'ha enamorat d'ella.

Balada antigua.



ABIA recibido Rogerio licencia de la abadesa para entregarse al descanso hasta al siguiente dia, y como las fatigas anteriores habian quebrantado mucho sus fuerzas, era ya muy entrada la mañana cuando le despertaron las voces de dos hombres que disputaban en la puerta de su aposento, y oyó que decia el uno:

— No entrarás, don bellaco: primero me dejaré descabezar, que consentir que nadie, y menos tú, me usurpe mi puesto.

— Ese puesto es mio, desde antes que te nacieran las barbas, don belitre, respondió el otro: y por vida de S. Jorge, que si no te apartas á un lado, te haré gigote.

— Prueba si puedes, que á mí no me asustan los camellos como tú.

—Magin, fuera cuestiones, y no me apures la paciencia. Que quieras ó que nó, yo he sido, soy y seré el escudero de mi señor; y tú no eres, ni puedes ser mas que mi suplente.

—Quien va á Sevilla, pierde su silla, le replicó Magin.

—Pues deja, que te arrojaré por esta ventana, y veremos á donde vas con tus huesos.

A las palabras hubo de acompañar la acción, pues Rogerio percibió el ruido de la brega que entre sí traían los dos contendientes; y saltando del lecho, salió á fuera, y vió á su nuevo escudero Magin paseado en alto, haciendo la figura de un alano ensartado en las astas de un toro, y luchando en vano por desprenderse de los membrudos brazos de un gigante, que vestía el burdo sayo de los esclavos.

A pesar de este trage, al punto le reconoció, y dando un grito, le dijo:

—Paulo! Por San Jorge! Qué haces?

Paulo, pues no era otro el gigante, se quedó inmóvil, y bajando á Magin con mucho cuidado, lo puso en el suelo.

—No hago nada, señor, respondió frotándose las manos de alegría y yendo hácia Rogerio: no es mas, sino que ese monigote me estorbaba veros, para deciros que aquí estamos todos.

—Monigote yo! exclamó Magin, revolviéndose y echando mano á la daga.

—Basta, y haya paz, dijo Rogerio: entra, Paulo, y cuéntame donde has estado, y de donde sales.

Paulo entró siguiendo á su amo y rascándose la mollera, sin duda para componer su discurso; pues habiéndole aquel hecho dos preguntas á un tiempo, encontrábase harto perplejo para responder.

—Señor, dijo por último: vengo de la Morería.

—Ya lo supongo, pues te veo en ese trage, y presumo que caíste cautivo cuando te separaste de mí.

—Eso mismo, señor: pues, sino; ¿cómo había de haberme separado, para que ahora venga un mequetrefe, que no sirve para descalzarme, á disputarme mis derechos?

—Bien, dejemos ya eso: Magin ha cumplido con su obligación.

Dime, ¿dónde has estado, y cómo es que te encuentro aquí?

— Señor, me llevaron á las islas: Kerima me compró, me mandó guardar una barca, y luego vino ella con la princesa Riquilda: los moros me habian enseñado á hogar al remo; cosa que hasta entonces no habia yo creído que pudiera servirme para maldita la cosa, y que no aprendí, la verdad sea dicho, sino á fuerza de latigazos... Pero al cabo, como dice el refran, la letra con sangre entra, y...

— Y acabarás con mil santos! gritó el impaciente Rogerio, á quien los nombres de Kerima y Riquilda que oia pronunciar por primera vez desde hacia mucho tiempo, como tratándose de personas vivas, habian puesto sobre áscuas.— Deja, si puedes, tus eternos rodeos, y dime á qué vienen esos cuentos de la princesa y de su esclava.

— Pues no lo he dicho ya? repuso Paulo abriendo mucho los ojos. La princesa y Kerima y un servidor de vuestra señoría estamos aquí todos con salud, para lo que gustéis mandar.

— Hombre de estuco, espícate claramente y no te burles de mí, si no quieres que te abra el cráneo para ver si tienes los sesos de hormigon. ¿Dices que aquí está la princesa? Tú la has visto?

— Vaya, señor, que os habeis vuelto mas incrédulo que un pagano, replicó Paulo mostrándose de mal humor. Pardiez! Y perdonad que me esceda. Yo creia que me daríais albricias por estas nuevas, y ahora me encuentro con que... Pero, cómo ha de ser? Yo soy un bárbaro, y nadie tiene la culpa?

— Pero en fin, dijo Rogerio bajando el tono ¿es cierto eso que me cuentas?

— No lo ha de ser, señor? Lo sabré yo, que he pasado el golfo bogando... y no así como quiera, sino á todo trapo? Ya se vé; mi señora la princesa no las tenia todas consigo de que no la atrapase otra vez vuestro hermano el renegado, y yo apretaba los puños hasta reventar. En fin, señor: ya pasó la mala hora, y Kerima me ha mandado deciros, que si quereis ver á su señora, esteis á la hora de tercia junto á la puerta del claustro. Las monjas andan muy ocupadas, haciendo sus cofres, y si os vieren, podeis decir que habeis entrado á recibir órdenes de la princesa.

—Estoy soñando, Dios mio! exclamó Rogerio. Es verdad que Riquilda vive?

—Qué si vive? Y está mas hermosa que una flor, y enamorada como una tórtola.

—Ten la lengua, villano! Quién te da atrevimiento para hablar así de la hija del conde de Barcelona?

Paulo se encogió de hombros, haciendo con los labios una mueca grotesca, y murmuró:

—Vah, señor! yo lo digo, porque me intereso por vos. Si la hubiérais oído, como yo, la noche que atracamos al pié de estas rocas... Pero nada: chiton! Quién me manda á mí saber esas cosas?

—No, habla, Paulo: ya no te riño. Dí, ¿qué has oído? Qué hablaba la princesa?

—Yo señor no lo sabré repetir. Decia unas cosas tan bien dichas!... Kerima sabe de eso mas que yo. Las dos estaban solas bajo cubierta, y hablaban de vos: la princesa lloraba...

—Lloraba!...

—Sí, señor; pero así, de una manera que da gusto. Algo daria yo por ver llorar á la otra; pero aquella es dura como un roble.

—Lloraba! y qué decia? Es posible que de nada te acuerdes?

—Jeh!... profirió Paulo riendo con toda la boca abierta. Decia... que era muy desgraciada, y echaba la culpa á Kerima por haberla contado no sé que cosas de vuestra señoría... y que fuera feliz, si no hubiese nacido princesa... y luego estuvo hablando de las flores que encontró yo no sé cuando en su ventana, y de la cueva donde se guareció de la lluvia yendo camino á Thascot, y del valor heroico de cierto caballero que yo me sé, y de que el tal caballero merecia cual ninguno una corona de conde... Por fin, señor, dijo tanto, que yo no tengo cabeza para acordarme; pero... jeh!.. ya entendí bien lo que todo ello significaba.

—Toma, Paulo esta daga, en premio de las nuevas que me has dado, le contestó Rogerio, quitándose del cinto la que llevaba, cuya empuñadura era de oro, y estaba guarnecida de diamantes y turquesas. —Guárdala en memoria mia, y no la saques de la vaina, sino cuando estés seguro de honrarla.

— Oh! Buena pieza es, por Dios! exclamó el escudero, mirando la daga con asombro, como si le pareciese mentira que su amo se la regalaba. — Y la hoja no es mala para matar moros... Descuidad, señor: yo daré buena cuenta de ella.

Rogero aguardó la hora de la cita con una impaciencia indescriptible: á pesar de cuanto le habia dicho Paulo, dudaba todavía de la realidad; pues si era cierto que Riquilda existia y que se hallaba en aquel monasterio, ¿cómo no se lo habia dicho, ni el Conde, ni su padre? Pero esto se explicaba facilmente: la urgencia de la expedicion, y la ninguna necesidad de darle á él cuenta de esta circunstancia, estando Riquilda al cuidado de la Abadesa, justificaba el silencio acerca de ella.

Diez veces consultó nuestro héroe el cuadrante solar, trazado en el ángulo meridional de la torre opuesta á la en que él se hallaba, y cuando vió la sombra de la aguja cerca de la hora indicada, bajó presuroso á la galería cubierta que daba paso hasta el claustro, y comenzó á pasearse delante de la puerta que encontró cerrada. Nuevas dudas le asaltaron, pareciéndole mas incierta la relacion de Paulo, á medida que avanzaba el tiempo: así que su alegría y su sorpresa tuvieron todo el placer de lo inesperado, cuando oyó de pronto abrir una ventana en que no habia reparado á causa de la oscuridad del sitio, y vió entrar la luz á través de los barrotes de una alta reja, situada en un costado de la galería: detrás de los lieros aparecieron las dos típicas figuras de Riquilda y Kerima, dulce y tímida la una, con su nacarado rostro matizado de casto rubor; atrevida y emprendedora la otra, destellando fuego de sus ojos negros y de su moreno cutis.

El trage de mora que las dos vestian dejó indeciso un momento á Rogero; mas, como la sola presencia de Kerima era bastante á disipar sus dudas, lanzóse hácia la reja con el ardiente anhelo que presta el amor, y con el aturdimiento del que se siente fascinado por una ilusion prodigiosa. Era, en efecto, un espectáculo mágico el de aquellas dos bellas criaturas, adornadas con el atavío árabe, y colocadas en un cuadro de piedra, en el que aparecian esculpidos los atributos de la religion cristiana: el fondo de luz donde se dibujaban sus agraciadas figuras, las comunicaba un tinte ideal y maravi-

lloso, que no podia menos de influir poderosamente en el ánimo apasionado del jóven guerrero.

— Acercaos, noble caballero, dijo Kerima, llamándole con la mano, mientras sostenia á su señora abrazándole la cintura. Os he avisado para advertiros que, aunque moras, no somos enemigas vuestras; pues como habeis de ser una vez mas el gefe de nuestra escolta, hubiera sido peligroso entregarnos sin prevencion á un matamoros como vos.

— Gracias, Kerima, por tu prevision, respondió Rogerio. Sin embargo, demasiado sabes que yo no puedo dar muerte á quien me dá la vida.

Kerima hizo un saludo travieso, y dejando á Riquilda arrimada á la reja, se retiró hácia el fondo de aquella especie de locutorio.

Rogerio aprovechó la ocasion, no como los libertinos que sujetan el amor y sus lances á cálculo positivo, sino con ese arrojo impremeditado y muchas veces funesto de los corazones que realmente aman.

— Os veo, hermosa señora, dijo acercándose mas á la reja, y no acabo de creer que el cielo me conceda tanta dicha.

— Creíais, Rogerio, lo mismo que mi padre, que yo era muerta?

— Lo he creído tan de veras, que vivo de milagro; pues nunca hombre alguno se arrojó como yo á los azares de la guerra, desde que os juzgué perdida para el mundo. Qué me importaba ya la vida? Mi alma buscaba con anhelo el camino de la eternidad.

— Y encontraba, sin duda, el de la gloria, repuso Riquilda, cuyos ojos animados de admiracion se fijaban impensadamente en la faz varonil de Rogerio, tostada por el sol de las batallas.

— Oh! No lo sé; nunca pensé en ello, señora mia: el pueblo me coronaba con sus aplausos; vuestro buen padre me honraba con sus elogios, con su amistad y con el título de conde; pero yo, sin ser ingrato, era insensible á tantos favores.

— No sabeis cuan feliz me hacen vuestras palabras: mi padre os ama y os distingue entre sus caballeros: nada es mas justo, y Dios ha escuchado mis votos.

— Riquilda, murmuró el jóven rozando con sus ardientes labios los hierros de la reja: lo que no han podido las lanzas enemigas,

lo harán vuestras dulces palabras: me matarán, me matarán de alegría. ¿He podido yo merecer vuestros recuerdos en medio de vuestras penalidades?

— En vano querría disimular mis sentimientos, Rogerio. Los sabe ya todo el mundo; no parece sino que los llevo escritos en mi frente: quien me vé y os conoce, al punto adivina lo que pienso.

Rogerio, ébrio de felicidad, tomó la mano que Riquilda tenía apoyada en la reja, y la estrechó entre las suyas con ardor febril: las palabras de los dos amantes fueron, por espacio de algun tiempo, intraducibles en ningun idioma hablado; porque eran semejantes al arrullo de la paloma y á los suspiros del leon en celo: el mundo habia desaparecido ante sus ojos, y sin premeditacion, sin que se revelase al instinto de la carne, sus labios se juntaron.

En aquel instante se acercó á ellos Kerima, y dijo en alta voz:

— Conque ya sabeis, caballero: dispondreis una hacanea para mi señora y otra para mí, si no hay litera.

Los dos amantes volvieron á la materialidad de la vida, y separándose, vió Rogerio en la puerta interior el severo busto de la abadesa.

— Lo mejor sería litera, continuó la esclava, ya que mi señora no puede llevar el traje correspondiente á su condicion; pero si no la hubiere, no importa, puesto que decís que saldremos de noche.

— Vuestros deseos, noble señora, serán obedecidos, dijo Rogerio. Ved si teneis algo mas que mandar á vuestro humilde servidor.

— Nada mas, repuso Riquilda turbada. Que os guarde Dios.

— Él os bendiga.

Los dos amantes se retiraron cada cual por su lado, dejando sellado un pacto de eterna alianza.

Llegada la noche, todo estuvo dispuesto para la traslacion de la comunidad á Barcelona. Rogerio envió exploradores á reconocer el trecho de campo que era necesario atravesar, y á prevenir á los vigilantes de la puerta de Poniente, para que no hubiese detencion ninguna á su entrada: se habia provisto de algunas literas y palanquines, contruidos con bancos, mesas y otras maderas usadas del convento, mostrando en todo un celo que acabó por ganarle la voluntad de la abadesa.

Esta reunió á las religiosas en la iglesia cuando llegó el momento de partir, oró con ellas un rato y les dirigió una corta plática que no pudo concluir, pues la fuerza del sentimiento ahogó la voz en su garganta: las monjas prorumpieron en sollozos, como si marcháran á la cautividad ó al destierro. Abrazaban y besaban los altares, despedíanse de las imágenes de santos como de unas compañeras queridas, y antes de resignarse á dejar, acaso para siempre, aquel refugio de la paz de su alma, volvian á visitar sus celdas, y contemplaban sus desnudas paredes, como el proscrito las últimas montañas de su patria.

Era en aquel tiempo la religion mas que un deber de conciencia; era un sentimiento, una parte integrante del alma, y tal vez el alma entera, para los que á ella se consagraban con fé ardiente.

La invasion de los sarracenos, que mas tarde contribuyó á debilitar aquel ardor, lo habia fortificado en el principio á impulsos del amor de la independencia y de la patria: y así, en aquellos dias de prueba, parecian reproducirse en España los siglos de los mártires con todos sus portentos de abnegacion y heroismo.

Fué menester que Rogerio, en fuerza de los deberes que sobre sí tenia, recordase á la Abadesa y á las demás religiosas los peligros que estaba obligado á conjurar, para arrancarlas de sus lamentaciones y decidir las á partir. Paulo, que no se apartaba de su amo, tuvo que retirarse en un rincon limpiándose las lágrimas con el revés de la mano, y diciendo para su sayo:

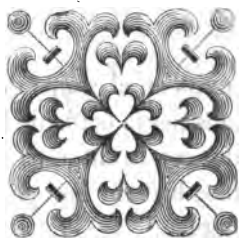
—Peor es ver esto, que treinta mil moros en campaña.

La noche habia cerrado lóbrega y procelosa: como suele acontecer, la naturaleza, á la manera de un enfermo de fiebre, sufria una repeticion del acceso que la turbara la noche antes. A favor de las tinieblas y de los zumbidos del viento y el estruendo de las olas, emprendió la caravana su marcha silenciosa hácia la ciudad. Iban las monjas en fila, cubiertas con sus velos, unas conducidas en literas, otras las mas jóvenes, á pié, y detrás de todas la abadesa con Riquilda y su esclava. Los caballeros y hombres de armas, asistido cada uno por seis ballesteros además de sus escuderos marchaban á los lados: los siervos del monasterio armados seguian detrás de todos, y Rogerio, sin reservarse ningun lugar fijo, iba

y venia de la vanguárdia, al centro y á retáguardia, campeando á veces gran trecho para observar cualquier bulto sospechoso y examinar hasta las plantas que se movian agitadas por el viento.

Así llegaron hasta la puerta de la ciudad, que les fué abierta; y pocos momentos despues recibia Riquilda los abrazos de su familia, y las monjas quedaban aposentadas en otro edificio mas seguro, donde no tardaron en conocer la oportunidad de esta medida; pues antes de que amaneciese, el monasterio del Puerto, asaltado por una turba frenética, era presa de un incendio devorador.

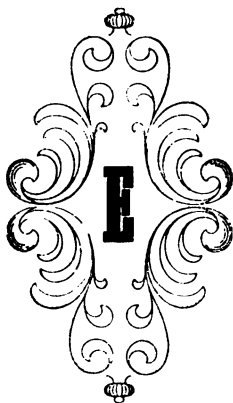
El que movia la máquina de aquella gente bárbara, no encontrando allí lo que sin duda buscaba, satisfacía de aquel modo las furias de su despecho.



CAPITULO XVII.

LA EMBOSCADA.

— Passatger, bon passatger,
¿á Fransa qu'es diu de mí?
— á Paris y á Fransa deyan ;
• Nostre rey es mort ó pris. •
Romance popular.



NTREMOS en el campo de Almanzor, pues protegidos por la égida de la imaginacion y alumbrados con la antorcha de la Historia, bien podremos hacerlo sin peligro de tener un mal encuentro.

Dejemos á un lado el vasto cuadrilongo, formado por las triples hileras de tiendas que ocupan la guardia noble, la guardia negra y los esclavos, en cuyo centro se levanta aislado el pabellon de Hagib, grande como un alcázar, magnífico y brillante como un serrallo.

Sobre él ondea el estandarte verde, entre cuyos pliegues centellea el oro que lo borda, trazando en caracteres arábigos una larga inscripcion, que es á la vez un símbolo de la fé mahometana y un grito de guerra, y dice así:

Le Alah ileh Alah!
Mohammed rasul Alah!
Le galib ileh Alah! ()*

Siguiendo hácia la playa, entraremos en el ala derecha del campamento, que se apoya en la flota bloqueadora, y cuyo mando está á cargo de Cain el renegado.

Vedle allí paseándose delante de su tienda, ceñudo el pálido rostro, sombría y recelosa la mirada, incierto y desigual el paso. De vez en cuando levanta la cabeza, que inclina el peso de sus maldades, y fija por un momento la vista desdeñosa y torva en las pedreras de Monjuich, donde aun humean las ruinas de un monasterio; pero en seguida la aparta con espresion de rabia impotente y concentrada. Si nos acercamos á él, le oiremos hablar solo, murmurando razones entrecortadas, que revelan la ferocidad de su alma.

— Yo convertiré en cenizas esa ciudad orgullosa de doscientas casas, que se atreve á desafiar sola todo el poder del mas grande imperio... Riquilda será mi esclava, no me verá ya suplicante á sus plantas, no... la entregaré desnuda á los soldados del Almagreb para que sirva de juguete á sus brutales caprichos... Rabia y condenacion!.., Aixa maldita!.. por tu culpa he perdido una ocasion que acaso no volveré á encontrar... Pero sí... añadía con sonrisa infernal: yo aguijaré el furor de estos apáticos andaluces, que se pasan ya de prudentes... yo haré un trono para mí de las ruinas de Barcelona.

En esto vió que llegaban hácia él diez ó doce soldados, los cuales traían maniatado un hombre, que mas bien parecia fiera por lo selvático de su traje de pieles y lo inculto de su espesa barba. El jefe de aquella tropa se adelantó y dijo á Cain: — Alah te guarde. — Mira si conoces á ese cristiano que te traemos, el cual se nombra amigo tuyo: ayer rondó todo el dia nuestro campo, y esta mañana lo hemos preso como espía. Dime si debo cortarle la cabeza.

— Tráele mas cerca, respondió Armengol. Yo tengo espías en los desfiladeros de la Montaña y puede ser uno de ellos.

(*) No hay mas Dios que Dios! — Mahoma es el profeta de Dios! — Solo Dios es vencedor!

A una seña del gefe, los soldados se acercaron con su prisionero, que daba muestras de la mayor tranquilidad y confianza. Conocióle al punto el renegado y dijo:

— Soltadle y retiraos: ese hombre es de los míos.

Al verse libre, el prisionero dió un brinco y se sacudió como un perro lanudo, y luego corrió hácia el renegado, diciendo:

— Por las barbas de Mahoma, señor Armengol, que cuesta mas á un hombre honrado acercarse á vuestra señoría que saquear una torre. Poco ha faltado para que me trinchen como á un javalí esos buenos amigos que ahora tencis.

— Habla menos y dí mas, le respondió Armengol: ¿De dónde sales, Lobo, y qué me quieres?

— Vengo de mis dominios, señor; de los hosques: y os traigo noticias que os han de gustar. Malditos moros! Por ellos quizá habremos perdido una buena ocasion.

— Deja los moros quietos, y espícate pronto. ¿Qué noticias son esas?

— Me esplicaré. Desde que entró el señor Hagib ó Almanzor, ó como se llame, que á mí no me importa su nombre; desde que entró, digo, por esta tierra de Afranc, como ellos dicen, los moros, se entiende.....

— Acabemos: ¿Qué pasa?

— Pasa, señor, que no pasa un alma por los caminos; y las torres y las masías están fortificadas, y yo que, con vuestro favor y ayuda, era gefe de una patulea de moros, no soy ya nada, porque ni ellos me entendian, ni yo á ellos, y tuve que dejarlos.

— Y eso, qué me importa?

— A mí me importa mucho, señor; porque como os marchásteis á vuestros negocios sin contar conmigo, y como los moros no me conocen bastante para saber que soy hombre honrado y de pró...

— Maldito seas! ¿Crees que estoy despacio para oír tus bacherías?

— Calma, señor, que os interesa. Dejad que me vacie. Digo, pues, que ando por esas montañas hecho un perdido, y no encuentro un alma á quién pedirle humildemente lo que lleva encima.

Días há que me mantengo de raíces y de los despojos de algun caballo, y esto no está decente en un hombre de mis bríos.

— En resumen: tienes hambre, y quieres comer.

— Y beber, si hay algo mas que agua pura en este campo de anacoretas.

— Comerás y beberás cuanto quieras; pero, si no has venido á molestar-me para otra cosa, en concluyendo te mandaré asaetear.

— Comer es lo primero, señor, y morir lo último. Venga, pues, la comida, y despues que el diablo me lleve.

Armengol conocia demasiado al Lobo para adivinar por sus contestaciones desembarazadas que algun asunto de mucho interés le traia al campo. Llevóle á su tienda, mandó servirle una comida abundante, y algunas botellas de vino que tenia reservadas para sí, aunque bajo el pretexto de guardarlas solo para obsequiar á sus espías cristianos; y cuando le vió algo sossegado en cuanto á la satisfaccion de estas primeras necesidades, trató de averiguar el motivo de su venida.

El Lobo no se hizo ya de rogar: contóle como habia visto al conde Borrell dirigiéndose á la Montaña, seguido de la flor de sus caballeros, y acompañado por el Veguer de la ciudad; lo cual en su concepto no podia ser sino con el fin de levantar la tierra y traer socorros: « Esta medalla que os presento, concluyó diciendo, tiene dos caras, y bien vale un centenar ó dos de las de oro, que supongo tendreis de sobra, señor Armengol. La una cara es que Barcelona está huérfana de su conde, y por lo tanto se halla en el caso de tomar tutor; la otra, que siguiéndole la pista al Conde, puede venir á caer en vuestras manos; en cuyo caso, reclamo el décimo de la presa que se le haga.

— Tendrás todo cuanto quieras, le respondió Armengol. ¿Por dónde anda tu gente?

— Pobrecillos! exclamó el Lobo, apretando las fauces para tragar un enorme bocado de carnero. — Dispersos andan por esos montes de Dios... Pero si yo doy media docena de ahullidos, pronto los veré juntos.

— Ea, pues: no te duermas en las pajas, y á ver como me traes pronto noticias del camino que lleva el Conde, de la gente que reu-

ne y de la hora y punto por donde ha de entrar: si haces que caiga en mis manos, te daré, no el décimo, el quinto de la presa que me corresponde, salvas las cabezas; pues de esto no hay que contar, como no sean de villanos.

—Trato cerrado, mi generoso señor: pero dadme además media docena de contraseñas, para que yo y los míos podamos entrar á cualquier hora y por donde mejor nos venga en este bendito campo: de otro modo no respondo del buen éxito de mi empresa, pues me ha costado el llegar hasta vos un día y una noche y algunas caricias á lo moro, poco agradables.

—Tendrás lo que desees: ven conmigo.

Armengol y el Lobo marcharon al real del Hagib: el primero entró hasta la tienda sagrada: el segundo quedó aguardando fuera de la línea de la primera guardia.

De allí á un rato, salió un esclavo á entregarle seis pedazos de pergamino sellados con el anillo de Almanzor, y le dijo que marchase sin detenerse.

Armengol seguía, entre tanto, hablando con el Hagib, á quien aconsejaba que pusiese en accion todos los recursos de su inmenso poder, á fin de rendir á Barcelona, aprovechando la ausencia del Conde.

—Yo conozco, le decia, á todos y á cada uno de los que pueden oponer alguna resistencia á vuestras huestes invencibles: de ellos, la mitad lo menos han marchado acompañando al conde Borrell, y naturalmente serán los mas esforzados: ¿qué nos resta para vencer?

—Los muros que son fortísimos, respondió Almanzor. Los hombres no me detendrían, y tanto me importan ciento como cien mil.

—Sin embargo, señor: esos hombres abandonan el abrigo de sus fuertes muros, y vienen á insultarnos en vuestras mismas trincheras. Máquinas teneis en gran número: romped con ellas sus murallas, y ordenad luego el asalto: yo marcharé á la cabeza de vuestros valientes soldados, y les enseñaré los caminos por donde se llega á la posesion completa de la ciudad.

—En verdad que ya me irrita la dura obstinacion de esa gen-

te. ¿Cómo pueden esperar resultado alguno de su loca resistencia?

—Hoy lo esperan todo de sus hermanos los montañeses, que son muchos y arrojados: para cuando lleguen, convendría que al menos tuviésemos rehenes, como los que hemos perdido por la imprudente generosidad del walí de Mallorca.

—No te entiendo. ¿Qué pérdida es esa de que hablas?

—Señor, yo habia cautivado á la hija de Borrell, y la caballerosidad inoportuna de aquel walí ha sido causa de que esa prisionera se fugue. Yo deseo reparar esta falta, cautivando otra vez á la princesa y con ella á sus hermanos y defensores. Cuando el Conde vuelva de su correría, será un gran recurso el de proponerle un cambio: la ciudad y su condado por las cabezas de sus hijos.

—Calla, y no me propongas tan cobardes medios. Almanzor no toma por tratos, y menos tan villanos, lo que puede tomar con su alfange.

—Señor, repuso Armengol inclinándose profundamente: os he propuesto lo que mi lealtad considera mejor para allanaros la conquista de este rudo país. Alah permita que no tengais que apelar á medios peores.

—Basta de eso. Yo combatiré la ciudad hasta rendirla, ó la reduciré á polvo: tú impide que el Conde vuelva á juntarse con los suyos dentro de la fortaleza: divididas están sus fuerzas, y esto debe bastar para darnos el triunfo. Gente tienes: si necesitas mas, toma cuanta quieras; y pues deseas hacer cautivos, apodérate del conde de Barcelona. Pero antes, medita bien si eres capaz de cumplir este encargo.

—Mis hechos responderán por mí.

—Alah te guarde!

Armengol saludó al Hagib segun las usanzas árabes, y se retiró á su cuartel, donde pasó el dia preparando los medios de apresar al conde Borrell y á todos sus caballeros.

Entre tanto, Almanzor, á quien las recriminaciones del renegado habian herido en su orgullo de guerreador, citó á todos sus caudillos, y les dió órdenes para aproximar mas á la ciudad la línea del sitio, y para concentrar en dos puntos los ingenios de batir; hecho

lo cual, debía procederse á lanzar los tiros contra las murallas, sin descansar ni de dia ni de noche, hasta aportillarlas. Al mismo tiempo dispuso, que se prosiguiese talando el campo, y destruyendo cuantos edificios existian fuera del recinto de la ciudad, salvos aquellos que por su posicion ventajosa pudieran servir para apoyar el ataque.

Al amanecer del dia siguiente, ofrecia Barcelona y su llano un espectáculo de animacion terrible: todo el ejército sitiador estaba en movimiento: los tiros de las enormes máquinas se sucedian sin interrupcion unos á otros, haciendo temblar los robustos muros romanos: el pico, la zapa, y el incendio destruian cuanto encontraban al paso: los conventos abandonados se convertian en cuarteles y fuertes, y las flechas, dardos y grandes masas de piedra oscurecian el sol. Todos los habitantes de la ciudad y sus arrabales, incluso muchas mujeres, coronaban los altos muros, lanzando al enemigo toda clase de armas arrojadizas; y en medio de ellos se veian, recorriendo el recinto, el venerable obispo y el infatigable Rogerio.

Al cerrar la noche cayó con estruendo una parte de la muralla: una gran multitud de los sitiados acudió al reparo, trabándose al punto en aquel portillo una desesperada lucha: los gritos de guerra de las dos razas enemigas se confundieron por mucho tiempo en una sola y atronadora algazara: los árabes mas valientes bajaban rodando á henchir el foso con sus cadáveres, y á servir de escala á otros, que á su turno sucumbian: un brazo de hierro, el brazo de Rogerio, armado de su largo montante, poblaba sin cesar la negra region de la muerte, mientras otros guerreros aplastaban á los que subian con las piedras mismas de la brecha.

Para hacer invencibles á los animosos defensores de la ciudad, solo faltaba allí la presencia de una mujer. Riquilda, que, mientras todo el mundo tenia fija la atencion en el peligro del momento, no cesaba de mirar hácia las montañas, acordándose de su padre, acababa de ver una luz en el punto mas lejano del horizonte: luz que solamente podia descubrirse desde las azoteas del palacio, ó del *Castrum vetus*: comprendiendo al punto lo que aquella claridad significaba, sin temor á las armas ni á la muerte, corrió en compa-

ña de sus doncellas á los fuertes del primer recinto, agitando un lenzuelo por bandera, y diciendo á cuantos encontraba:

—Ánimo, mis valientes! El Conde vuestro señor se acerca. No desmayeis, que pronto vamos á ser socorridos.

Y al oir estas palabras, el nombre del Conde volaba de boca en boca, entre vítores y aclamaciones de entusiasmo.

Los sarracenos fueron rechazados de la brecha, y esta quedó cerrada y fortalecida en menos de dos horas.

La atencion general se fijó entonces en el punto de las montañas, donde aun brillaba la almenara en medio de las tinieblas, semejante al astro de la esperanza.

Pero entre tanto, un cuerpo de cuatro mil moros, de los mas feroces que criaba la provincia de Almagreb en Africa, habia cruzado la llanura, y en aquellos instantes se emboscaba en los espesos sotos que crecian á la entrada de Vallés. Armengol los acaudillaba, y como gran conocedor del terreno, hacia las veces al mismo tiempo de general y adalid: otros seis hombres de mala catadura guiaban á los demás gefes, señalándoles puestos ventajosos, que sin duda alguna habian aprovechado ellos mismos en otras ocasiones, para asaltar á los caminantes desprevenidos.

Toda aquella tropa iba montada en caballos veloces, criados en las faldas del Atlas, y cada ginete llevaba un ballestero á las ancas.

En breve tiempo no quedaron visibles mas de unos cincuenta hombres, que se apostaron como en descubierta á los lados del camino.

El Conde bajaba de la Montaña con cinco mil combatientes levantados de rebato: quinientos eran caballeros, y muchos de ellos de lo mas florido del ejército catalan: los restantes eran payeses, vasallos de los primeros.

Prevenidos venian á encontrar algun obstáculo al desembocar en el llano; pero confiaban en su número y decisión para arrollarlo y precipitarse luego de improviso en el campamento de Almanzor: muy cerca estaban ya de la avanzada enemiga, cuando sonó hacia las cumbres de los montes el ahullido de un lobo.

—De notar es, amigo Guadimiro, dijo Bonrell, que tanto á

nuestra salida, como á nuestra entrada en el llano, hayamos sido saludados por ese feroz animal; y es mas notable que, si no me equivoco, ha de ser este el mismo del otro dia, pues el tono de su voz en nada se diferencia.

— Es posible que así sea, respondió Guadimiro: mas pudiera suceder que fuera otra cosa, y bueno será tomar algunas precauciones.

— Sospechais que no sea lobo?

— Señor, acostumbrado á vivir en las montañas, he oido muchas veces ese grito salvaje y lastimero, y algunas me he visto burlado, á pesar de mi larga experiencia; pues hay hombres que lo profieren con tanta perfeccion, que sería menos fácil notar la diferencia, que distinguir de improviso por solo el semblante al conde Guadimiro del conde de Barcelona.

Esta semejanza, de la cual se ha hecho ya mencion en otro lugar de nuestra crónica, era uno de los motivos de la grande estimacion en que Borrell tenia á su mejor caballero; pues no habiendo abusado jamás de ella, como fácilmente podia, representaba realmente un título de lealtad.

— Así, pues, continuó Guadimiro; con vuestra vénia, quisiera recorrer las huestes, avisar á los jefes, y llamar á todos los caballeros para que se agrupen á vuestro alrededor, por si acaso el lobo avisa á otros lobos, que pueden aguardarnos en la entrada de este desfiladero.

— Sois previsor, tanto como leal, amigo mio, le respondió el Conde: haced lo que tengais por conveniente.

— Al poco rato, las tropas estaban organizadas en falanges de ginetes y peones, dispuestas de manera que pudiesen prestarse mutuo apoyo, y del sobrante de los caudillos se formaba una columna fuerte de cuatrocientos caballeros, á cuya cabeza se puso Guadimiro, y en cuyo centro iba el conde de Barcelona.

Unos veinte campeadores, que marchaban delante, dieron la voz de alarma: destacóse al punto una falange de quinientos hombres, y en seguida se trabó una escaramuza entre ellos y los moros que estaban en descubierta. La inferioridad numérica de estos alentó á los montañeses, que en cinco minutos les obligaron á desalojar el puesto y emprender la retirada.

Entonces aparecieron hasta doscientos árabes á caballo, que dando furiosos gritos, comenzaron á picar la retaguardia de los montañeses que se creían vencedores. Guadimiro y Borrell creyeron que aquellos eran todo el golpe de reserva de la gente enemiga, y mandaron acometer, marchando ellos mismos los primeros.

Los sarracenos luchaban con valor, aunque cediendo terreno á cada paso; pero fingiendo hacerlo solamente á impulsos de la necesidad. Los cristianos los perseguían con ardor, mirando asegurado este primer triunfo, y toda la masa del ejército entró en la llanura. En aquel momento se desplegaron por ambos lados y por la espalda las fuerzas emboscadas: á sus gritos, los fugitivos retrocedieron, y el combate se hizo general. El conde de Barcelona conoció que estaba envuelto y que necesitaba emplear toda su energía para salir de aquel mal paso: también Guadimiro se apercibió al punto de lo que pasaba, al ver que las diversas huestes, poco antes compactas, comenzaban á perder su ordenación y á ceder, comprimiéndose hacia el centro: tomando sobre sí toda la responsabilidad de la empresa, rogó al Conde que no se moviese de su puesto, hizo nueva distribución de los caballeros, dejando la mitad para la guarda del soberano y llevando consigo la otra mitad; recorrió á escape las huestes ordenándolas en cuadro y mandándoles pelear ganando terreno en su marcha, y se colocó por último en la primera línea, donde pronto fué arrollado el enemigo.

Pero la suerte debía serle contraria: la índole de aquellas tropas irregulares, no aleccionadas en la táctica, era el mayor obstáculo para salir con ellas victorioso: faltaba la organización regular y la disciplina necesaria para contener los embates de la caballería enemiga: los montañeses, fuertes solo por su valor personal, se apretaban, arrollándose ellos mismos, sin que pudiese contenerlos la voz de los jefes. A este tiempo, nuevos escuadrones destacados del campo árabe cayeron de improviso sobre la delantera de los cristianos. Guadimiro y sus caballeros hacían prodigios de valor; pero en vano luchaban para desbaratar aquel bosque de lanzas y cimitarras, que se amontonaban sobre ellos.

Media hora de sangrienta refriega bastó para invalidar tan heroicos esfuerzos. Guadimiro, muerto su caballo, rota la lanza y la

espada, cayó en poder de los árabes; y sus compañeros, cercados y estrechados en un círculo de hierro, heridos muchos y desalentados por la pérdida de su gefe, tuvieron que rendirse.

Los gritos de victoria aumentaron la confusión y el desorden de los cristianos: la caballería ligera de Armengol atropelló aquella muchedumbre indisciplinada, hiriendo y matando sin encontrar verdadera resistencia, y obligándola á desbandarse. Borrell quiso hacer entonces un esfuerzo desesperado: sus valientes caballeros le secundaron, y hubo un momento en que apareció indecisa la victoria. Sin embargo, el desgraciado Conde no podía reparar la pérdida de sus fuerzas, mientras que las de Armengol se acrecentaban á cada paso, y los mismos auxiliares llegados del campo acudieron en su ayuda profiriendo feroces gritos de triunfo. El renegado vió llegado el instante de completar el suyo: la lucha se había hecho personal; cada caballero cristiano peleaba con cinco ó seis moros, y el indigno gefe de estos se precipitó en medio de la refriega buscando á Borrell.

—Ríndete á mí, conde de Barcelona!... le gritó, descubriéndole acosado por una multitud de africanos.

—La muerte! La muerte mil veces, antes que rendirme á un traidor, respondió el Conde, que peleaba parapetado con su caballo moribundo.

—No le mateis, cogedle vivo; es el rey de Afranc, vociferó Cain en lengua árábica.

Los moros se arrojaron como lobos hambrientos sobre el Conde, y le sujetaron los brazos.

—Victoria! Victoria! gritaron por todas partes.

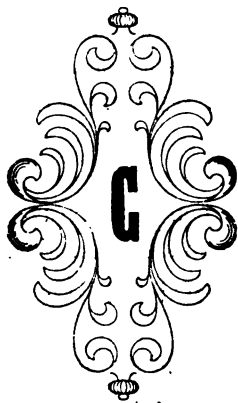
Funesta noche!... Mas de mil cadáveres quedaban tendidos en el campo: la mayor parte de los payeses habían ganado el bosque y la Montaña, á donde no podían seguirles en su persecución los caballos africanos: el conde de Barcelona y sus cuatrocientos caballeros fueron encerrados en una cueva, que está en el camino de San Miguel del Fay: dos días después, marchaban maniatados hácia el campo de Almanzor: entre ellos iba Guadimiro, el padre del caudillo victorioso.

CAPITULO XVIII.

LEALTAD Y PATRIOTISMO.

Semblant me trob al home qui navega,
qui per los vents sa persona's regida ;
dolre no's deu si la ven escarnida ;
caure deu l'hom guiat per guia cega.

Ausias March.



ELEBRABAN los moros con justas, bohordos y cañas el mayor triunfo que habían conseguido en aquella campaña : presidia las fiestas el Hagib, y daba asiento á su lado al fatal caudillo á quien debia tan señalada victoria, cuando entró en el palenque un gefe de avanzada, trayendo en la mano un dardo con un pergamino enrollado y atado en su asta.

Hizo el gefe tres reverencias, y se acercó á las gradas del trono que ocupaba Almanzor, el cual le dijo :

— ¿Qué me traes, Abu-Meruan?

— Señor respondió el gefe: que Alah te conserve y te dé ventura en todo. Este mensaje acaban de arrojar desde la mas alta torre del alcázar de la ciudad.

É inclinándose hasta el suelo, entregó el dardo al Hagib.

Soltó Almanzor el pergamino, lo desenrolló, y no entendiendo lo que en él habia escrito, lo dió al renegado para que lo tradujese.

—Armengol leyó lo siguiente.

«Príncipe afortunado de los árabes: si tu generosidad iguala á tu valor, no desoirás la voz de una princesa, que te pide merced. «Mi anciano padre ha caído cautivo en tu poder: yo, Riquilda, su hija, te ofrezco mil doblas de oro por su rescate, y si esto no basta para satisfacerte, me ofrezco en su lugar por esclava tuya. «Concédeme esta gracia, y así Dios te dé la suya y te haga siempre «venturoso.»

—Apenas leído este cartel, se presentó otro gefe trayendo otro parecido, el cual fué abierto, y se vió que decia:

«Rogerio, hijo de Guadimiro, general de la caballería y gefe supremo, por interinidad, de la ciudad sitiada: al Hagib Almanzor, general de los sarracenos, salud.—No escuches los votos de una mujer, donde hay hombres que saben tratar: lo que la ilustre hija de Borrell, conde soberano de Barcelona te propone, no podrá ser cumplido. Por la libertad del dicho Conde, mi señor, y la de Guadimiro mi padre, que con él está cautivo, te ofrezco mi persona y la de otros doce caballeros, y la ciudad te pagará dos mil doblas en oro. Si esto te place, envia tus embajadores para concertar conmigo las condiciones y formas del rescate. — Rogerio.»

—Almanzor dijo acariciándose la barba.

—Juro por el santo Alah, que seria generoso con esas bravas gentes, si no viese mas arrogancia que sumision en sus mensajes. Contestadles que Almanzor no acostumbra á tomar por pactos lo que ha de ser suyo por fuerza.

Pesó mucho á Caín esta resolucion del Hagib; pero sabiendo por esperiencia que en tales casos no admitia consejo, aplaudió su respuesta y la escribió él mismo.

Habia encontrado en el mensaje de su hermano una revelacion inesperada: ignoraba él que Guadimiro estuviese entre los prisioneros, y esta noticia despertó en su corazon endurecido sentimientos amortiguados hacia mucho tiempo. El amor filial, aunque ya frío,

era bastante á producir en su alma un espasmo de horror, á la idea de que su anciano padre sufriese el cautiverio y acaso la muerte por culpa suya.

Tres dias luchó Armengol consigo mismo, presa de amargos remordimientos, que no le dejaban saborear las delicias de su victoria, ni el placer de los honores de que por esta causa era objeto: el Hagib había depositado en él toda su confianza, encargándole para en adelante la direccion del sitio, aunque bajo su inmediata dependencia: el ejército entero le obedecía, no reconociendo otro órgano ó conducto de la voluntad absoluta de Almanzor. Sin embargo, aquel hombre tenia un infierno en el pecho. El mismo pesar que sentia por la prision de su padre se convertia en mayor odio contra su hermano, y hubiera dado la mitad de su vida por trocarlos, para saciar en el segundo su rabia y su sed de venganza.

Y en medio de estas tormentosas furias que le herian el corazon, una sonrisa de salvage placer asomaba á sus labios, al pensar en el conde Borrell y en su hija Riquilda.

—Héla herido en uno de los puntos mas sensibles de su alma, decia. Oh! si el otro cayera en mis manos! Entonces sí que le clavaria el puñal del dolor hasta la guarda.

Y luego, el recuerdo de su padre cautivo nublaba de nuevo su torva frente, arrancándole roncós gemidos.

—Le libraré... dijo por último, como si estas dos palabras le costasen un improvo esfuerzo. Le libraré, sí; pero este sacrificio costará la cabeza al padre de Riquilda: no vale menos el rescate de Guadimiro.

Y al pronunciar estas palabras, una carcajada estertórea reveló el bárbaro regocijo de su meditada venganza.

En el silencio de la noche, buscó Armengol al Lobo, que dormia junto á su tienda, y habiéndole despertado, le dijo:

—Me has vendido, ocultándome una circunstancia, que yo no debia ignorar. Tú conoces bien á mi padre, y sin duda alguna sabias que acompañaba al conde Borrell. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no os convenia saberlo, señor, le contestó el bandido.

¿Habríais hecho lo que todos sabemos, sabiendo que íbais á pelear contra vuestro padre?

—Maldito seas de Dios! profirió Armengol rechinando los dientes. ¿Qué te importaba nada de eso? Debiste decirme la verdad toda, y dejar á mi cargo lo demás.

El Lobo se encogió de hombros y repuso:

—A qué viene ya mentar pasado? Deshaced lo hecho, si podeis.

—Puedo hacerte pedazos, miserable.

—Alto, señor, replicó el bandido con calma. No piseis la serpiente... Como estamos solos, se me pudiera olvidar lo mucho que os debo. Lo hecho está hecho. Quereis algo mas de mí?

Armengol comprendió la amenaza; pero se dió por desentendido y replicó:

—Sí, quiero reparar la falta que me has obligado á cometer. Los prisioneros están en la torre de Valldaura y sus fuertes inmediatos: mi padre estará entre ellos: no me conviene presentarme á él, porque me echaria algun sermon, y no sé si tendria yo paciencia para escucharle. Toma esta órden que te franqueará todas las puertas, y este salvo-conducto, que entregarás á él mismo: díle que se salve y que debe la libertad á su hijo, el malo. Corre, llévale un caballo, y cuida bien de ejecutar mi mandato, porque te va en ello la cabeza.

El Lobo partió inmediatamente á ejecutar las órdenes de su señor, y atravesando el campo, llegó á la torre de Valldaura, (sitio de recreo de los condes de Barcelona, y segun las necesidades de la época, uno de los mas fortificados), á las primeras horas de la madrugada. El gefe árabe que tenia á su cargo aquel castillo tomó el pergamino que llevaba el bandido, lo leyó á la luz de una linterna, y frunciendo las cejas, murmuró en su lengua:

—Mal haya quien de traidores se fia. ¿Quién es para mandarme un renegado? —Y tomando una luz, hizo una seña al Lobo para que le siguiera y guió delante.

Los prisioneros estaban amontonados, como reses en el matadero, en las diferentes salas del edificio, sujetos con fuertes cadenas y con esposas en las manos: Guadimiro y Bórrrell, mas guardados que los otros, estaban solos en un aposento alto de la torre, con do-

bles centinelas; pero sin hierros: se sabia que el uno de ellos era el Conde de Barcelona, y los sarracenos, viendo su estraordinaria semejanza, creyeron que serian hermanos, y les guardaban las consideraciones debidas á su clase. Cuando entró el enviado de Armengol en aquella prision, se quedó él mismo perplejo, mirando á los dos ancianos y sin poder distinguir el uno del otro.

— Qué quieres? A quién venís á matar? dijo Borrell.

— Buscamos al conde Guadimiro, respondió el Lobo; mas no para matarle, sino para darle libertad.

— Pues bien, contestó Borrell: ahí le tienes. ¿Qué aguardas?

— Perdonad, señor, dijo el Lobo acercándose al padre de Armengol. No os habia conocido. Vuestro hijo me manda entregaros este seguro, con el cual podreis partir, cuando gusteis: si quereis ahora mismo, abajo os tengo un caballo.

— Dame acá, y vete, le respondió Guadimiro tomando el salvo conducto. Yo haré uso de este seguro cuando me convenga; mas no ahora.

— Señor, no lo demoreis: mañana podrá ser tarde... y debo decíroslo; — tengo órden de acompañaros fuera del campo.

— Anda y dí al que te envia, que sus órdenes no pueden alcanzar hasta imponerme la obediencia: que acepto su seguro; pero sin condicion, no de otro modo; y que en este momento no es mi voluntad hacer uso de él.

— No me atrevo á volver con ese recado, señor: yo he cumplido ya mi comision hasta donde puedo: diré á vuestro hijo que no quereis partir.

— Quién te ha dicho nada de eso? Espera: ¿podré salir con este seguro cuando me acomode?

— Así lo creo, si no aguardais á que ocurra alguna novedad.

— Saben los guardias que no han de oponer obstáculo alguno á mi marcha?

— Lo sabe el capitan que manda aquí.

— Vete, pues, tranquilo, y dí al que te envia que están cumplidos sus deseos.

— Partireis luego?

—Antes de la aurora estará todo concluido.

El Lobo saludó con respeto á Guadimiro y salió.

Guadimiro se dirigió en seguida hácia Borrell, que todo lo habia escuchado, y le dijo:

—Señor no en vano la Providencia nos ha dado esta semejanza que á tantos engaña. Dignaos ser por espacio de algunas horas Guadimiro, y permitidme llevar vuestro nombre.

—A qué fin?

—Ya habeis oido que me ofrecen la libertad: tomad este seguro y partid.

—Qué yo parta! Y vos?

—Yo me quedaré á ocupar vuestro lugar.

—No, Guadimiro: eso es imposible: ¿cómo habeis podido imaginaros que yo aceptaria semejante proposicion? Recibir la libertad que os otorgan, y dejaros en prisiones! Qué pensaríais de mí si tal hiciese? No, no: juntos hemos peleado; juntos hemos caido en este doloroso cautiverio; juntos nos salvaremos ó moriremos.

—Señor, permitidme deciros que no raciocináis con justicia. Cautivos estamos los dos; uno ha de quedar hoy libre: ambos á un tiempo no puede ser. Pues cuánto mas vale que os salveis vos, que no yo? Vuestra presencia puede alentar á los dispersos montañeses, atraer nuevos defensores á Barcelona, que privada de vos, acaso sucumba á la necesidad, y cambiar la suerte de la guerra. Libre vos, yo lo seré mañana; pero si entre tanto me tocase sucumbir, ¿cuánto mas vale tambien que perezca yo, que no vos: mi falta la suplirán otros caballeros: la vuestra, ¿quién? Partid, señor; no os detengais: pensad en Barcelona que os necesita, en vuestros hijos que os lloran.

—Por mucho que esfuerces tus razones, querido Guadimiro, no me convences de que debo aceptar tu generoso ofrecimiento. Yo lo aceptaria, si estuviese tranquilo por tu futura suerte, mas no en otro caso.

—Podeis estarlo, señor: mi desdichado hijo Armengol lo puede todo en este campo enemigo, y no consentirá que degüellen á su

padre. Además, mi confianza está en vos : partid, y volved á liberarme. No os detengais, señor ; no os detengais. Ved que importa á nuestra patria , á nuestros hijos, á nuestra religion sacrosanta. ¿Qué vale mi frágil vida, puesto que peligrase ; qué mi libertad en cambio de esos sagrados objetos ? Acaso no estoy obligado á morir por ellos ? No me lo imponen mis votos de caballero y de feudatario ? Marchad, por Dios, noble Conde, y no perdamos un tiempo precioso, que puede aprovecharse en bien de nuestra desgraciada patria. ¿Quién sabe si un momento perdido podrá influir en la pérdida total del condado de Barcelona ?

— Me venceis, Guadimiro ; pero tomadme juramento en presencia de Dios, que nos contempla, de que no cedorapego á mi vida, ni á mi libertad, siñó por deber. Aquí quedais, conde de Barcelona cautivo ; y yo Guadimiro libre, marchó á prepararos una corona mas envidiable que la mia. Cataluña os reconocerá por su salvador, y las generaciones venideras admirarán vuestro heroismo.

— Diciendo así, Borrell II abrazó al buen conde Guadimiro, y salió á poco de su prision, cuyas puertas habia dejado abiertas el capitan de la guardia. Sin embargo al pasar el umbral, los dos centinelas que lo defendian le pusieron sus partesanes al pecho, y en su lengua gutural le preguntaron á donde iba. El Conde les mostró el salvo-conducto, y sin mas formalidad le dejaron pasar.

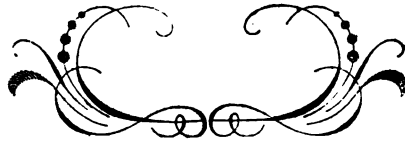
Conociendo mejor que nadie todos los aposentos y salidas de aquel edificio, fácilmente pudo llegar hasta la puerta exterior ; pero no sin ser otras dos veces detenido por diferentes guardias, como lo fué por la primera : sin embargo, todos bajaban las armas y le abrian paso al ver el sello secreto de Almanzor y dos palabras arábigas estampadas en el pedazo de pergamino que le servia de seguro.

El gefe de aquel puesto mandó entregarle el caballo que habia traído el Lobo, y con una nobleza que estrañó Borrell en un momento, se ofreció á acompañarle, como lo hizo, mientras atravesaba el campo ; y luego que estuvo en las trincheras, le dió la mano y le apretó la suya cordialmente, supliendo así las palabras de buena voluntad con que no podia darse á entender.

Rayaba el alba en aquel momento : el Conde partió solo, y habiendo dirigido una mirada de pena á su ciudad oprimida y otra

al fuerte donde guardaba su generoso amigo, tomó al trote el camino de la Montaña.

El sonido estrepitoso de los añafles, trompetas y tambores le obligó á volver la cabeza ; y antes de trasponer las primeras cumbres de los montes comarcanos, pudo ver al ejército de Almanzor en movimiento, cual si hubiese para agitarle alguna novedad extraordinaria.

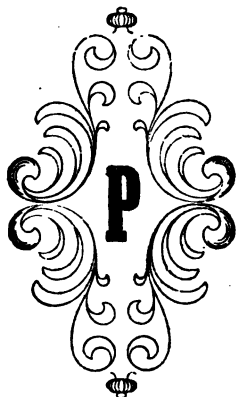


CAPITULO XIX.

LA CABEZA DEL CONDE.

Quant vam se á la Cren cuberta
gran professó vetx venir,
devant anaba el meu pare,
derrera anaba el butxí.

Romance popular.



ASABAN días y días: Barcelona reducida á la mayor estremidad, sin mas horizonte que el de su pequeño recinto, permanecía, sin embargo, firme, triunfando por su heroica constancia del inmenso poder de sus enemigos.

Aportilladas en mil partes sus murallas, el valor y la actividad de sus hijos le habian servido de muro y reparo: á los estragos de las armas se juntaban ya las demás calamidades que siguen á la guerra: las fiebres pestilenciales y el hambre. Y estas dos fieras enemigas del hombre no se cebaban solo en los habitantes de la ciudad: también diezmaban el ejército del Almanzor, que las habia evocado: faltaban los víveres para hombres y caballos, pues el frenesí devastador habia secado los manantiales del sustento en muchas le-

guas á la redonda: las expediciones que salían en busca de comestibles y forrage, encontraban los pueblos desiertos, las mieses incendiadas, y regresaban con las manos vacías. Solamente de las islas y de Valencia podían proveerse; pero la escasez de bastimentos y las vicisitudes de un estío borrascoso dificultaban estos precarios socorros.

Llegaron entre tanto nuevas á Almanzor, participándole que los reyes de Leon y Navarra, coligados con el conde de Castilla, habían entrado con poderoso ejército por tierras de Toledo. El Hagib reunió en consejo á todos sus capitanes, y con aquella energía concisa que le distinguía de todos los de su raza, les dijo:

—Vergonzoso es para mí que se mantenga en pié una ciudad sin cabeza mas de tres dias, sitiándola yo: ese plazo os doy para tomarla. Si no lo haceis, Almanzor dejará de ser vuestro gefe.

—La tendrás! La tendrás! gritaron los capitanes.

Armengol aguardó que se restableciera el silencio para decir:

—Yo te la daría en una hora, si pudiese hacer prevalecer mis consejos.

—Habla: ¿qué es menester? preguntó el Hagib. Yo te empeño mi palabra de darte cuantos medios necesites.

—No necesito mas que diez cabezas de cristianos, respondió Caín.

—Toma ciento; pero que el sol no me vea cuatro veces mas en este campo.

—Antes que el sol se acueste en aquellas montañas, dijo el renegado estendiendo el brazo hácia Poniente, podrás dormir en el palacio condal de Barcelona.

—Cumple tu palabra, y serás walí de esa ciudad.

Armengol pidió licencia para retirarse á su tienda, y volvió poco despues, trayendo un mensaje escrito que decia:

«El Hagib Almanzor, el rayo de la guerra, el escogido de Alah para ser el brazo derecho del poderoso y nunca vencido príncipe «Hixen, califa de Córdoba, el querido y reverenciado de sus pueblos: á vosotros los nobles, prelados, concellerses y hombres de «gun valer de Barcelona, os declara: —Que en el dia de hoy, antes que el sol declinè en su ocaso, quiere tomar posesion de esa

« ciudad sin dueño; y si de buen grado se la entregais, cesarán las
« hostilidades y sereis tratados como pueblo bueno, con el amor y
« dulzura que príncipes sabios, y prudentes, y justos saben gobernar
« á sus vasallos: pero, si transcurrida una hora de recibir estas le-
« tras, no hubiéseis abierto las puertas, diez de los principales ca-
« balleros que están cautivos en nuestro poder serán degollados,
« y el último de todos el conde Borrell II, y sus cabezas arro-
« jadas por encima de vuestras murallas, para que no os quede
« ninguna duda. Y cuando esto haya sido hecho, la ciudad será to-
« mada, y entregada á saco, y destruidos sus edificios y templos,
« y degollados sus moradores. Tal es nuestra última decision, que
« será egecutada con el favor de Alah, que nos proteja. »

El renegado leyó esta intimacion al Hagib, traduciéndola en su idioma.

— Está bien dijo Almanzor.

Y la firmó, y estampó su sello al pié.

Inmediatamente salió Caín del pabellon sagrado, juntó á su re-
dador veinte guerreros, montó en su caballo de batalla, y llevando
en la mano de las riendas el fatal mensaje, y en la otra una lanza
de dos hierros que sustentaba un pendoncillo blanco, partió á ga-
lope, y no se detuvo hasta llegar al pié de las murallas. Hizo to-
car trompetas para ahunciarse, aunque ya los estenuados guerre-
ros de la plaza le habian visto y esperaban su parlamento: con-
testaron ellos en señal de estar atentos, y entonces Armengol les
dijo en voz alta:

— Lo que tengo de hablar he de tratarlo con el gefe mas autori-
zado entre vosotros: llamaid, pues, al Veguer de la ciudad ó al con-
de Guadimiro.

— Ni el uno ni el otro pueden presentarse, le respondió uno de
los caballeros sitiados: avisaremos, si es igual, á nuestro gefe el
conde Rogerio.

Armengol hizo un gesto de desagrado al oir este nombre; pero
cediendo su espíritu al impulso vengativo que le animaba, reco-
bró al momento su feroz alegría.

— Sí, que venga, contestó.

No tardó en presentarse Rogerio en la muralla. Entre tanto

Armengol se habia ocupado en atar el mensaje en el asta de su lanza : cuando vió á su hermano, le dijo :

—Almanzor el invencible os envia sus últimas palabras de concierto. Prestadles obediencia, y no las mediteis; porque pasada una hora sin que os hayais sometido, habrá llegado el último dia de Barcelona, como ha llegado el tuyo, traidor Rogerio.

Y al pronunciar estas palabras, arrojó la lanza, que dió una vuelta en el aire, y partió luego derecha al pecho de su hermano.

Un balletero muy diestro, que estaba junto á Rogerio, al ver dispararse la ferrada lanza, adivinó con su ojo certero la direccion que traia : con velocidad asió de un brazo al joven héroe, y tirando de él, le salvó de una muerte inevitable. La terrible arma pasó silbando á cuatro dedos del rebellin de la muralla, por el mismo sitio donde habia estado Rogerio, y describiendo una curva en el aire, fué á caer á cien pasos dentro de la ciudad.

Los soldados que rodeaban á nuestro héroe armaron las balles-
tas para dispararlas contra Caín, gritando :—Traicion! Alevosía!...

Pero Rogerio los detuvo, y dirigiéndose á su hermano, le dijo:

—Si tienes corazon para repetir mis palabras, dí á tu gefe que he contestado á su mensaje sin leerlo : que Barcelona prefriere ser tumba de sus buenos hijos, á ser palacio de infieles y traidores renegados. Esta es mi respuesta, y no esperes otra de catalanes leales.

Armengol se retiró á buen paso, temiendo el justo castigo de su accion villana; y Rogerio, habiendo recibido el mensaje de manos de un escudero, mandó reunir el consejo de la ciudad y de los nobles y el clero, para dar cuenta de aquella novedad.

Un grito de indignacion se alzó del seno de aquella asamblea, cuando se hubo leído la espantosa proposicion del caudillo cordobés. Rogerio, á pesar del terrible golpe que sintió en su alma al escuchar la lectura del mensaje, repitió al consejo la respuesta verbal que habia dado al mensajero.

Algunos nobles se levantaron para proponer que se salvase el Conde á costa de la ciudad; pero entonces se adelantó Ramon el mayor de los hijos de Borrell, y dijo:

—Merecen mi eterna gratitud vuestras palabras: y ¿cómo no, si abogais por mi sangre? Pero, ¿sabeis acaso, si el conde Bor-

rell II prefiere á la muerte la deshonra, y la servidumbre á la palma del martirio? No se dirá que un vasallo aventaja en abnegacion á su soberano, ni que el hijo de Borrell supone á su padre menos fortaleza, que al suyo el hijo de Guadimiro. Inmenso es el sacrificio que os propongo, lealeß catalanes: díganlo estas lágrimas, que á mi pesar, surcan mi rostro, y que no os ocultaré, porque son un justo tributo á la naturaleza. Pero mi conciencia y mi honor me dicen que Barcelona merece ser tumba y monumento, no padron de infamia de la familia de sus condes. ¿Quién os asegura que el bárbaro muzlime cumplirá su palabra de trataros bien, despues de lo que habeis presenciado? Y aunque así fuera, ¿rendireis vasallaje á un moro y á un renegado, vereis tranquilos profanar vuestros templos y vuestros hogares? No, mil veces no: antes la muerte. Responded á ese bárbaro arrogante, que si no le basta la cabeza del conde de Barcelona, venga á tomar las de todos sus hijos.

La admiracion tiene su pasmo como el terror: todos los presentes permanecieron mudos por algunos momentos. El obispo rompió aquel elocuente silencio, diciendo con voz trémula y solemne:

—¿Qué la voluntad de Dios sea cumplida! La muerte no es mas que un tránsito á otra vida mejor: si está decretado por el Eterno, muramos todos; y sea Barcelona un nuevo ejemplo de la constancia heroica de Numancia y de Sagunto.

—Muramos, sí, gritó Rogerio: pero muramos luchando, y que la muerte misma no arranque las espadas de nuestras manos. A las murallas, compañeros! Provoquemos la saña fiera del bárbaro infiel; y si la suerte nos favorece, llevemos el estrago hasta sus tiendas. Busquemos á nuestros padres y hermanos, y salvémosles del horrible suplicio que les amenaza.

—Calma tu generoso ardor, noble guerrero, repuso el obispo. ¿Qué harías sino precipitar la muerte de esos seres queridos? Sabes acaso donde están? Puedes dar un paso fuera de los muros, que son nuestra última esperanza?

—Es cierto! Rábia!... Infierno!... murmuró Rogerio retorciéndose los brazos.

En estos desabogos de un ardor impotente, aunque inflamado de heroísmo, pasó la hora, sin que el consejo hubiese tomado ninguna determinación: en el ánimo de todos estaba el espíritu de abnegación inspirado por las palabras del joven príncipe, cuando resonó por los ámbitos del salón el clamoreo de una inmensa gritería. Salieron precipitadamente los guerreros, y á los pocos pasos un espectáculo horroroso se presentó á su vista: una cabeza recién cortada y atravesada con una ballesta habia caído en medio de la plaza de Palacio, y multitud de pueblo y soldados la rodeaba.

Otro grito general de desolación pobló el viento, y otra cabeza se vió cruzar el aire y caer sobre uno de los fuertes del recinto interior.

Rogerio, los hijos del Conde y otros caballeros, corrieron á la muralla. En el campo, y á corta distancia de aquel parage, habia un gran cuadro de caballería árabe, y en su centro se descubria una balista manejada por vigorosos negros, un tajo y seis verdugos dispuestos á degollar ocho caballeros cristianos, que yacian maniatados en el suelo: entre ellos se distinguia la noble figura de un anciano venerable, cuyas facciones no era fácil conocer á causa de la distancia; pero en cuyas sienes brillaba una corona condal, arrancada sin duda de un casco guerrero.

Uno de los ocho cautivos sufrió la muerte, y su cabeza atravesada con una gruesa jara y puesta en la balista, fué lanzada como las anteriores.

Los nobles barceloneses apartaron la vista de aquel cuadro de horror, y se agitaron convulsos, con el ansia de vengar á sus hermanos.

En esto sonó hácia el palacio un grito de salvaje indignación, y se vió aparecer un caballero armado de lucientes armas y montado en un caballo blanco: un escudero gigantesco le seguia, y la muchedumbre, agitada por el delirio de la guerra, levantaba las manos en alto y repetia un grito de venganza.

—A salvarle ó morir! decia el desconocido caballero, que en su voz y en su semblante mal cubierto por el casco, mas indiciós dada de ser angel del cielo, que hombre mortal.

Y llegando cerca de Rogerio y de los infantes, les gritó:

—¿Qué haceis ahí, conde Rogerio? Qué haceis, hijos de Borrell? No habeis visto á vuestro señor y padre en manos de los verdugos? Consentireis que le degüellen como á un cordero? No es posible: al campo! al campo! tomad ejemplo de una mujer.

—Riquilda! Señora!... exclamaron á un tiempo los infantes, Rogerio y los demás nobles, corriendo á su lado.

Las cabezas continuaban trazando, de tiempo en tiempo, su curva sangrienta en el aire.

—Al campo! Al campo! repetia Riquilda con febril animacion. A salvar á mi padre!

Instantáneamente se juntaron mas de trescientos guerreros al rededor de la jóven amazona: su hermano mayor y Rogerio intentaban disuadirla de su temerario arrojo, prestándose sin embargo á guiar ellos solos á los generosos combatientes, que anhelaban salir á batallar; pero sus razones eran vanas; no eran siquiera escuchadas.

—Rogerio, dijo por último la ilustre jóven; mi padre va á morir; mis hermanos quizá tambien: vais vos con ellos, ¿y quereis que yo me quede? Volemos á la muerte: á salvar ó vengar á mi padre.

Acrecentaban la fogosa impaciencia de Riquilda las sangrientas cabezas, que con breves intervalos zumbaban por el aire.

Rogerio se colocó al lado de su amada, y todo el tropel de caballeros y hombres de armas, abierto un póstigo, se precipitó en el campo á manera de una inundacion de herviente hierro: la puerta se cerró tras de ellos, y todos los defensores de la ciudad poblaron las murallas.

Una cabeza mas, por desgracia la última, coronada de plateadas canas y de una diadema de oro, atravesó el espacio en aquellos momentos, y fué á caer en una zanja, que andando el tiempo fué calle, y se llamó de la Ballesta (*).

El ruido de los instrumentos bélicos anunció el fin de la ejecucion sangrienta, y las tropas árabes emprendieron la marcha hácia el centro de su campo.

(*) En catalan *basselja*, y por corrupcion *Basea*.

Riquilda comprendió lo que pasaba; y perdió momentáneamente aquel valor facticio que hasta entonces la habia sostenido; pero arrancando á lo profundo de su corazon un nuevo esfuerzo y un mas ardiente grito de desesperacion, se lanzó á la carrera profiriendo: — Venganza!

Temeraria resolucion! Los árabes eran innumerables, como las arenas del desierto. Los vengadores del Conde pocos, aunque valientes, y guiados por una mujer.

Las huestes musulmanas se revuelven furiosas, alteradas por el olor de la sangre, sedientas de beberla: sus lanzas afiladas cimbran en el aire; las cimitarras brillan con siniestro fulgor á los rayos del sol de julio: un fuerte escuadron se adelanta y corta la retirada á los guerreros barceloneses: trábase un sangriento combate, y los pocos, animados por el furor de una justa venganza, arrojan temerarios á la muchedumbre innumerable.

Pero, ¿cómo confiar en la victoria? Las columnas muzlimes se aclaran: sin embargo, mas allá se levantan otras y otras, y avanzan como las olas embravecidas del mar. La muerte, solo la muerte aguarda por galardón de su heroismo á los valientes campeones, que siguen á una mujer.

Un dardo hiere á la noble amazona: la herida es leve, pero quita el valor al bizarro caballero que la acompaña. Rogerio palidece por primera vez al ver brotar aquella sangre adorada.

— No nos empeñemos en buscar un fin siniestro, dice por último. Retirémonos, si aun es tiempo: salvemos las vidas de nuestros príncipes.

Y con serena bizarría, se pone delante de Riquilda, hiere, acuchilla, destroza cuanto se le opone, y retrocede hácia la ciudad sin volver la espalda al enemigo.

La ciudad está cerrada: los enemigos defienden el paso: es forzoso luchar, morir ó abrirse camino hasta las montañas.

De los trescientos guerreros, solo ciento llegaron con vida, y muchos cubiertos de heridas á los senderos y cerrados bosques de la Montaña. Pero los hijos de Borrell se habian salvado, y Rogerio iba con ellos. Riquilda lloraba, recostada en el arzon de su caballo.

Al día siguiente, Barcelona, privada de sus mas denodados defensores, era presa del ejército de Almanzor.

El caudillo cordobés se dió por satisfecho destruyendo todas las fortificaciones y algunos templos, y exigiendo un cuantioso tributo por cada individuo de los que en la ciudad se encontraron.

Llamándole las urgencias de la guerra á otras partes de España, el Hagib partió en seguida con lo mas florido de su ejército, y dejó á Caín el renegado con las restantes fuerzas por gobernador de la provincia, cumpliéndole la palabra empeñada.

Armengol mandó juntar las cabezas de los caballeros degollados, para colocarlas en escarpías á la vista del pueblo, como símbolo de su gobierno, y con feroz complacencia quiso ver la del Conde.

Un ronco grito de horror se escapó de su pecho, al contemplar aquella noble faz, lívida y ensangrentada, cuya serenidad parecia haber respetado la muerte.

Era la cabeza de su padre.



CAPITULO XX.

EXPIACION.

Yo moro entre l's esclaus que aquí m' rodejan.
¿Que's la ciutat simo un panteó de vius?

V. Balaguer.

Colguen les gents ab alegria festes,
loant á Deu, entremesclant deports ;
places, carrers e delitables orts
sient cercats ab recont de gran gestes.
E vaja yo los sepulcres sercant,
interrogant animes infermades,
e respondrán, car no son companyades
d' altre que mí en son continu plant.

Ausias March.



UNCA el impío atribuye á sus propias culpas el mal que es fruto de ellas y con que le hie-re la mano invisible de la Providencia: nunca Satanás reconoció la justicia de su eterno castigo.

Caín vió la cabeza de su padre, contempló aquellos labios que mudos le acusaban, y mal-dijo su estrella, y blasfemó de Dios. Como Neron y como todos los grandes malvados que han deshonrado la Tierra, amontonó en su corazon ponzoña sobre rabia, y buscó el adormecimiento de las furias infernales en el encallecimiento del alma. La crueldad es el consuelo de los tiranos : el nuevo señor de Barcelona tuvo necesidad de sangre y gemidos para acallar los ayes

de su conciencia. Quería hacerse acatar como soberano; pero, ¿cuándo fueron acatadas la usurpación y la tiranía? El tirano encontrará esclavos viles, no vasallos obedientes y sumisos: la sumisión es obra de la legitimidad y el derecho.

Si Caín se presentaba en público, los barceloneses se ocultaban en sus hogares; si mandaba llamar á los nobles para que le rindieran vasallage, los nobles habian huido á la Montaña; si exigia honores públicos, solo sus soldados africanos le victoreaban.

Perseguíanle en el silencio de la noche la sombra de Guadimiro, y la de Borrell, cuya suerte ignoraba; pero á quien suponía muerto: atormentábale el recuerdo de Rogerio y Riquilda: pregonó la cabeza del primero, y pidió que le fuese entregada la segunda por quien la ocultase, bajo pena de la vida: registró los monasterios y las criptas de los templos, y hasta levantó las losas de los sepulcros, y como nadie le diese razón de ella ni de sus hermanos, comenzó á dar tormento y á decapitar á cuantos se los negaban.

En tres dias pudo Barcelona conocer que tenia en su seno un dragon sediento de sangre humana.

Y gemia en su triste cautiverio, y lloraba muertos á su conde y á los hijos de su conde; y solo en Dios ponía sus esperanzas.

Era general la creencia, continuada despues por la tradicion, de que la cabeza del conde Borrell, traspasada por una ballesta, era la que habia caído en la zanja de la muralla antigua; y algunas mujeres piadosas, arrostrando las iras del tirano, iban á orar en aquel sitio, y á pedir al anciano mártir que rogase á Dios por ellas y por sus hijos.

Y bien necesitaban orar: los subterráneos del palacio y de los fuertes, casi demolidos, estaban llenos de víctimas y abiertos solo para tragar mas á cada hora: el venerable obispo, que se atrevió á reprobear la conducta del tirano, yacía entre prisiones: Barcelona era un panteon de vivos y muertos.

Aparecieron una mañana grandes ahumadas en la cumbre del *Tibi-dabo*: el tirano se estremeció en su trono; el pueblo barcelonés respiró con alegría: como Lázaro, despertaba en su sepulcro.

Bajaron exploradores de las montañas: con ellos venian tres moros heridos y casi muertos de cansancio y hambre. Inmediatamente fueron llevados á la presencia del walí.

—¿Qué nuevas me traeis? Por qué os veo en tal estado? les preguntó Caín.

—Prepárate á la defensa, le contestó uno de los heridos: del ejército que marchó, de orden del Hagib, á guardar en su obediencia la comarca de los montes, aquí tienes lo que resta.

—Vosotros solos! exclamó Armengol.

Los fugitivos bajaron la cabeza sin contestar.

—¿Y quién ha podido haber hecho tanto estrago? prosiguió Caín, lívido de pavor y de ira.

—El anciano califa de la blanca barba, que se nombra rey de Afranc, le contestaron.

—El conde Borrell!... Imposible! Si no anda en esto el demonio, todo es obra del Lobo traidor, que me ha vendido.

—Walí, dijo el herido que acababa de hablar. Yo he cumplido ya lo que Alah me ordena..... Disponde á pelear.... Yo me voy con Mahoma, que me está llamando.

Y cayó al suelo para no volverse á levantar.

Su relato era cierto: el conde de Barcelona, libertado por la lealtad de Guadimiro, habia recorrido la Montaña, juntando los restos dispersos de su ejército derrotado; y declarando nobles y caballeros á todos cuantos le acorriesen armados y montados y con un escudero, agregó en pocos dias seiscientos hombres de armas á los que ya tenia: con ellos encontró en Ganta y Rubirans el ejército moro, destacado para ocupar el territorio, y lo destruyó completamente, cogiéndole todas las armas, pertrechos y banderas.

Esta victoria dió grande aliento á los habitantes de todos los pueblos por donde cundió la noticia, y acrecentó rápidamente las fuerzas del Conde; quien aprovechando la buena disposicion de sus vasallos, corrió hácia Barcelona, cuya rendicion ignoraba: en el camino se le juntaron sus hijos y Rogerio, con el resto de las fuerzas que habian sacado de la ciudad.

Grande fué la sorpresa, y no menor el contento de Riquilda y de sus hermanos, cuando vieron á su padre sano y salvo á la cabe-

za de un ejército victorioso: Abrazábanle y tocaban su cuerpo para convencerse de la realidad, que temian se les desvaneciese como las ilusiones placenteras de un sueño, y luego le contaron como y por qué habian salido de Barcelona, refiriendo el acto horrible de la degollación de los caballeros, y de aquel noble anciano coronado, que no pudieron creer fuese otro sino él mismo.

Rogerio marchaba detrás por respeto á su soberano, y para dejar á los príncipes la expansion necesaria de los tiernos afectos, propios de aquella ocasion. El Conde, al oir el relato de sus hijos, les respondió:

—Hablad bajo: ese anciano, que ha muerto en lugar mio es el mismo á quien debo la libertad. Leal y honrado Guadimiro! Yo juro vengar tu muerte gloriosa, y cederte mi nombre, que solo has usurpado para sentarte en el trono de los mártires. Tú eres el verdadero Borrell II, pues no has vacilado en dar tu vida por la patria.

Las ahumadas que aparecian en las cumbres de los montes anunciaron al Conde y á su gente que habian sido ya descubiertos por los moros. Diéronse, en consecuencia, las disposiciones necesarias para no ser sorprendidos como la vez pasada, y Rogerio con fuerzas escogidas tomó la delantera para explorar el campo: trepó á una altura, y no descubrió nada en todo el llano mas que algunas bandadas de fugitivos que se refugiaban en la ciudad.

—Señor, dijo á Borrell, habiendo vuelto á su encuentro. Barcelona se ha rendido: tendremos que recobrarla.

—Sea, pues: volemós á su socorro. No nos faltarán dentro ayudadores.

El ejército cristiano entró en la llanura con el pendon condal desplegado, y arrastrando las banderas cogidas á los sarracenos: el entusiasmo de los montañeses era inmenso: Rogerio, mas prudente que un anciano en esta ocasion, solo atendia á refrenar el escésivo ardor de aquellos valientes *hombres de parage*, así llamados por haber obtenido el derecho de marchar de par ó de igual con los caballeros, y que en su afán de distinguirse y merecer la nobleza por sus hechos, se arrojaban sin premeditacion ni cálculo.

¿Qué pasaba, entre tanto, dentro de la ciudad?—Armengol,

sorprendido cuando menos lo esperaba, corria de una parte á otra como un loco, reuniendo sus tropas y poniendo débiles reparos á las desmanteladas murallas.

Desconfiando de los habitantes subyugados, pero no sometidos, revolvia en su cabeza mil planes temerarios para tenerlos á raya: pero el tiempo era corto, y los barceloneses sabian adivinar lo que significaba aquella alarma repentina. Mandóse salir á todos de sus casas, y se les juntó en una plaza, poniendo empalizadas y fuertes guardias al rededor, con órden á estas de asaetearlos sin misericordia, al primer movimiento que hicieran para recobrar su libertad.

En tanto resonaban por todas partes las trompetas; los caballos hacian retemblar el suelo con sus rápidas carreras; el aire, turbio del polvo, cálido y en calma, presagiaba destruccion y muerte.

Armengol subió á la mas alta torre del palacio, para ver el ejército del Conde y calcular sus fuerzas: parecióle que podría derrotarle en batalla campal, si empleaba contra él la caballería árabe, tan impetuosa en acometer, cuanto inútil para la defensa de la plaza. Inmediatamente puso en ejecucion su pensamiento, y dejando la custodia de los ruinosos muros al cuidado de la ballestería, juntó dos mil ginetes y salió al campo.

El choque de los dos ejércitos fué menos tardío que la aparicion de Armengol en la llanura. La gritería de los combatientes dió á los barceloneses encerrados en la plaza la señal de romper su cautiverio: en breves momentos quedaron deshechas las empalizadas, y sus mismas estacas prestaron armas á hombres y mujeres: silbaban las flechas sobre sus cabezas; algunas atravesaban sus heróicos pechos; pero ni los alfanges desnudos, ni las afiladas gumias, ni los ayes de muerte podian contener su ardiente arrojó: del seno mismo de sus hermanos moribundos ó heridos arrancan los dardos para destruir al enemigo; y ya avanzan por las calles sembrando el esterminio; ya toman las casas y sepultan á los infieles bajo sus propias ruinas. ¿Quién podrá reprimir á un pueblo sediento de su libertad, que defiende su religion y sus hogares?

Los muzlimes sin gefe corren atropellados hácia la muralla: el estruendo del combate que suena por la parte del Norte, los atrae, como

el fuego llama al fuego: allí esperan reforzarse, reforzando á sus compatriotas; pero hasta allí les sigue la inmensa turba del pueblo oprimido, que ya tiene armas: cada piedra es un baluarte, cada pecho un muro: los gritos de *San Jorge y Barcelona* se cruzan, como saludos de amor, entre los cristianos de dentro y fuera, dominando con entusiasmo el ronco clamoreo de los alarbes, que profieren con rabia su *Alah-akbar!*

El estandarte del Conde es conocido por el pueblo, que á su vista se arroja fiero y gozoso al último despedazado recinto, creyéndose invencible. Los árabes redoblan su furia, y mezclados allí los de uno y otro bando, luchan cuerpo á cuerpo con la rabia de la desesperación.

Sobre las ruinas de una torre aparece la venerable figura del obispo de Barcelona, vestido de pontifical y con el signo de la Redención levantado en alto. ¿Quién ha dado libertad al santo prelado?

A sus piés hay una mujer, una mora, que le pide su bendición: es Kerima, la generosa esclava de Riquilda, que ha logrado permanecer oculta con las monjas de la Virgen del Puerto, en las bóvedas de la catedral: durante el desorden del combate, ha roto muchas prisiones; y ahora pide su bendición al obispo, libertado por sus manos, porque piensa acometer otra empresa mayor.

Favorecida por su traje, se desliza sin riesgo entre los árabes, como si buscase su amparo; los barceloneses la respetan, porque la conocen: vedla correr, como una fugitiva, y esconderse entre las ruinas de un fuerte avanzado: allí hay una capilla escondida en el fondo de una vía medio subterránea, la cual termina en una poterna que dá al campo: Kerima intenta abrirla, pero es empresa superior á sus fuerzas: si tuviese fuego, la incendiaría; pero la lámpara de la capilla está apagada: sin embargo, busca algún hierro, alguna palanca para violentar la poterna, y encuentra eslabon, pedernal y yesca: no necesita mas. Con sus delicadas manos despedaza el retablo, amontona las astillas, enciende fuego y lo prende á las secas maderas: en seguida se retira satisfecha.

No tardan en desprenderse negros torbellinos de humo, que atraen las miradas de algunos de los guerreros del Conde, los cuales se

precipitan hácia aquel ignorado portillo, y con sus hachas de armas concluyen la obra comenzada por el fuego. Una hueste numerosa entra en la ciudad, y mientras Armengol casi derrotado se retira hácia Valldaura, sus soldados de dentro arrojan las armas aterrados, al oir los repetidos gritos de victoria.

El campo y la ciudad son una vasta carnicería; por todas partes no se ven mas que hombres y caballos muertos y miembros destrozados: no se da cuartel á los vencidos; se les persigue como á perros rabiosos.

Las campanas anuncian el triunfo: los sacerdotes entonan el himno *Te-Deum laudamus* sobre los escombros de las murallas.

Continúa, sin embargo, la refriega: los restos del ejército moro se han refugiado en el fuerte de Valldaura, donde yacen todavía muchos caballeros cautivos. Caín sube de aposento en aposento hasta la mas alta torre: diríase que le persigue la sombra ensangrentada de su padre.

A favor del tumulto, los prisioneros rompen sus cadenas, y como carecen de armas, huyen al campo, sin que los espantados muzlimes les opongan resistencia: los unos y los otros solo piensan en su salvacion.

La noche impone treguas, que es forzoso obedecer: pero la ciudad está libre de sus terribles conquistadores; y el obispo con el clero y algunos concellerses sale á recibir á su libertador: todos cuantos de cerca le miran, se asombran, se santiguan y esclaman: «¡Milagro!» No pueden creer que el Conde viva.

— No lo creais, dice Borrell: no es milagro lo que pasa: el Conde ha muerto: yo soy su vengador. A nadie digais que Borrell II no ha sido degollado: que crea esto el pueblo; porque á la lealtad y al sacrificio de Guadimiro, no á mí, debe su salvacion.

El Conde se retiró á descansar á su palacio, y aunque dejó que el pueblo se entregara á la natural alegría que le inspiraba su triunfo, no consintió que se dispusieran fiestas en honor suyo, y sí mandó preparar solemnes exequias por las víctimas del asedio.

Entre tanto Rogerio, con la parte mas descansada del ejército, y con los caballeros libertados, á quienes se proveyó de armas y

caballos, quedó poniendo cerco al fuerte de Valldaura, y pasó la noche en el campo:

No habia sido menester revelar al bizarro jóven el trágico fin de su padre: su corazon lo adivinó todo, desde que vió al Conde á la cabeza de sus montañeses; pero disimuló su dolor, para que no se le achacase á flaqueza. Tambien sospechaba quien era el caudillo de los enemigos, aunque no habia tenido ocasion de verle de cerca durante la batalla; y su generoso ánimo se contristaba, al pensar en la dura fatalidad del honor, que le imponia el deber de combatir contra su hermano. Pero le consolaba la idea de no haber provocado la lucha, y le sostenia firme en su puesto el considerar, que acaso Dios le habria elegido por instrumento para castigar al parricida. Sin embargo, estas ideas le impidieron dormir en toda la noche, y le hacian suspirar de vez en cuando diciendo:

—Dios mio! No permitais que yo derrame mi propia sangre!...

Al despuntar de la aurora, los clarines pusieron en arma á todos los guerreros, y Rogerio hizo el alarde y distribuyó los puestos. Armengol aprestó tambien su gente para la defensa, y apenas el sol doró con sus rayos la cresta de las olas del mar, comenzó el asalto.

Nunca mayor denuedo habian mostrado los islamitas que en esta estremada ocasion: los guerreros escogidos de Rogerio fueron tres veces rechazados; los asaltos se repitieron infructuosamente hasta la tarde, siendo menester que acudiesen refuerzos de la ciudad; mas por último fué tomada la fortificacion exterior, y la lucha se encontró entonces en los jardines de aquel sitio de recreo y en la puerta principal de la torre. Mas lejos, los ballesteros no cesaban de asestar sus tiros á los enemigos, que aparecian en las ventanas, saeteras y torrecillas, arrojando enormes masas de piedra, ó disparando flechas contra los caballeros y escaladores.

Las puertas cedian á los golpes reiterados de las batallas de armas; pero entonces, el combate cuerpo á cuerpo, último recurso en las guerras de aquellos tiempos, hizo mas difícil la empresa y mas feroz la carnicería. Difícilmente podria concebirse hoy aquella escena de horror, aquel continuo martilleo de golpes, aquel gritar y

maldecir; aquel cegar de ira y no atender á la defensa, sino solo á destrozar al contrario, como harían los leones del desierto, abrasados por la rabia de los celos.

En medio de aquel espantoso desórden, oíase de vez en cuando la voz ronca y bravía del feroz Caín, que dominaba todo el tumulto, como domina el trueno los bramidos del viento y del océano. Pero sus soldados cejaban ó morían, y él tambien se retiraba perdiendo á palmos el terreno. Ya no pugnaba por conservar la vida: la desesperacion le daba alientos: no morir á manos de sus enemigos, ni caer en su poder era todo su anhelo: faltábale valor para atravesarse el pecho con su espada, y con esta ansia, cerró tras de sí las puertas que aun podían salvarle y subió hasta la plataforma ó azotea de la mas alta torre.

Allí revolió á todos lados sus ojos inyectados de sangre, en que se pintaba la decision de arrojarse desde lo alto y perecer estrellado, cuando vió aparecer por la misma escalera la figura horrenda del Lobo.

—Ah! miserable traidor! le gritó, sin darle tiempo de hablar.

—Señor, vengo á salvaros, dijo precipitadamente el bandido.

—Si! exclamó Caín, yendo hácia él con los brazos abiertos. Tú has sido siempre mi providencia: tú me has traído al extremo en que me veo.

Y estrechándole entre sus brazos, le hundió la gumia por la espalda, y le arrojó agonizante.

Una hermosa jóven, agotada la respiracion por el cansancio y con el traje de mora en completo desórden, apareció á su vez en la plataforma exclamando:

—Ah! Por fin te hallo, mi bien, mi amado!

Y corrió sin fuerzas á ceñir con sus brazos el pecho del renegado.

—Aixa! Tú aquí? murmuró este sin dar crédito á sus ojos.

—Dónde quieres que esté Aixa, le respondió la mora, sino donde está el amado de su corazón?

—Aquí! repitió Armengol. Dónde ruge la muerte! ¡Oh! tarde te he conocido.

— No es tarde, no, amor mio, dijo la apasionada jóven. Yo vengo á salvarte, ó á morir contigo.

— Morir, sí; salvarme es imposible.

— No lo creas: puedes salir por donde yo he entrado: ese hombre, que venia delante, me ha conducido por un subterráneo que él conoce y va á parar á una cueva. Él nos guiará. Pero: ¿dónde está? Santo Alah! No es aquel que veo muerto?

— Sí, muerto!.....

— Desventurada de mí! Ahora yo no sabré.... Pero sí.... el amor guiará mis pasos. No en vano me ha traído, por verte, desde las islas: no en vano me ha dado alientos y fortuna para llegar hasta tí: ven, ven, amado mio. Huyamos.

Al pronunciar estas apasionadas palabras, Aixa tenia sujeto á Caín contra su pecho, como si temiera que alguien se lo arrebataste. Una saeta perdida llegó silbando por el aire, y dejó á la mora muerta en los brazos del renegado.

Este se estremeció de rabia y de dolor: aquella mujer amante habia despertado en su corazon sentimientos de ternura, que él mismo se creia incapaz de sentir, y en el mismo instante se la arrebató la Parca.

— Dios injusto! gritó el impío, blasfemando y amenazando al cielo, mientras sostenia en su brazo izquierdo el cadáver de Aixa.

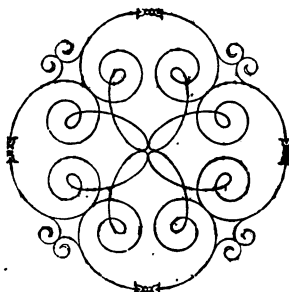
— Me hiciste desgraciado, para hacerme perverso!... Me mostraste la felicidad y la diste á otros, y hasta un bien que no era tuyo, comprado por mí á costa de mi alma, tambien me lo arrebatas. Qué aguardas ya? Húndeme en el infierno, donde pueda aborrecerte por los siglos de los siglos!

Esta horrible imprecación se perdió entre la inmensa gritería de los vencidos y vencedores, que se precipitaban en tropel fuera del edificio: una mano desconocida habia incendiado la torre, donde bien pronto quedó solo Caín el renegado.

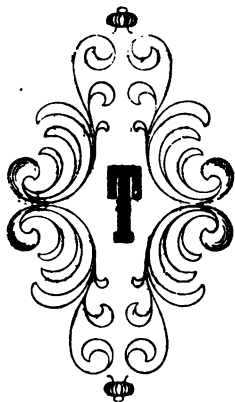
Las ventanas y respiraderos del edificio comenzaron á vomitar densos torbellinos de humo y llamas, que, cebándose en los secos y robustos artonados, crecieron gigantescas, impulsadas por la brisa de la tarde: estallaban los maderos, rugía sordamente el fue-

go, aplanábanse los techos, el infierno parecía haber desencadenado de repente todos los elementos de su furia.

Cuando los últimos rayos del sol oscitaban rojizos, hundiéndose en el horizonte, la gran torre de Valldaura cayó derrumbada, y ahogó el incendio con sus propias ruinas. De Caín el renegado no se encontró despues mas que el allange y la gumia.



EPILOGO.



ARDÓ mucho Barcelona en reponerse de los estragos de la guerra : la guerra es la mayor enfermedad que padecen los pueblos, y los enfermos de gravedad nunca se restablecen pronto.

Pero estirpada la raíz del mal, y distraído el gran guerrero de aquel siglo en las continuas luchas de Castilla y Leon, que acabaron con él en la memorable jornada de Calat-Añosor (*Caltañazor*), Barcelona pudo respirar las saludables auras de paz, y recobrar sus

perdidas fuerzas.

A este fin dirigió el conde Borrell II los últimos alientos de su vida ; pero con tal modestia, que su pueblo pudo conocer y apreciar los efectos, sin descubrir el origen.

Apenas restablecida la calma y estinguidos los últimos restos de la invasion sarracena, el Conde convocó un día en su cámara á sus hijos, al obispo y á seis de sus principales vasallos y les dijo :

— Yo he muerto para el fausto y las grandezas de la tierra ; y os

llamo para que oigais mis últimas disposiciones : os dejo un digno sucesor del trono en mi hijo primogénito, á quien proclamareis desde luego conde de Barcelona, y á quien prestareis los debidos homenajes : él queda encargado de recompensar á todos y cada uno, segun sus méritos y servicios. A mí me toca dar un padre al que ha perdido el suyo, haciendo mis veces en el suplicio...

Borrell conmovido guardó silencio algunos momentos ; las miradas de todos se volvieron hácia Rogerio.

— Sí, esto es justo, prosiguió el Conde. Acercaos, conde Rogerio ; yo os declaro hijo mio, y para que los vínculos de la adopcion sean fortalecidos por los de la sangre, os doy por esposa á mi amada hija Riquilda.

El jóven guerrero cayó de rodillas á los piés del ilustre anciano, y le besó las manos penetrado de gratitud.

Pasado un año de luto en memoria del noble Guadimiro, se celebraron con gran pompa la bodas de Riquilda y Rogerio, de quienes suponen hábiles genealogistas (aunque no lo tenemos por averiguado), que procedió mas tarde el famoso caballero Roger de Flor ; lo cual prueba, al menos, que los dos amantes no fueron estériles en su matrimonio.

Riquilda no se mostró ingrata, por su parte, con los que la habian favorecido en la desgracia : dotó espléndidamente á su esclava Kerima, que habia recibido la gracia del bautismo de manos del venerable obispo de Barcelona, y la casó con Paulo, que aquel dia fué armado caballero por su señor ; ambos vivieron largos años al servicio de Riquilda y Rogerio, hasta que se murieron de viejos, y rodeados de una numerosa prole.

Hizo mas la princesa : reedificó á sus espensas el monasterio de la Virgen del Puerto ; pero atendiendo á la mayor seguridad y á la salud de las religiosas, dispuso que su nueva casa fuese construida en la falda occidental de Monjuí, donde subsistió por muchos siglos.

Su hermano, el nuevo Conde, reedificó á Valldaura ; y el anciano Borrell pasó en aquel retiro el resto de sus dias, entregado á ejercicios piadosos ; y falleció sin pompa, rodeado de sus queridos hijos, y encargándoles que honrasen siempre la memoria de Guadimiro.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS

DE CAIN Y ABEL.

	<i>Pág.</i>
Prólogo.	5
CAP. I. El Águila de la montaña.	40
II. El ramo de flores silvestres.	20
III. La montería.	27
IV. El talisman.	36
V. Lo presente y lo pasado.	47
VI. Caín el renegado.	54
VII. El viaje.	64
VIII. La batalla.. . . .	76
IX. Kerima se convierte en señora y Riquilda en esclava.	85
X. El velo ensangrentado.. . . .	95
XI. El leon con la fiebre.	104
XII. El mentidero de un baño.. . . .	114
XIII. Los disfraces.	125
XIV. Las puellas de S. Pedro.	134
XV. Un feliz encuentro.	143
XVI. El primer beso.	153
XVII. La emboscada.	162
XVIII. Lealtad y patriotismo.	173
XIX. La cabeza del Conde.	181
XX. Expiacion.	190
Epílogo.	201

FIN DEL ÍNDICE.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

El mónstruo se elevó en el aire, llevándose consigo al caballero.	16
Fueron á situarse en un bosquecillo cercano al baño.	59
Sacó un velo manchado de sangre.	101
Paulo en la barca.	129
La separó un momento de sí para contemplar su rostro.	146
La expiacion.	199





El monstruo se elevó en el aire, llevándose consigo al caballero.



Fueron á situarse en un bosquecillo cercano al baño.



Sacó um velo manchado de sangue.



Paulo en la barca.



La separó un momento de sí para contemplar su rostro.



La expiación.



La expiación.

OBRAS TERMINADAS

A LAS QUE SE ADMITE SUSCRIPCIÓN POR ENTREGAS

	<u>Pesetas.</u>
Castellanos.— <i>Oficio de raso</i>	14,50
Ortega y Frias.— <i>El anillo de Satanás</i>	14
Castellanos.— <i>El Favorito de la Reina</i>	19,50
Mora.— <i>Los Templarios</i>	16,25
Ortega y Frias.— <i>Las Islas Maravillosas</i>	18,50
Tárrago.— <i>El Secreto de una Tumba</i>	18,50
Castellanos.— <i>La Venganza de un Proscrito</i>	19,50
Mora.— <i>Florinda ó la Cava</i>	16,50
Castellanos.— <i>La Hija del Verdugo</i>	20
— <i>El Hijo de la Noche</i>	20
— <i>Roberto el Pirata</i>	20
— <i>Los Maldicientes</i>	18,50
— <i>El Destripador de Mujeres</i>	20,50
— <i>La Ciega del Manzanarero</i>	20
— <i>El Mendigo de Madrid</i>	20
Ortega y Frias.— <i>La Justicia de Dios</i>	17,50
Conde de Salazar.— <i>La Honra de un Ladrón</i>	20
— <i>El Infierno de un Angel</i>	20
— <i>La Gloria del Condenado</i>	18,50
— <i>La Cruz del Redentor</i>	21
— <i>El Camino del Calvario</i>	18,50
— <i>El Sagrado Corazón</i>	21

	<u>Pesetas</u>
Conde de Salazar.— <i>Palillos y Orejitas</i>	18,50
— <i>La Maldición del Muerto</i>	16
— <i>Las Heroínas Españolas</i>	20
— <i>Hambre y Deshonra</i>	20
— <i>Los Mártires Españoles</i>	24,50
— <i>Páginas de Gloria</i>	16
— <i>La Hermanita de los Pobres</i>	16
Tárrago.— <i>El Monje de la Montaña</i>	17,50
— <i>El Nido de los Duendes</i>	19
— <i>El Reloj de la Muerte</i>	18,50
Bravo y Tudela.— <i>Maria Magdalena</i>	20
— <i>Teresa de Jesús</i>	20,50
— <i>Moisés</i>	17,50
— <i>El Nazareno</i>	17,50
Ortega y Frias.— <i>El Rey de los Bandidos</i>	17,50
López Bago.— <i>Los Asesinos</i>	17,50
Moreno de la Tejera.— <i>Crimen y Castigo</i>	18
Flores.— <i>Fe, Esperanza y Caridad</i>	15,75
J. M. Farnés.— <i>La Bomba de Dinamita</i>	20
M. Cubas.— <i>Matilde la Botonera</i>	15
A. Asensio.— <i>Juan José</i>	22,50
Vázquez.— <i>La Tatuomagnia de Guorrita</i>	19

Los precios marcados son en cuadernos.

Todas estas obras, que constan de dos tomos, se reparten por cuadernos de 32 y 64 páginas, al precio de uno y dos reales respectivamente.

Por encuadernación de cada tomo 1,50 pesetas en holandesa y 2,50 en tela con planchas.

Se sirven directamente al que lo solicite, anticipando su valor.

End

2

